

PLANETA DE SOÑADORES

JOHN D. MACDONALD



se

El mundo de los Soñadores es un mundo viejo y decadente; sus pocos habitantes son capaces de proyectar mecánicamente sus sentimientos y percepciones a otros planetas y controlar mentalmente sus poblaciones. Al creer que los demás mundos no son más que creaciones de sus propios sueños, no se reprimen a la hora de dar rienda suelta a sus impulsos más oscuros sobre los pueblos que controlan.



John D. MacDonald

Planeta de soñadores

ePub r1.0

chungalitos 14.06.14

Título original: *Wine of the Dreamers / Planet of the Dreamers*

John D. MacDonald, 1951

Traducción: José Ferrer Aleu

Diseño de cubierta: mininogris

Editor digital: chungalitos

Edición digital: Sadrac

ePub base r1.1



Capítulo I

El suave ronroneo de la turbina se perdía casi entre el rugido del viento, mientras el sedán de color gris avanzaba a través de la oscuridad por Nuevo México. El aire de la noche, como siempre, era frío. "La noche en aquella región —pensaba— es diferente. La tierra parece descansar de la pesadez del sol diurno."

Surgiendo de las frías sombras del amanecer el sol es un vasto disco blanco ante los ojos. El sol absorbe vorazmente todos los líquidos. Un hombre que se haya perdido durante todo un día en las extensiones de roca y arena será hallado al atardecer, retorcido, en posición fetal, con los labios negros, el cuerpo marchito y momificado como si estuviera muerto desde mucho tiempo antes.

El viento secaba las membranas de la boca y de la nariz. El sol debilitaba a los hombres, formando arrugas en torno a los ojos. Marchitaba los colores y ajaba a las mujeres.

Por la noche, en el azul atardecer del desierto y al son de las viejas baladas plañideras, las jóvenes danzan demasiado apretadas, demasiado cálidamente. Pues las jóvenes saben que el sol acorta la juventud, y todo se seca pronto. Rostros atezados, indios, observan a los danzantes, y sus ojos parecen de obsidiana pulimentada. Saben que sólo ellos han nacido para aquella tierra, y cuando las pálidas risas de los otros hayan desaparecido, ellos seguirán todavía allí. El sol es un dios. El dios está encolerizado, porque ya no se emplean las altas pirámides. Al amanecer, el sol no oye ya cántico alguno, ni ve el resplandor del filo de algún cuchillo de

piedra, ni contempla ninguna virgen deslumbrada esperando la certera puñalada que le arrancará el corazón del pecho.

"Tal vez —pensó, dejando reposar las manos en el volante mientras conducía— ellos estuvieran más cerca de la verdad que nosotros. Que nosotros y nuestras charlas aprendidas de reacción de hidrógeno-helio."

La velocidad durante la noche era un hipnótico. La aguja del velocímetro estaba fija en los noventa y cinco. Bard Lane se sentía fatigado. Fatigado y débil, pero sabía que esa fatiga y debilidad eran de un tipo muy especial. Eran de un tipo compuesto de esfuerzo físico, intelectual y emocional, llevado hasta un extremo realmente intolerable. Por un momento el coche pareció perder estabilidad. Sacudió la cabeza para despejar el sueño que un instante antes le había hecho cerrar, contra su voluntad, los ojos, con riesgo de su vida. Abrió un poco la ventanilla lateral para que el aire fresco le diera en la cara.

Delante había un camión que llevaba su misma dirección. Hizo las señales con las luces para adelantarle. Al hacerlo se enderezó un poco en el asiento para observar por el espejo retrovisor, sirviéndose de la luz de los faros del camión, al prisionero que dormía acurrucado en el asiento posterior.

Frente a él divisó una ciudad solitaria. Disminuyó gradualmente la velocidad, al ver el semáforo que cambiaba la luz verde por la roja. Mientras avanzaba por las desiertas calles iluminadas, observó el rostro de la muchacha que dormía a su lado. Se había apoyado contra la puerta del coche, de modo que la cabeza descansaba, aparentemente bastante incómoda, contra el ángulo de la portezuela y el respaldo del asiento. Tenía las piernas encogidas, y las manos, con las palmas hacia arriba, descansaban en su regazo. Parecía extraordinariamente joven y desamparada. Bard Lane sabía que no había nada de desamparo en Sharan Inly. Al llegar a las afueras de la ciudad pisó de nuevo el acelerador, sintiéndose de nuevo vencido por el sueño.

Sacudió la cabeza y puso en funcionamiento la radio, a un volumen discreto para que no molestara a la joven, escuchó:

"... y recuerden, cuando se encuentre cansado, tome Wilkin's Mead. Wilkin's Mead no es alcohólico, ni produce hábito. Cuatro de cada cinco doctores saben que Wilkin's Mead cura el aburrimiento, a través de un simple proceso de intensificar su recepción de todos los estímulos. Hace tres años, en mayo de 1972, Wilkin's Mead fue lanzado al mercado. Desde entonces, ciento sesenta millones de americanos han aprendido que no se ha contemplado jamás una puesta de sol, ni se ha saboreado plenamente un beso, ni se ha disfrutado comiendo un bistec hasta que se ha tenido antes una botella en las manos de Wilkin's Mead. Y ahora, para ustedes, el informador de Wilkin's Mead, el hombre que el Senado no puede hacer callar, Melvin C. Lynn, con su sumario nocturno de Wilkin's Mead de noticias del mundo...

"Aquí, Melvin C. Lynn, informándoles de las noticias mundiales, por una deferencia de Wilkin's Mead y Wilkins Laboratories, donde se ha desarrollado el secreto de su felicidad.

"Internacionalmente ha sido un día tranquilo. La Conferencia de París continúa, y fuentes bien informadas han dicho a última hora de esta tarde que los delegados no han perdido todavía la esperanza de conseguir un acuerdo sobre los problemas básicos con que se están enfrentando. El delegado de Pan-Asia ha regresado a Moscú para recibir más instrucciones sobre el acuerdo siberiano respecto al no lanzamiento de nuevos satélites hasta que hayan sido asignadas a cada potencia nuevas órbitas. La Coalición de Sudamérica ha rehusado retirar su reclamación de cinco mil millas para su base en la Luna, aun cuando admiten que ha transcurrido una semana desde que recibieron las últimas señales, débiles, y que toda la expedición, todo el personal de la misma debe darse por muerto. Mañana, y en todo el mundo, así como en la conferencia, habrá los acostumbrados sesenta segundos de silencio para conmemorar el

aniversario de la pérdida del primer cohete tripulado dirigido a Marte...

"Y a continuación noticias nacionales. Bliss Bailey, el capitán del *ferry boat* de Staten Island que embarrancó cuando se dirigía hacia las Bermudas, comunica que su barco ha sido remolcado hoy. La identidad de la rubia desnuda que saltó por la borda la pasada noche no ha sido todavía descubierta.

"Mañana entrarán en funcionamiento las máquinas automáticas para conceder divorcios legales, en Nevada. Treinta máquinas han sido instaladas para entrar en funcionamiento normal. Los solicitantes deberán introducir una moneda de cincuenta dólares en la ranura correspondiente, y dar a continuación su nombre, dirección y motivos por los que solicita el divorcio, en voz clara y baja ante el micrófono, presionando a continuación con su pulgar la placa sensible debidamente señalada. Seis semanas más tarde deberán repetir ese procedimiento, obteniendo en seguida el decreto de divorcio.

"Larry Roy, el favorito de la TV, hoy ha saltado o se ha caído desde el cuadragésimo primer piso de un hotel de New York. Melly Muro, la séptima esposa de Larry Roy, ha dicho a la policía que no puede pensar en ningún motivo que haya podido inducirle al suicidio, a menos que se tratara de un exceso de trabajo. Melly, ustedes la recordarán, es la pelirroja que, hace tres meses, tuvo tanta intervención en el divorcio de Franz Steeval, compositor y director. Larry Roy era su sexto marido.

"Marta Needis, la propietaria de Jersey City que el pasado martes asesinó a sus seis inquilinos en sus respectivas camas con una herramienta, está todavía en libertad.

"En Memphis, la joven Gayla Dennison ha sido acusada hoy de haber asesinado a su guardiana. Ha derramado lágrimas de alegría.

"En Aberdeen Proving Ground, en Maryland, la dirección psiquiátrica no está de acuerdo con su diagnóstico sobre el caso del cabo Brandt Reilly, el soldado que hace diez días apuntó con un

cañón a la formación de una compañía, matando a dieciséis hombres e hiriendo a veintiuno.

"Y aquí tenemos una nota festiva en nuestras noticias. Hoy, Pierre Brevet, artista francés, corre el grave peligro de ser linchado por las airadas féminas americanas. Ha permanecido durante tres días en esta región. Dijo a los reporteros que él aprueba de corazón, para las mujeres francesas, el nuevo traje de baño consistente sólo en el monobikini, pero que después de visitar ayer la playa Jones Beach, cree que este estilo es muy atrevido y del que este país puede prescindir. Indicó que para su sensibilidad estética era "deshonroso". Esto puede ser un juego de palabras, ¿verdad, Pierre?

"Acaban de escuchar ustedes a Melvin C. Lynn, en el boletín de noticias que ofrece Wilkin's Mead. ¿Oyen esto? ¿Saben qué es? Usted... tómese el primer vaso de Wilkin's Mead. Y esta noche conseguirá la cita que ha estado aguardando. La cita más importante con la persona "única". Llévela una botella de Wilkin's Mead. Y entonces puede estar seguro de que los dos disfrutarán de una de las más..."

Bard Lane dio un respingo y apagó la radio.

Sharan Inly dijo secamente:

—Nada de Wilkin's Mead para mí. Un buen vaso de cerveza sí que lo agradecería, si ese hombre pudiera conseguirla.

—¿La he despertado con esas tonterías de la radio? Lo siento.

—No, no me ha despertado. Esa voz meliflua de Melvin C. es insidiosa. Se ha introducido en mis sueños, rompiéndolos, Bard. Mientras le escuchaba he tenido la sensación de estar en una época de decadencia, y él es su profeta. No entiendo qué puede hacerle hablar con tanta alegría, digamos, de un asesinato.

—Trabajando siempre, ¿eh, Sharan? Siempre la psiquiatra.

Podía notar los ojos de la mujer fijos en él.

—¿Sabe una cosa, Bard? Usted siempre se escabulle del tema psiquiátrico. Noto cierta amargura en su voz cuando trae a colación

ese tema.

—Si empezara a contarle mi actitud, se convertiría en una discusión. Es una fruslería. ¿Qué hace nuestro hombre?

Sharan se arrodilló en el asiento para inclinarse lentamente hacia atrás. Volvió a su posición normal suspirando.

—Seguirá todavía durante unas tres horas sin rechistar. Será mejor que aparque donde no haya demasiada luz, para que nadie meta las narices donde no le importa.

Aparcó entre varios camiones y coches usados, polvorientos. Al apearse cerró cuidadosamente las portezuelas. Sharan, de pie a su lado, repasó maquinalmente, con un gesto muy femenino, su atuendo, comprobando de un rápido vistazo si llevaba la falda muy arrugada. La brisa de la noche moldeaba la fina tela contra las formas de sus caderas y muslos. Sintió placer al contemplarla, pensando en la trampa. Trampa biológica. La naturaleza coge carne fresca, joven y un cuerpo delgado y... se hace cargo de todo y dice: "Es eso lo que tú querías". Y las pulsaciones se aceleran.

La estridente voz de un tocadiscos llenaba el aire de la noche: "... *Ella nunca me dijo en realidad que me amaba...*".

En el patio había varias mesas de metal, sobre las piedras todavía calientes del sol que las había bañado durante todo el día. Cogió una silla para Sharan, y entraron en el local, andando con fatiga, y ocultando con el dorso de la mano un bostezo.

Dentro había reservados, parejas que bailaban y cierto bullicio. Se colocaron en la barra, esperando pacientemente a que el hombre de rostro huesudo se acercara para servirles. Llevaba una chaqueta de cazador de color caqui sobre una camisa de tono azul descolorido, de cuello abierto.

Sharan se repasó la pintura de los labios girándose ligeramente de modo que la luz diera adecuadamente en su espejito. Cuando terminó guardó el lápiz en el bolso y se volvió, sonriente.

—¿Cómo vamos de tiempo, Bard?

—Podemos pasar media hora aquí y aún llegaremos con una buena hora de antelación a la conferencia.

—¿Quiere que conduzca yo durante un rato?

—No, gracias. Es mejor poder hacer algo.

Su mano grande y morena descansaba encima del mostrador. Ella se la acarició con gesto afectuoso.

—No se deje abatir. No era responsabilidad suya.

—Mi responsabilidad es conseguir que el trabajo se haga. No puedo echar el muerto a otro si quiero hacerlo.

La luz detrás de la joven parecía rodear sus cabellos rizados de una especie de aureola. Era agradable de contemplar. Un rostro ligeramente delgado, lleno de vida, sensibilidad, movilidad. Sostenía el vaso con ambas manos, como una chiquilla. Al tener que compartir el trabajo, los dos habían procurado mantener sus relaciones dentro de un plano de camaradería, de respeto mutuo. Había habido momentos aislados... al inclinarse sobre la mesa, una rápida mirada a través de la oficina llena, un roce inadvertido, en los cuales él se había dado cuenta de su propio sentir, y del de ella. Pero por mudo acuerdo entre ambos siempre se habían obligado a reprimir cualquier estado emocional. Tal vez algún día llegara la hora. Tal vez un día el peso de su responsabilidad habría desaparecido, y tendrían tiempo para ellos.

Al principio se había preguntado acerca de ella. Aquella nueva promoción de mujeres jóvenes en la profesión no tenía ya idea de la lucha por la igualdad. Existía. Al principio advirtió que la amoralidad de ella no era menos casual que la de otra mujer de su edad que interviniera en el proyecto. Una vez estuvo tentado de preguntarle si quería intimar un poco más. Pero, en seguida, decidió que su deber era mantener todas sus energías al grado máximo posible.

Ahora se alegraba de haber tomado aquella decisión, pues así había tenido ocasión de llegar a conocerla mejor y de comprender que una amoralidad aparente no casaba con el resto de su carácter. En realidad, es probable que ella fuera algo "anticuada" en ese

aspecto. Y estaba seguro que en caso de haber hablado, como fue su primera intención, algo se hubiera roto en la buena armonía que reinaba entre los dos, en el momento en que ella se hubiera negado.

Hasta que el importantísimo TRABAJO estuviera hecho, Sharan Inly seguiría siendo para él tan sólo la doctora Inly, ayudante del proyecto, a cargo del campo psíquico.

—El general —dijo ella tristemente— va a sentirse *muy irritado*.

—Eso es una declaración incompleta. Le saltarán chispas de las puntas de los dedos.

Ella acabó de beber el contenido de su vaso, volviendo a llenarlo.

—¿Qué le parece si empezáramos la discusión de que antes me ha hablado?

—¿Tiene ganas de oír a alguien que ataca su profesión, doctora Inly?

—Claro. Soy una misionera. Yo llevaré la luz a su pobre mente profana.

—Pues, ahí va. Incluso desde Freud y Jung han estado ustedes hablando con cariño de ciertas armas básicas. Yo soy un profano en psiquiatría. Sin embargo, soy un científico. Como científico estoy un poco desconcertado por su jovial aceptación de la verdad de sus hipótesis fundamentales. Tome, por ejemplo, el caso del tipo que llevamos en el coche. Emplearé algo de su lenguaje especial. Este tipo ha estado protegido por dos cosas. Lealtad y, por lo que a usted atañe, estabilidad. Usted busca toda clase de variedades de neurosis y no puede descubrir nada de importancia. Por consiguiente, tenemos un tipo estable. No tiene manías persecutorias, ni tendencias de depresión maníaca, ni nada que indique una demencia precoz. No echa de menos a su madre, ni guarda zapatos de señora, ni dibuja cosas pornográficas. Todos los *tests* a que usted haya podido someterle de acuerdo con las reglas establecidas, indican que Mr. X es un individuo de vida limpia, material técnico ideal.

Vio cómo ella arrugaba la frente.

—¿Está en desacuerdo con eso?

—No del todo. Pero todos los *tests* claros indican que su estabilidad es un estado permanente.

—No es eso. Los *tests* y toda la teoría admite que, frente a una fuerza extraña e inesperada, incluso los más estables, los más equilibrados, pueden convertirse en psiconeuróticos, en una forma u otra. ¡Dios mío!, por esto estoy yo metida en esto. Mi trabajo consiste en detectar la presencia de cualquier cambio y...

—Ahora llega a mi punto. Yo digo que una de sus exposiciones básicas es que tiene que haber un cambio de medio ambiente para crear la fuerza que de como resultado una alteración del cociente básico de estabilidad. Yo digo que esa suposición es demasiado ligera. Sostengo que tiene que haber algo más, adicional, para estudiar. Creo que el cambio de estabilidad a inestabilidad puede producirse en un abrir y cerrar de ojos sin que haya ninguna evidencia de algún estímulo exterior. Olvídese de la debilidad hereditaria. Olvídese del viejo asunto de pretender huir de una vida insoportable. Yo digo que puede cogerse a un tipo perfectamente normal, ponerle en una situación en la que su vida sea satisfactoria... y ¡*buum!*... puede largarse así. Usted lo ha visto. Yo también. ¿Por qué? ¿Por qué sucede esto? Le sucedió a Bill Kornal. Estaba perfectamente, y al minuto siguiente estaba como si algo... algo totalmente *extraño* se hubiera metido en su mente. Por esto le llevamos ahora en nuestro coche, y ya ve, cuánto trabajo perdido.

—¿Vamos a retroceder de nuevo a la vieja idea de estar poseídos por los demonios?

—Tal vez sí. ¿Qué me dice de las noticias que hemos escuchado? ¿Qué es lo que está interfiriéndose perpetuamente en la humanidad? Están haciendo ustedes un buen trabajo, aunque algo limitado. Como si estuvieran flotando alrededor de algo que es un factor desconocido, que no han descubierto todavía. Hasta que lo

consigan, yo seguiré observando la psicología y psiquiatría con cierta expresión francamente dudosa, Sharan.

Se oyó un ligero zumbido. Buscó con la mirada en el cielo nocturno hasta divisar, contra las estrellas, las luces móviles de un *jet* de transporte, que perdía altura para ir a aterrizar a Albuquerque.

La brisa agitaba los cabellos de la joven, que dijo lentamente:

—Tendría que levantarme en furiosas protestas contra sus palabras, jefe. Pero algo dentro de mí me dice que puede haber cierta verdad en sus palabras. Sin embargo, si admito que usted puede tener razón, estoy admitiendo también la imposibilidad de aislar nunca ese factor desconocido. ¿Cómo puedo descubrir algo que aparece sin avisar y desaparece del mismo modo?

—Posesión de los demonios —dijo él, sonriendo.

Ella se levantó, esbelta contra la luz, más provocativa con su gesto totalmente espontáneo que si hubiera preparado la pose cuidadosamente.

—Así, pues —dijo—, los demonios están muy activos últimamente. Oh, ya sé que cada generación que llega a los cuarenta cree firmemente que el mundo va a irse al diablo. Pero esta vez, Bard, aun siendo joven como soy, creo que puede haber algo de verdad. Nuestra cultura parece como una gran máquina que estalla en pedazos. Algunas partes desaparecen. Partes que son importantes. Decencia, dignidad, moralidad. Todos nos hemos vuelto impulsivos. Todo lo que uno desea es correcto... Es...

—¿Una anarquía sociológica?

—Sí. Y ahí tiene usted, Mr. Lane, mi motivación. Ahora ya sabe por qué estoy tan ansiosa por que usted triunfe. Tengo la esperanza de que si la humanidad puede encontrar algunos horizontes nuevos, ello significará el retorno a un mundo decente. ¿Qué rara soy, verdad?

Se dirigieron hacia el coche. Él observaba el cielo, lleno de estrellas que desde allí parecían más próximas, más a su alcance.

—¿Demonios esquivos, eh?

Ella se cogió de su muñeca mientras andaban, hundiéndole, sin darse cuenta, las uñas en la carne.

—No seguirán siendo esquivos, Bard. No lo *seguirán siendo*.

—Hace cuatro años que tuve mi pequeña obsesión, Sharan, y parecen tan lejanos como siempre.

—No ceda nunca, Bard.

—Me gustaría saberlo.

Habían llegado al coche. A través de la ventanilla posterior, ligeramente abierta, les llegaba el sonido de los ronquidos de Bill Kornal.

—Me hace sentirme enferma hablar con usted de ceder —le dijo casi en un susurro.

Bard se inclinó para poner la llave en la cerradura. Con el hombro rozó el de ella.

Sin saber cómo sucedió, se la encontró en sus brazos. Ella se apretó fuertemente contra él, ofreciéndole los labios, aunque pudo oír un ligero quejido. Sabía que le estaba haciendo daño en la boca, pero no podía evitarlo. Comprendía que aquello había sido una negligencia, un poco de tiempo robado al proyecto, del interminable acopio de esfuerzo y responsabilidad.

Había esperado encontrar en ella todo el calor y pasión de una joven adulta y sana. Pero quedó sorprendido al ver que ella le aventajaba todavía a él.

—Esto no está bien —dijo la mujer.

Se apartó un poco, ladeando la cabeza. Él se arrodilló palpando el suelo en busca de la llavecita que se le había caído. Se levantó.

—Lo siento —dijo.

—Los dos estamos fatigados, Bard. Los dos estamos muy asustados por lo que pueda hacer el general Sachson. Ambos buscamos el apoyo del otro... el consuelo. Olvidémoslo.

—Olvidarlo precisamente, no, Sharan. Guardémoslo para cuando llegue una ocasión propicia.

—Por favor —dijo ella agudamente.

—De acuerdo, no debía haber dicho eso —sabía que su voz sonaba ligeramente indignada.

Abrió la portezuela. Ella se colocó en su sitio, entrando él a continuación y sentándose al volante; cerró la portezuela de golpe y puso el coche en marcha, mientras aceleraba intensamente de velocidad. Miró a la joven con rápida ojeada. Ella miraba fijamente hacia adelante, sin expresión alguna.

—Digamos que he estado poseído por uno de esos demonios —dijo él.

—Probablemente lo estemos los dos —le respondió la joven.

La miró otra vez y vio que sonreía. Ella se le acercó un poco más.

—Además, Bard, yo soy una niña muy estirada, creo.

—No me lo ha parecido así.

—Eso es lo que quiero decir —dijo ella, enigmáticamente—. Ahora, a portarnos bien.

El sedán gris avanzaba hacia el sur a través de la noche.

Capítulo II

Mientras la luz en la sala de conferencias iba palideciendo poco a poco, Bard y Sharan permanecían sentados con otras tres personas esperando al general Sachson.

El coronel Powys, coordinador del proyecto, jugueteaba con un lapicero amarillo encima de la mesa, produciendo un ruido desagradable al hacerlo chocar. El mayor Leeber, ayudante de Sachson, meloso y gravemente pomposo, se acariciaba las puntas de su bigote. El escribiente daba vueltas y más vueltas a un cenicero de cristal.

Bard observaba a Sharan. Ésta le dirigió una pálida sonrisa. Sus ojos estaban rodeados de unas sombras azuladas.

—El general está muy trastornado —exclamó Powys.

Sus palabras cayeron como piedras, en un pozo de silencio. Tras su tono había una acusación. La deducción era que nadie más estaba trastornado. Bard Lane refrenó el impulso de contestar con un sarcasmo.

El reloj de pared tenía una manecilla segundera. Cada vez que la manecilla daba una vuelta entera, la manecilla de los minutos saltaba de uno al otro produciendo un ligero clic. Leeber bostezó como un gato. Con voz suave, dijo:

—Es usted muy joven para toda esa responsabilidad, doctora Inly.

—¿Demasiado joven, mayor? —preguntó Sharan cortésmente.

—No he dicho tanto, doctora.

—Mayor, hago uso de ese prefijo en ocasiones oficiales. Soy miss Inly.

Él le sonrió, con los párpados semicerrados.

En el preciso instante en que la manecilla segunda indicó la hora y minuto exacto, la puerta se abrió dejando paso al general Sachson, de pequeños ojos azules llenos de chispitas. Correspondía a la estatura mínima exigida por el ejército, un rostro como una nuez seca, hombre enérgico, con bastantes uniformes cortados por expertos.

—*¡Silencio!* —bramó Powys.

Sólo Sharan permaneció sentada.

Sachson rodeó la mesa colocándose detrás de ella, les repasó a todos en medio de un profundo silencio y entonces se sentó, indicando con un gesto que todos podían hacer lo mismo.

—¡Se abre la sesión! —exclamó—. Por lo que más quiera, sargento. Procure esta vez anotar correctamente los nombres.

—Sí, señor —dijo el sargento con voz totalmente carente de inflexión.

—Informe, doctor Lane. Y refiérase estrictamente a lo sucedido.

—Kornal abatió la puerta del laboratorio donde habían sido reunidos los tableros de control. Estuvo solo, allí dentro, por espacio de diez minutos, según se ha calculado. Adamson estima que Kornal nos ha hecho retroceder unos buenos cuatro meses.

—Deduzco de todo eso —dijo Sachson con voz falsamente suave— que la puerta no debió ser considerada suficientemente importante como para ser vigilada.

—Había dos guardias. Kornal les golpeó a los dos con un trozo de tubería. Uno de ellos está fuera de peligro, mientras que el otro se halla en estado bastante grave. Fractura de cráneo.

—El ejército, doctor Lane, ha descubierto que el uso del santo y seña no es precisamente un invento infantil.

—Kornal tenía el privilegio de conseguir un pase a cualquier hora para entrar en el laboratorio. Había estado trabajando durante

muchas horas.

Sachson no dijo nada. El sargento estaba sentado con los dedos expectantes para seguir tecleando. Los ojos azules del general se posaron lentamente en Sharan Inly.

—Por lo que tengo entendido, doctora Inly, en teoría su trabajo consiste en su responsabilidad para anticiparse a cualquier derrumbamiento mental o emocional, ¿no es así? —preguntó, Sachson.

Su voz estaba repleta de burlona galantería, que demostraba su desagrado por la intromisión de las mujeres en asuntos tales como aquel proyecto.

Bard Lane observó que la palidez de Sharan aumentaba.

—Puesto que William Kornal tenía acceso a todas las porciones del área del proyecto, general, es bien evidente que él significaba un doble riesgo dentro de la base psicológica.

La sonrisa de Sachson era forzada.

—Posiblemente sea yo un estúpido, doctora Inly. No encuentro que las cosas sean tan evidentes como usted piensa.

—Hace tres días ese hombre fue sometido a una comprobación rutinaria, general.

—Posiblemente el error, doctora Inly, consista en aplicar los llamados métodos rutinarios en casos especiales. ¿Qué es una comprobación rutinaria?

—Se administra un hipnótico y se formulan una serie de preguntas al empleado, relacionadas con su trabajo. Sus respuestas son comparadas con las dadas por él mismo en otras sesiones anteriores. Si hay alguna desviación, sea cual fuere, entonces se procede a una investigación especial, extraordinaria.

—¿Puede usted probar, por supuesto, que Kornal fue sometido a esa comprobación rutinaria?

Sharan se ruborizó.

—¿Debo tener en cuenta esa pregunta, general?

—Perdóneme, doctora Inly. Soy muy rudo. Antes he visto los informes. Sólo que se me ocurrió que...

—Puedo responder por la doctora Inly, si usted cree que necesita aportar alguna prueba —dijo Bard con voz áspera.

Los ojos azules del general brillaron al posarse en Bard.

—Prefiero que mis preguntas sean respondidas por la persona a quien van dirigidas, doctor Lane. Así se evitan confusiones en los informes de la reunión. —Volvióse hacia Sharan—. ¿Por qué todas las comprobaciones no son especiales en lugar de ser rutinarias?

—Podrían hacerse como usted indica, general, si yo dispusiera de un equipo de personas triple del que tengo ahora y si las personas que han de ser sometidas a los *tests* estuvieran libres de toda clase de trabajo durante tres días completos.

—Eso sería casi como construir todo un imperio para usted, doctora Inly.

Sharan entornó los ojos.

—General, pongo toda mi mejor voluntad en responder a sus preguntas. Comprendo que de alguna manera u otra debí haberme anticipado a la violenta aberración de Kornal. No sé cómo podría haberlo hecho, pero sé que debí hacerlo. Acepto esa responsabilidad. Pero no tengo por qué aceptar suposiciones más o menos directas acerca de la buena fe de mis actos, ni de cualquier deshonestidad por mi parte, o de algún deseo de hacerme importante.

—Borre eso del informe, sargento —exclamó Sachson.

—Preferiría que constara en él —dijo Bard tranquilamente.

Sachson se contempló sus pequeñas manos morenas. Suspiró.

—Si cree usted que el informe de esta reunión no es correcto, tiene usted el privilegio de escribir una carta que será unida a todas las copias que salgan de estas oficinas. Mientras sea yo quien dirija estas reuniones, yo dirigiré también la preparación de las notas. ¿Está claro?

—Sí, señor —dijo rápidamente Powys, sentándose muy erguido en su silla.

—Sargento —dijo Sachson—. Le ruego deje de escribir todo eso. Esto quedará fuera del informe. Deseo aclarar que yo he tenido una carrera militar razonablemente próspera. Y lo ha sido porque he evitado constantemente todas aquellas situaciones que podían haberme dado responsabilidad sin autoridad. Ahora me enfrento con una de esas situaciones. Para cualquier oficial de grado, esto es una trampa fatal. A mí no me gusta esto. No puedo darle órdenes, doctor Lane, sólo puedo hacer sugerencias. Cada vez que pasa una cosa de éstas mi reputación militar, mi historial es afectado. Ustedes, los civiles, no pueden comprender lo que esto significa. Ustedes pueden cambiar de jefe. Las cosas se olvidan o se pasan por alto. Yo siempre he de enfrentarme al mismo jefe. Siempre hay siberias donde un oficial puede ser enviado.

—¿No es acaso este proyecto bastante más importante que la reputación de un hombre? —preguntó Bard.

—Esto, doctor Lane —dijo Sachson—, es un punto de vista muy relativo. Deje que le diga exactamente lo que pienso del "Proyecto Tempo". En todos los anteproyectos extraterrestres, las fuerzas del ejército han estado bajo control. Los especialistas civiles fueron empleados de acuerdo con normas del servicio civil, en capacidad técnica y consultiva. Nuestras intervenciones han sido parte de las atribuciones generales militares. Y debo añadir que todos los proyectos que tuve el honor de dirigir fueron completados en el tiempo previsto o antes.

"Ahora, doctor Lane, es usted quien dirige, si puedo usar esa palabra. Usted es quien tiene la autoridad. Yo tengo la responsabilidad. Es una situación condenada. Sé bien poco de lo que está sucediendo en su escondido valle en las montañas de Sangre de Cristo. Yo sé que una guardia montada adecuadamente, de acuerdo con las normas militares, hubiera evitado ese... ese accidente. Ahora voy a hacerle una petición. Tan pronto empecemos

a hablar para el informe, usted me solicitará que destaque al mayor Leeber al área del proyecto, en calidad consultiva. El mayor Leeber me informará directamente de todos los asuntos que, a su buen criterio, puedan ser propensos a perjudicar la buena marcha del contrato.

Bard Lane se irguió al comprender la oculta amenaza que encerraban aquellas palabras.

—¿Y si yo me opusiera?

—Ya he pensado en esto, doctor Lane. Si usted se opusiera, pediré ser relevado de toda futura responsabilidad con respecto al "Proyecto Tempo". Esto hará ruido, naturalmente. Estallará ante las propias narices de los legisladores. Existe ya cierta presión discernible para que el comité del Senado investigue este proyecto y el aparentemente interminable número de dólares requerido. Mi dimisión puede cristalizar en ese movimiento. Usted y su proyecto serán objeto de una investigación.

—¿Y...? —preguntó suavemente Bard Lane.

—Y descubrirá usted que mucha gente de Washington, mucha gente importante, tendrá la misma idea que tengo yo; la única forma de profundizar en el espacio, mi científico amigo, es a través de las perfecciones superiores de unidades de propulsión físicas, tales como los corrientes A-6. Todo lo demás son sueños.

—¿Y siendo así que está usted tan seguro de su opinión, por qué razón no recomendó que se suspendiese la continuación de este proyecto?

—Esto no es parte de mi responsabilidad. Mi responsabilidad es conseguir que su nave, la *Beatty One*, despegue de la Tierra. Si falla durante el vuelo, no es cosa de mi incumbencia. Si usted no consigue hacerla despegar, podemos emplear el armazón en un proyecto militar que ahora está en estudio. Puede usted escoger, doctor Lane. Cooperar con mi ayudante Leeber o renunciar a su proyecto.

Bard Lane tardó unos segundos en organizar sus ideas.

—General, permítame ser lo suficientemente atrevido para resumir la reciente historia de los viajes espaciales. Incluso desde el mismo comienzo en los trabajos de los viejos V-2 de propulsión química en White Sands hace unos veinticinco años, ha habido historias de fracasos o fallos. Éstos pueden ser divididos en tres categorías: Una, deficiencia técnica en el personal y en las naves. Dos, espionaje y sabotaje; Tres, debilidad en el factor humano.

"El «Proyecto Tempo», general, tiene su propia respuesta a cada una de esas categorías de fallos. Teniendo personal técnico magníficamente capacitado respondo al número uno. Situación secreta y personal cuidadosamente leal, según comprobaciones, es la respuesta a la dos. La doctora Inly y su equipo son la respuesta a la tres. Yo soy todavía quien dirige, como usted ha dicho.

"Me llevaré al mayor Leeber bajo las tres siguientes condiciones: Una, no discutirá ningún problema técnico ni teórico con ningún miembro del personal. Dos, llevará ropas civiles y observará todas las reglas. Tres, se someterá a la revisión clase A de seguridad y a un *test* que deben pasar todos los que son nuevos empleados.

Leeber se ruborizó y Sachson dijo:

—Doctor Lane, ¿cree usted estar en situación de poner todas esas condiciones?

Bard sabía que aquello era el punto principal de toda la reunión. Si cedía, Leeber adquiriría pronto su propio personal, un grupo militar, y, pulgada a pulgada el general Sachson iría tomando posesión del control. Si no cedía, Sachson podía hacer lo que había amenazado. Sin embargo, una dimisión semejante no sería una buena nota en el historial del general.

—No aceptaré al mayor Leeber bajo ninguna otra condición —dijo el doctor Lane.

Sachson le contempló fijamente durante varios segundos. Suspiró.

—No veo motivo por el cual no podamos encontrarnos a medio camino, doctor. Debería ofenderme por sus dudas respecto a la

lealtad de mi personal.

—General, todavía me acuerdo del caso del capitán Sangerson —le recordó suavemente Bard.

Sachson pareció no haberle oído. Miraba a Leeber.

—Haga entrar al prisionero, Leeber —dijo.

Leeber abrió la puerta de la sala y habló en voz baja con uno de los guardianes. Bill Kornal fue conducido inmediatamente a la sala.

Sharan Inly dio un respingo y corrió a su lado, examinando el morado que rodeaba el ojo izquierdo de Kornal. Se giró hacia el general, con los ojos súbitamente brillantes:

—Este hombre es un paciente, no un prisionero, general. ¿Por qué le han golpeado?

—No se preocupe por eso, doctora Inly. No culpo al individuo que lo hizo.

—Todo eso que no conste en el informe, sargento —dijo Sachson—. Tome asiento, Kornal. Usted es... o era... un técnico.

—Más que un técnico —dijo rápidamente Bard Lane—, Kornal es un físico muy competente con más de cinco años de permanencia en Brookhaven.

—Acepto estas palabras —dijo Sachson. Sus ojos miraban fríamente—. Pero creo que no será necesario tener que recordarle, doctor Lane, que deseo que las preguntas me sean respondidas por la persona a quien van dirigidas. —Se volvió hacia Kornal—. Usted destrozó un equipo muy delicado. ¿Sabe cuáles son los castigos que se dan por destrucción voluntaria de propiedades del Gobierno?

—Eso no tiene importancia —dijo Kornal fríamente.

El general Sachson sonrió.

—Considero que esa afirmación suya es muy peculiar. Posiblemente podría usted explicármelo.

—General —dijo Kornal—, el *Beatty One* significa para mí mucho más de lo que yo podría explicarle. Nunca he trabajado con tanto ahínco por nada en toda mi vida. Ni nunca fui tan feliz. No me importa si el castigo es ser arrojado en aceite hirviendo.

—Tiene usted una forma muy extraña de explicarse respecto a su consideración por el "Proyecto Tempo". Tal vez pueda usted contarnos por qué destruyó la propiedad del Gobierno.

—No lo sé.

—Posiblemente no quiera usted decirnos quién le encargó que destruyera aquellos tableros —dijo Sachson con voz suave.

—Todo lo que puedo decirle es lo que le conté a Bard..., al doctor Lane, general. Me desperté y no pude volver a dormirme. Me vestí y salí a tomar un poco el aire y a fumar. Estaba de pie fuera cuando de pronto el cigarrillo cayó de mi mano. Como si alguien me hubiera cogido la mano haciéndome abrir los dedos. Como si estuviera siendo apartado a un pequeño rincón de mi mente, donde yo no pudiera observar, ni pudiera hacer nada.

—Hipnotizado, supongo —dijo Sachson, agriamente.

—No lo sé. No es como cuando te administran esa droga hipnótica. Mi propia mente no estaba velada, sino simplemente arrinconada, a un lado. Es la única forma en que puedo explicarlo.

—De modo que usted estaba con su mente en un rincón. Continúe, por favor.

—Me dirigí a donde los carpinteros habían colocado una nueva casa-dormitorio. Los fontaneros habían dejado algunos trozos de tubería por allí. Cogí uno corto y lo escondí entre mis ropas. Entonces me dirigí hacia el laboratorio, acercándome a los dos guardias que allí estaban. Me conocían. Debe comprender que todo este tiempo mi cuerpo estaba haciendo cosas sin que mi mente se las ordenara. Y yo tenía la extraña sensación, como si dijéramos al *borde* de mi mente, que no estaba bien construir la *Beatty One*. Era desagradable, fuera como fuera. Repugnante. Y todos mis amigos, toda la gente que estaba durmiendo en aquella área, eran enemigos y no... muy brillantes. ¿Comprende lo que quiero decir?

Sachson le miraba fijamente.

—Creo que esas palabras necesitan una explicación algo más extensa.

Kornal se rascó la cabeza.

—Mire. Suponga que usted entra de noche en un poblado africano, general. Todos están dormidos. Usted se siente mucho más superior e inteligente que aquellos salvajes, general, y sin embargo usted siente cierto temor a despertarles y a que se le echen encima. Fue así. Saqué el trozo de tubería y golpeé con ella a los dos guardias, por detrás y por delante. Cayeron sin sentido y yo atravesé la puerta del laboratorio. Una vez dentro, fue como si yo no hubiera estado nunca allí. El equipo, los tableros, todo me era desconocido. Eran algo repelente, como el *Beatty One*, y yo tenía que destrozarlos. Tuve diez minutos hasta que me descubrieron. Una vez me cogieron volví a ser yo mismo. Había hecho un buen trabajo. Cuando Adamson lo vio se echó a llorar. Lloraba como un niño. Lo que se apoderó de mi mente y de mi cuerpo... fue una especie de cosa maligna, creo yo.

Bard se dio cuenta de la mirada de asombro de Sharan.

—¿Los malos espíritus se apoderaron de usted, eh? —dijo Sachson, con las cejas arqueadas hacia arriba, con burlón asombro.

—Algo. Algo que entró y se apoderó de mí. Yo no podía hacer nada. Después, cuando volví a recuperar mi propia personalidad, quise matarme. Pero no pude.

Sachson se volvió hacia el coronel Powys.

—¿Qué puede hacerse en tales casos, Roger?

Powys tenía una voz ruda, bronca.

—No podemos hacer un juicio, general, si el sujeto sabe demasiado de cualquier proyecto importante que esté en ejecución. Cuando aquel hombre trató de volar el *Gettysburg Three*, contó luego una historia muy parecida a esta de ahora. Los principales doctores trataron de encontrar un nombre para eso, y nosotros le tuvimos en un lugar seguro hasta que el *Gettysburg Three* despegó. Por supuesto, cuando llegó a las quinientas millas empezó a vacilar, estrellándose en Hawaii...

—No le he preguntado la historia de los vuelos a Marte, coronel. ¿Qué sucedió con McBride?

—Bien, señor. Cuando el *Gettysburg Three* hubo despegado, los doctores dijeron que McBride se había recuperado, de modo que le hicimos un juicio. Debido a que se trataba de un hombre enrolado en el ejército, pudimos condenarle a trabajos forzados durante cinco años, pero, por lo que comprendo, no podemos hacer lo mismo con Kornal, ya que no está bajo nuestra jurisdicción.

Sachson dirigió a Powys una mirada glacial.

—Gracias, coronel. Breve y conciso, como siempre.

Bard se dirigió al general al hablar:

—Bill, creo que mejor será que regreses al proyecto. ¿Quieres intentarlo?

—¿Si quiero? —levantó sus manos—. Dios, cómo he trabajado. Adamson dice que se ha perdido el trabajo de cuatro meses. Yo puedo hacer que esto quede reducido a tres por lo menos.

Sachson dijo, ásperamente:

—¿Es que se ha vuelto loco, Lane?

Bard le ignoró.

—¿Qué opinas, Sharan?

—Si puede pasar los *tests* iniciales, no veo motivo por el cual no pueda hacerlo. Empleamos los mejores *tests* que se conocen. Si puede pasarlos a satisfacción, será tan aceptable como cualquier otro que pueda hacerlo. El mayor Leeber puede pasarlos al mismo tiempo.

—Hago constar mi objeción a sus propósitos —dijo Sachson.

—Y yo también —rezongó Powys.

—Lo siento, general —dijo Bard—. Kornal es un hombre excelentemente preparado. Le necesitamos. Si aquello fue una enajenación temporal, y no parte de un ataque que pueda repetirse, él puede ayudarnos a reparar el daño que hizo. No tengo tiempo para pensar en castigarle por lo que pasó. Bill se castigará a sí mismo, más que cualquier otro pueda hacerlo.

Sachson se puso en pie.

—Parece que sea su hijo. Pero todo esto consta en el informe. Cuando pierda otros cuatro meses, el "Proyecto Tempo" quedará anulado, o bien se le asignará un nuevo director. Sargento, el doctor Lane le dictará las palabras exactas por su petición respecto al mayor Leeber. Se levanta la sesión. Llévase a Leeber con usted cuando se marchen.

Se pusieron en pie, en silencio, mientras el pequeño general abandonaba la habitación, favoreciéndoles a todos con una débil inclinación de cabeza, a guisa de saludo.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado tras el general, el mayor Leeber dijo untuosamente:

—Sé lo que están ustedes pensando de mí. Les parezco una espina a su lado. No es culpa mía que el Viejo me arrojara contra ustedes. Pero, créanme, permaneceré apartado de su camino. Tommy Leeber puede ser un tipo realmente feliz. Todo lo que necesito es bien poco. Un par de veces a la semana escribiré al Viejo un informe y así todos podremos vivir tan felizmente en las montañas.

Leeber tenía una mueca perezosa bailándole en los labios, bajo un bigote oscuro, de tipo militar, pero bajo aquellos párpados soñolientos había un brillo fijo, frío, negro.

—Contento de tenerle con nosotros —dijo Bard sin demasiado entusiasmo.

Sharan se puso de pie. Leeber se le acercó.

—¿Y usted, miss Inly? ¿Se alegra de que vaya con ustedes?

—Naturalmente —dijo ella con aire ausente—. Bard, ¿cuánto tardaremos en partir?

—Será mejor esperar a después del mediodía. Esto nos dará un poco de tiempo para dormir.

Los otros se fueron. El sargento miraba expectante a Bard. Éste le sonrió.

—Usted conoce a su jefe. Escriba eso de acuerdo con las normas que le satisfagan, siempre y cuando se incluyan las condiciones que he impuesto anteriormente. ¿Las tiene anotadas?

—Sí, señor. ¿Quiere que se lo lea cuando lo tenga redactado?

—No es necesario.

Se dirigió hacia la puerta.

El sargento dijo:

—¡Uf!... doctor Lane.

—¿Sí?

—Respecto al mayor Leeber. Es un hombre muy inteligente, doctor. Y tiene una carrera militar estupenda. Creo que cualquier día puede ascender a general.

—Una ambición digna, supongo.

—Le gusta causar... buena impresión, donde cree que es importante.

—Gracias, sargento. Muchas gracias.

De nuevo en la habitación que le había sido asignada, Bard Lane se tendió para dormir un poco. Pensó en lo que Kornal había dicho. ¡Poseído por los malos espíritus! Un espíritu que puede invadir una mente, aun en contra de su voluntad, usar el cuerpo de aquella mente como si fuera un instrumento. ¿Estaban los antiguos más próximos a la verdad que nosotros, con nuestras medidas y brújulas y textos? Un hombre no puede hacer frente a una teoría que dice que existe una dosis innata de inestabilidad en la mente, que la demencia puede presentarse en el instante siguiente. Incluso la teoría de los espíritus es más confortante que eso. Tal vez, pensó, es que compartimos este planeta. Tal vez siempre lo hayamos compartido. Nosotros somos... *Cosas* que los *Otros* emplean para divertirse. Tal vez *Ellos* puedan deslizarse fácilmente en las mentes humanas y ejercer su humor endiablado. Tal vez nos visitan desde cualquier planeta lejano, como si fuera una excursión para *Ellos*, un picnic. Y tal vez se ríen...

Capítulo III

El mundo de Raul Kinson tenía paredes. Era un mundo de habitaciones, de rampas, de corredores.

No había nada más. El pensamiento no podía llegar *más allá* de aquellas paredes, más allá de las habitaciones más lejanas. Él había intentado hacer pasar sus pensamientos *a través* de las paredes, pero los pensamientos no podían acoplarse a la idea de la nada, y por consiguiente sus pensamientos retrocedían, repelidos por una concepción fuera del alcance de la autoridad de la mente.

Cuando tenía diez años había descubierto una abertura en la pared. No era una abertura por la cual pudiera uno pasar, porque estaba cubierta con algo a través de lo que podía mirarse como si fuera algo transparente. Sin embargo la sustancia era dura al tacto.

Entonces no era todavía lo suficientemente mayor para permitírsele soñar.

Los sueños eran sólo para los adultos, para los que habían crecido suficientemente para participar en los juegos del matrimonio.

En los viejos libros había descubierto la palabra que correspondía a aquel agujero en la pared. *Ventana*. Lo repitió una y otra vez. Nadie más leía esos libros. Nadie más conocía aquella palabra. Era un secreto precioso, porque no era un secreto fabricado. Existía. Más tarde, naturalmente, descubrió que en los sueños hay muchas ventanas. Pueden ser tocadas, abiertas, mirar a través de ellas. Aunque no con sus *propias* manos. Ésa era la

diferencia. En los sueños tenía que hacerse uso de otras manos, de otros cuerpos.

No olvidaría el día que descubrió aquella ventana. Los otros niños le molestaban. Nunca le habían gustado sus juegos. Se reían de él porque no era débil, como ellos. Sus juegos, de músculos, les hacían daño y les hacían llorar. Aquel día le permitieron jugar en uno de sus juegos. El viejo juego del baile de la estatua, en una de las habitaciones más grandes de la planta baja. Una muchacha delgada sostenía dos bloques blancos y mientras ellos bailaran la muchacha haría chocar inesperadamente un bloque contra otro. Al oír aquella señal todos debían detenerse como si se hubieran convertido en estatuas de piedra. Pero Raul perdió el equilibrio y cuando trató de detenerse tropezó pesadamente con dos de aquellos débiles muchachos golpeándoles y haciéndoles caer al suelo entre gemidos de dolor y cólera. Estaban muy enfadados y él también.

—No puedes jugar, Raul Kinson. Eres duro. Vete, no te dejamos jugar.

—No quiero jugar, en primer lugar. Este juego es estúpido.

Y de esa manera había salido de aquella habitación para recorrer el gran vestíbulo que conducía a través del laberinto de habitaciones de mando, donde incluso el mismo aire parecía vibrar. Le gustaba andar por allí, ya que aquello le daba una extraña sensación en el estómago. Ahora, naturalmente, él sabe lo que contienen aquellas habitaciones, y el nombre de aquel metal gris, poderosamente grueso, que forma las paredes del pasillo. Se llama "plomo". Pero el saber lo que había en aquellas habitaciones no disminuía la sensación que sentía, hacía catorce años, cuando anduvo por allí.

Aquel día, hacía catorce años, había vagado sin rumbo fijo. Todo le parecía deslustrado. Las habitaciones donde se interpretaba música suave e interminablemente, donde la música se había interpretado siempre y donde se interpretaría hasta el mismo fin del tiempo, habían perdido su encanto.

Los adultos que vio le ignoraban. Y así lo había supuesto.

La rampa metálica le llevó hasta el piso donde se hallaban los durmientes. Era un lugar que le estaba prohibido a cualquier chiquillo. Esperó y no vio a nadie, y por esto empezó a avanzar por el pasillo de puntillas hasta llegar al lugar donde aquéllos reposaban dentro de cajas de cristal grueso adosadas en la pared.

La primera era una mujer. Estaba tendida suavemente. Estaba algo enroscada, con una mano descansando debajo de su mejilla y la otra apoyada en el pecho. La placa de metal que tenía entre los dientes daba un aspecto desagradable a su boca, y los retorcidos cables que salían de la placa para desaparecer en la pared detrás de la espalda eran como las culebras que él había visto en algunas imágenes antiguas. Permaneció quieto sintiendo un extraño latido. Era algo parecido a lo que había sentido en las habitaciones de mando, aunque más ligero.

Mientras la observaba, la mujer se movió. Se quedó quieto, como petrificado de terror. Ella se sacó la placa de la boca, dejándola a un lado y alcanzando la ropa que había dejado a sus pies. Sus movimientos eran pausados y soñolientos.

Una vez puesta la ropa, al girarse para alcanzar el mecanismo que abría la puerta de la urna de cristal, fue cuando le vio, y su rostro se contrajo de enfado. Huyó, sabiendo cuál sería el castigo, esperando que en la semipenumbra en que ella se encontraba no hubiera podido reconocerle. Tras él pudo oírla gritar:

—¡Niño! ¡Detente!

Corría, jadeante, dándose cuenta de pronto que, si tomaba la rampa que le conduciría abajo, los gritos de la mujer podrían alarmar a cualquiera que estuviera en el piso inferior e interceptarle.

Y al comprenderlo así se detuvo y subió por la rampa fija que ascendía hasta el piso vigésimo primero. Una vez había estado allá arriba. El silencio de aquellas habitaciones le había impresionado de tal manera que se apresuró a regresar abajo, pero este día las habitaciones silenciosas le parecían un refugio.

Arriba y más arriba. El vigésimo primer piso no parecía bastante seguro. Continuó subiendo a pie hasta el siguiente piso, sintiendo un agudo dolor en el costado, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Podía oír el sonido del latir de su corazón en medio de la quietud que le rodeaba.

Recordaba que fue entonces cuando se dio cuenta de que junto a su mano izquierda estaba el borde de la gran rueda que movía la rampa. Era como las ruedas de los pisos inferiores, con una asombrosa diferencia... estaba quieta.

Raul la tocó suavemente. Y un extraño nuevo pensamiento empezó a formarse en su mente. Aquello podía ser una cosa que estuviera... rota. Que hubiese dejado de funcionar. Aquella idea le produjo vértigo porque era algo que estaba fuera de su experiencia. Todas las cosas funcionaban... es decir... todas las cosas diseñadas para funcionar de esa manera, tranquila, perfecta para siempre. Sabía la existencia de las rampas que estaban quietas después del piso vigésimo, y había pensado que era así porque así debía ser. Pero ahora se sentía confundido ante aquel nuevo concepto de "interrupción". Una de las mujeres se había roto un brazo. Se la evitaba porque ahora era una cosa deforme. Sabía que él no se atrevía a hablar de aquel nuevo concepto aplicado a las rampas del piso superior al vigésimo. Tal pensamiento al ser expresado sería una herejía, pura y simple.

Era difícil pensar de aquella manera. Le producía un profundo dolor de cabeza. Si la rampa había cesado de funcionar, por alguna razón, y teniéndose en cuenta que esos pisos superiores eran para ser usados por todos los Vigilantes y que ahora estaban simplemente abandonados a causa de la dificultad física para subir andando aquellas rampas tan acentuadas. Él no conocía a nadie, adulto o niño, que hubiera subido más allá del vigésimo piso. No había necesidad de ello. En los pisos inferiores estaban los baños calientes y perfumados, los lugares donde tomar vino, donde dormir

y donde comer miel. Estaban también los comedores y las habitaciones donde se curaba el dolor.

De pronto se preguntó cuántos pisos más habría encima de él. ¿Sería posible llegar hasta el último? ¿Habría un final? ¿O bien los pisos irían sucediéndose uno tras otro, más altos cada vez, sin que nunca terminaran? La fuerza de su deseo por responder a esa pregunta le asombró. Sentía el cosquilleo del temor recorrerle la espalda, pero al mismo tiempo sentía una intensa excitación que le proporcionaba unas alas frenéticas.

Iba vestido como todos los jóvenes, con una sola faja de tejido de metal blando. Iba anudada alrededor de la cintura, pasando luego por entre las piernas, terminando firmemente sujeta en la cintura. Cuando uno era suficientemente mayor para que se le permitiera soñar, entonces se le entregaba la toga y correas de hombre, o la túnica de mujer. Cuando llegaba la muerte, cuando el muerto era arrojado, desnudo, en la boca del tubo oval, que le precipitaba en la desconocida oscuridad, la ropa se salvaba. Él había visto la habitación donde aquellas estaban amontonadas en grandes pilas llegando más arriba del alcance de un hombre.

Se puso en pie, respiró profundamente, estrechó la faja en torno a su cintura y empezó a andar solemnemente y con cierta decisión hacia la siguiente rampa silenciosa y quieta. Y a la siguiente, y a la otra. Se sentía fatigado por la empinada cuesta y descansó, observando que casi había perdido la cuenta. Los pasillos que quedaban abajo desde donde los miraba ahora eran todos iguales y silenciosos.

Al final llegó a una rampa que ascendía, mientras la contigua bajaba, silenciosa y perfectamente. Subió a la rampa que le llevó arriba, preguntándose cuánto tiempo haría desde que otros pies descalzos la habían pisado.

Arriba y más arriba, y más. Las cosas familiares iban quedando espantosamente atrás. Pero los temores quedaban barridos por el

silencioso y familiar movimiento de la rampa que le hacía sentir un ligero vientecillo en el rostro a medida que subía.

Y con la brusquedad de un golpe, descubrió que al final no había ya ninguna otra rampa para llevarle más arriba, y que no había ya por consiguiente ningún otro piso al que subir. El pasillo era más pequeño que los demás. Luchó contra el temor que sentía y que le incitaba a dar media vuelta y precipitarse rápidamente hacia abajo. Lo peor era el silencio. No se oía el eco de ningún paso contra los suaves suelos. Ni voces lejanas. Ningún ruido de chiquillos. Sólo silencio y el resplandor de las paredes.

Aquello, pues, era la cumbre del mundo, la cumbre de la eternidad, la cima de todo. El temor desapareció convirtiéndose en exaltación, sintiéndose más amplio que la misma vida. Él, Raul Kinson, había ido, solo, hasta el fin del mundo. Pensó en la mirada de desprecio de los demás. Sacó el pecho y levantó la cabeza. Los viejos decían que no había límites en el mundo, que los pisos silenciosos superiores iban ascendiendo hacia el infinito, que aquellos que eran lanzados por el tubo de la muerte caían eternamente, girando a través de la oscuridad, hasta el fin del tiempo.

Avanzó por el pasillo. Éste torcía ligeramente. Se detuvo. Al final del pasillo había un cuadro, un cuadro grande. Él sabía de cuadros. Había miles de ellos en el piso decimoctavo y en realidad nadie los entendía.

Se acercó hacia el cuadro con el desprecio de la familiaridad. Se acercó más a aquella superficie extrañamente brillante. Ahogó una exclamación y la oscuridad se le echó encima sin que sintiera impacto alguno al caerse.

Recobró el conocimiento, arrodillándose y contemplando de nuevo el cuadro. Y entonces supo que no era cuadro. Era una revelación. Era una verdad tan fantástica que podía oír, de sus labios, los sonidos incomprensibles que hacían los niños. Y supo

que a partir de aquel día, él sería algo aparte de todos los otros que no hubieran visto esto, que no participaran con él de este concepto.

Más allá de los pisos, al otro lado de las paredes que brillaban, todos habrían aprendido que sólo había la nada. Con frecuencia él se había acostado por la noche, tratando de imaginarse la "nada". Y ahora resultaba que todo había sido un embuste.

La totalidad de los pisos estaban localizados en una enorme y espantosa habitación. El techo, fantásticamente alto, tenía un color púrpura acentuado, con puntos brillantes de luz en él, y una enorme luz púrpura redonda que dañaba a los ojos al mirarla directamente. El suelo de la habitación era de color canela, pardo y gris. El aspecto más horrible de la enorme habitación era la imposibilidad de ver sus paredes. Estaban más allá del alcance de sus ojos, algo totalmente nuevo para él. Sintió vértigo al mirar hacia abajo al remoto suelo. Lejos, hacia la derecha, el suelo estaba encorvado en una serie de montañas mucho más altas que el nivel de sus ojos. Y en el primer plano se alzaban seis objetos, en perfecta fila. El brillo de la luz redonda les hacía parecer de plata. Cuanto más miraba más se acostumbraba a la perspectiva, y más acertadamente podía asegurar la altura de aquellos seis objetos cilíndricos, con obtusos hocicos y la porción fulgurante que descansaba contra el tono canela del suelo. Mientras miraba vio movimiento. Un trozo de suelo cobró vida, alzándose en una alta columna giratoria. No podía comprender por qué hacía tal cosa. Lo veía moverse, girando todavía, en dirección a los altos montículos. Y pronto dejó de verlo. Acercó la boca contra la dura superficie de la sustancia transparente y se echó atrás con asombrosa velocidad. En un mundo donde todo estaba caldeado, aquella superficie era extrañamente fría.

Al final la garra del hambre le apartó de aquel cuadro que más tarde descubrió que se llamaba "ventana". Regresó a los pisos inferiores, haciendo de nuevo todo el recorrido, esta vez a la inversa, hasta llegar a los lugares conocidos. No habló con nadie de lo que había visto. Andaba con una sensación embotada, aturdida,

sintiéndose insignificante contra las enormidades de lo que había afuera del mundo conocido. Comía, dormía, se bañaba y andaba solo, buscando siempre la manera de alejarse, de regresar a su ventana, a través de la cual podía mirar a otro mundo que empequeñecía al suyo propio.

Una vez, consciente por entero del nuevo conocimiento que había adquirido, trató de explicárselo a uno de los adultos. Wrath estalló y Raul Kinson salió despedido, sangrándole la boca y con la firme determinación de no volver a hablar a nadie más sobre el particular.

Con Leesa, por supuesto, era distinto. Como humana, compartió con él, hasta cierto punto, la tergiversada broma biológica que le había proporcionado a él un pecho ancho, anchas espaldas, cuello fuerte y vigoroso, musculatura abundante en un mundo donde la fuerza física era completamente inútil.

Recordaba que él tenía doce años y ella unos diez cuando la acompañó hasta la ventana. A los diez años la niña era más alta y más fuerte que cualquier otra niña de su misma edad. Como Raul, tenía el cabello negro azulado y abundante. Era una cosa que les distinguía de los demás, en aquel mundo donde el cabello era fino, seco y castaño, durando por lo general hasta los veinte años de edad, raramente después de eso.

Habían hablado los dos y él sabía que Leesa compartía su vaga sensación de inquietud, su dejo contento sin objeto, pero los sentimientos de ella tomaban una forma diferente. Mientras él se esforzaba constantemente en aprender más, en comprender más, ella se dedicaba con adoración a las travesuras y al abandono infantil.

Se sentía orgulloso por la manera con que ella trataba de ocultar su miedo. Permanecieron de pie al lado de la ventana. Él, orgulloso de sus nuevas palabras, dijo:

—Esto es "el exterior". Todo nuestro mundo y todos los niveles o pisos se hallan en el interior de lo que se llama "edificio". Fuera de

aquí hace frío. Esta luz roja redonda se llama Sol. Se mueve a través del techo, pero no desaparece nunca por entero de la vista. Lo he observado. Viaja en círculo.

—Se está mejor aquí dentro.

—Naturalmente. Pero es bueno saber... que hay un... exterior.

—¿Sí? ¿De qué sirve simplemente saber cosas? Yo diría que es bueno bailar, cantar y estar calentito..., tomar buenos baños, encontrar las comidas preparadas que saben mejor.

—¿No hablarás a nadie de esto?

—¿Para que me castiguen? No soy tan estúpida, Raul.

—Vamos, pues. Y te mostraré otras cosas.

Bajaron varios pisos, hasta llegar a uno cuyas habitaciones eran más bien pequeñas. Entró con ella en una que tenía diez sillas puestas de cara a una de las paredes de la habitación. La hizo sentar en una de ellas mientras él se acercaba a la máquina que le había costado tanto de examinar a fondo. Había estropeado cuatro antes de comprender el significado.

Leesa quedó boquiabierta cuando se apagó la luz y aparecieron las imágenes, por obra de magia, reflejadas en la pared a la cual estaba sentada.

Raul dijo tranquilamente:

—Creo que esto está aquí con el propósito de que antes traían aquí a los chiquillos para ver esas imágenes. Pero sea como fuere, hace mucho tiempo, fue abandonado. Estas señales debajo de cada imagen no significan nada para ti, Leesa. Pero yo he aprendido que esto es su escritura. Cada cosa tiene una palabra, como ya sabes. Pero esas marcas pueden significar la palabra. Con estas marcas, si tú pudieras leer, yo podría decirte lo que quisiera sin hablar.

—¿Por qué ibas a hacer tal cosa? —su voz estaba llena de extrañeza.

—Podría dejarte un mensaje. Yo puedo leer la escritura que hay debajo de las imágenes. Hay un número incontable de esas bobinas para colocar en las máquinas. Cada habitación tiene unas más

complicadas que la anterior. Creo que esta habitación era para los niños más pequeños, ya que las palabras son muy sencillas.

—Eres muy inteligente, Raul, al comprender esas marcas. Pero me parece que debe ser algo difícil. Y no sé por qué lo haces.

La extrañeza había cambiado en hastío. Arrugó la frente. Él deseaba tener a alguien con quien poder compartir aquel nuevo mundo.

Recordó un lugar que seguramente le interesaría a ella. Bajaron varios pisos más y la introdujo en una habitación muy grande. Esta vez las imágenes se movían y parecían tener dimensiones reales, y las personas, curiosamente vestidas, hablaban, empleando unas palabras extrañas, intercalando entre aquellas algunas más familiares. Raul dijo:

—Esto es una historia. Puedo entenderlo porque he aprendido las palabras extrañas, o por lo menos algunas de ellas.

A la tenue luz pudo ver a su hermana que se inclinaba hacia adelante con la boca abierta. La gente con ropas extrañas se movía en lugares extraños.

Apagó la máquina.

—¡Raul! Es... es... maravilloso. Hazlo aparecer otra vez.

—No. No lo entiendes.

—Es como yo imagino que deben ser los sueños, como serán cuando sea lo suficientemente mayor para que se me permita soñar. Y pienso que no podría esperar. Por favor, Raul, muéstrame cómo se hace para que vuelva a producirse.

—No. Tú no sientes interés por esas cosas. Ni en las mujeres que llevan extraños vestidos de color, ni en los hombres que luchan. Vuelve a tus juegos, Leesa.

Ella intentó retenerle, pero al ver lo inútil de su intento, le soltó. Raul al final pretendió ceder.

—De acuerdo, Leesa. Pero debes empezar como yo lo hice. Con las imágenes sencillas. Con la escritura sencilla. Y cuando

aprendas, entonces te llevaré a ver todo esto otra vez y entonces lo comprenderás.

—¡Lo aprenderé hoy mismo!

—En cien días. Si eres rápida y si pasas muchas horas al día dedicada a eso.

Regresaron a la primera habitación y él trató de ayudarla. Ella se puso a llorar de nuevo de frustración. Al final los pasillos disminuyeron sus luces y así supieron que había llegado la hora de irse a la cama. El tiempo había transcurrido demasiado rápidamente. Descendieron apresuradamente para reunirse con los demás, escondiéndose hasta que el camino estuvo libre, mezclándose luego con aquéllos, con exagerada tranquilidad.

A los dieciséis años, Raul Kinson era más alto que cualquier hombre en el mundo. Sabía que era hora, y que estaba acercándose el día. Lo supo por la forma en que las mujeres le miraban, por la nueva luz que brillaba en sus ojos, una luz que le turbaba. No podían hablarle porque, hasta que fuera autorizado a soñar, seguía siendo todavía un niño.

Algunos tenían ciertas obligaciones que les permitían verlo más o menos. Y en cada caso, instruían a un joven para que escogiera aquella misma clase de obligaciones en preparación de la hora de la muerte. Había una mujer que estaba al cargo de las habitaciones de nacimientos, y otra que cuidaba de los niños pequeños. Un hombre, más gordo que los demás, organizaba los juegos de los adultos. Pero entre todos aquellos que tenían obligaciones especiales, Jord Orlan era el más poderoso. Era retraído y tranquilo. Estaba al cargo de los sueños y de los soñadores. Poseía unos ojos inteligentes, amables, y un rostro donde brillaba la melancolía del poder.

Y Jord Orlan rozó por la espalda a Raul Kinson y le condujo al extremo del décimo piso, hasta las cámaras donde Jord Orlan vivía solo, completamente apartado de la vida en comunidad.

Raul sentía una excitación temblorosa dentro de sí. Se sentó donde Jord Orlan le indicó. Esperó.

—Después de hoy, hijo mío, dejas de ser niño. Todos aquellos que dejan de ser niños deben soñar. Es el privilegio de ser adulto. Todos los que como tú se acercan a mí llegan con ideas muy equivocadas de los sueños. Eso se debe a la prohibición de hablar de los sueños con los niños. Muchos de nosotros tomamos los sueños con demasiada ligereza. Es lamentable. Tienen la impresión de que los sueños son tan sólo un placer simple e ineludible, olvidándose de la primera responsabilidad de aquellos que sueñan. Yo no deseo que tú, hijo mío, te olvides de esa responsabilidad primordial. A su debido tiempo te lo explicaré. En nuestros sueños somos todopoderosos. Te acompañaré hasta la vitrina de cristal de los sueños que será tuya hasta el día de tu muerte. Y te mostraré cómo funciona el mecanismo que controla los sueños. Pero antes hablaremos de otros asuntos. Tú has permanecido siempre apartado del resto de chiquillos. ¿Por qué?

—Soy diferente.

—En cuerpo, sí.

—Y en mente. Sus placeres no tienen interés para mí.

Orlan pareció mirar más allá de lo que veían sus ojos.

—Cuando yo era jovencito me sucedía lo mismo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? Ésta es la primera vez que se me permite hablar de esta manera con un adulto.

—Naturalmente, hijo mío.

—¿Por qué somos llamados los Observadores?

—Esta fue una de mis preocupaciones. Creía que esto se debía a lo de los sueños. El origen de la palabra se pierde en la antigüedad. Posiblemente sea debido a las fantásticas criaturas que observamos en nuestros sueños.

—Usted ha dicho que son criaturas fantásticas. ¿Son hombres?

—Naturalmente.

—¿Cuál es, entonces, la realidad? ¿Este lugar estrecho o los mundos abiertos de los sueños?

En su intenso interés, Raul se había olvidado de emplear tan sólo las palabras usuales.

Jord Orlan le observó agudamente.

—Tienes un lenguaje muy extraño, hijo mío. ¿Dónde lo has aprendido? ¿Y quién te ha hablado de los mundos abiertos?

Raul titubeó.

—Yo... he inventado las palabras. Me he hecho la idea de esos mundos abiertos.

—Debes comprender que es una herejía pensar siquiera en que las criaturas que vemos en los sueños sean una realidad. Las máquinas para los sueños tienen un principio simple. Tú estás familiarizado con los vagos sueños de la infancia. Las máquinas los aclaran y hacen lógicos a través de algunas aplicaciones de potencia. Están limitados en lo que podríamos llamar tres zonas, o mundos, en los que podemos soñar. Con el tiempo te acostumbrarás a cada uno. Pero nunca, nunca se te ocurra suponer que esos mundos puedan existir. El único mundo posible está aquí, en estos pisos. Es la única clase de ambiente que nos permite existir. A través de los sueños nos hacemos más inteligentes.

Raul vaciló:

—¿Cuánto tiempo hace que existe este mundo nuestro?

—Desde el comienzo del tiempo.

—¿Quién... quién lo hizo? ¿Quién construyó estas paredes y las máquinas para soñar?

—De nuevo, hijo mío, te acercas demasiado a la herejía con tus preguntas. Todo esto ha existido siempre. Y el hombre ha existido siempre aquí. No hay principio ni fin.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez a alguien que puede existir algún mundo mayor fuera de estos pisos?

—Debo rogarte que dejes de hacer esa clase de preguntas. Esta vida es buena y es adecuada para cada uno de los novecientos que forman la humanidad. No existe nadie al otro lado de las paredes.

—¿Puedo formular una pregunta más?

—Naturalmente. Siempre y cuando tenga más sentido que las formuladas anteriormente.

—He podido ver que este mundo es muy grande, como si en alguna ocasión hubiera vivido aquí más gente que la que ahora vive. ¿Es que nuestra población es inferior a tiempos pasados?

Orlan se volvió bruscamente de espaldas. Su voz llegaba suave hasta los oídos de Raul.

—Esta cuestión me ha preocupado. No pensé en ello durante mucho tiempo. Cuando yo era muy pequeño éramos aquí más de mil. Me he estado preguntando sobre el particular. Cada año hay una o dos togas o túnicas que no son heredadas por ningún chiquillo —su voz se hizo más tensa—. Eso no tendrá importancia en nuestra vida. Y no puedo creer que la población vaya disminuyendo hasta desaparecer. No puedo creer que un día este mundo pueda estar vacío cuando la última persona haya muerto sin que nadie pueda arrojarle por el tubo.

Orlan cogió la mano de Raul.

—Vamos, te acompañaré a la vitrina que te ha sido asignada para toda tu vida.

Orlan no dijo nada más, hasta que se detuvieron, en el vigésimo piso, delante de la vitrina de cristal vacía. Orlan dijo:

—En tu cabeza, cuando estés tumbado ahí, pondrás ese pequeño pulsador nudoso. Tiene tres estaciones correspondientes a los tres mundos de sueños. La primera está señalada por una línea recta. Éste es el mundo más hermoso de todos. La segunda está señalada con una línea curva que se sostiene en una base. La tercera estación, señalada con una línea doble curva, es para dirigir la máquina para crear el tercer mundo, el que nosotros encontramos de menos interés. Serás libre de soñar siempre que lo desees, luego te desnudarás y colocarás la placa de metal entre los dientes, mordiéndola firmemente. El sueño llegará con rapidez. En tu sueño tendrás un nuevo cuerpo y una habilidad nueva, extraña, insustancial. No puedo darte instrucciones de cómo adquirir el

cambio y movilidad en el mundo de los sueños. Eso es algo que debes aprender haciéndolo. Todos aprenden rápidamente, pero el actual procedimiento no se traduce en palabras. Soñarás durante diez horas y al final de este tiempo la máquina te despertará. Entonces será mejor que esperes un nuevo día antes de empezar a soñar de nuevo.

Raul no pudo resistir el impulso de decir:

—Cuando las luces son brillantes en las paredes y en los suelos, nosotros lo llamamos día, y cuando palidecen, lo llamamos noche. ¿Hay alguna razón particular para que lo hagamos así?

La mano de Jord Orlan se apartó rápidamente del hombro de Raul.

—Estás hablando locamente. ¿Por qué tenemos cabeza? ¿Por qué nos llamamos hombres? El día es el día, y la noche la noche.

—Tuve un sueño infantil en el que vivíamos en la parte exterior de un gran globo y no había nada más que nosotros en el espacio. El otro globo, al que llamábamos sol, nos circundaba, dándonos luz y calor. Era de día cuando estaba encima de nuestras cabezas. De noche cuando estaba en el lado opuesto del globo.

Orlan le dirigió una extraña mirada.

—¿Sí? —dijo muy cortés—. ¿Y los hombres vivían en todas partes de ese globo? —Raul asintió. Orlan dijo triunfante—: ¡El absurdo es bien aparente! ¡Los que estuvieran en la parte de abajo se caerían! —su voz se hizo más dura—. Deseo avisarte, hijo mío. Si persistes en esas absurdidades y herejías tendrás que ser llevado a un lugar secreto que sólo yo conozco. Ha sido empleado en tiempos antiguos. Hay una puerta y tras ella un vacío frígido. Serás arrojado del mundo. ¿Está bien claro?

Sensatamente, Raul asintió.

—Y ahora debes soñar, uno tras otro, con cada uno de los tres mundos. Y al final de los tres sueños volverás a verme y se te dirá la Ley.

Jord Orlan se alejó, Raul permaneció de pie al lado de la vitrina, temblando un poco. Levantó la tapa de cristal, se deslizó rápidamente en su interior y se tendió. Se quitó la faja que llevaba. Colocó el pulsador en el número 1, que Orlan no conocía como número, sino como símbolo matemático.

La placa de metal era fría al sostenerla entre los dedos. La puso entre los dientes. Echó la cabeza atrás cerró los dientes apretando el metal... y cayó sumido en el sueño como si hubiera caído del gran sol rojo a las polvorientas llanuras próximas a las escarpadas montañas.

Caía, en el vacío, en la oscuridad...

Todo movimiento quedó detenido. Aquello, pues, era el precioso sueño. La nada absoluta, la confusión absoluta, con el único sentido de la existencia. Esperó y lentamente fue sintiendo, fue dándose cuenta de la dimensión y dirección. Colgaba inmóvil y entonces detectó, a lo que parecía una gran distancia, otro cuerpo. Lo sintió con un sentido que no era la vista, ni el tacto, ni el oído. Sólo podía pensar en cómo se había dado cuenta de aquello. Y con el poder de su mente se lanzó hacia él. Aquel estado de estar enterado iba aumentando. Se lanzó una y otra vez. La cosa en la que emergió parecía querer rechazarle. Podía sentir cómo se agitaba y pretendía alejarlo. Se asía a ello sin manos, se apretaba a aquello sin brazos. Se introducía allí hasta conseguir arrinconarlo en un pequeño lugar apartado.

Y Raul Kinson se encontró a sí mismo andando por una polvorienta carretera. Con el brazo herido. Lo miró y quedó asombrado al ver la dura delgadez del brazo, el duro metal rodeando la descarnada muñeca, la sangre seca donde el metal le había cortado. Iba vestido con andrajos y podía oler el olor de su cuerpo. Cojeaba de un pie herido. La banda de metal de su muñeca iba conectada por una cadena a un poste muy pesado. Era uno de los hombres, de los muchos hombres que se unían a un lado de aquel poste, con igual número de hombres al otro lado. Frente a él,

desnudas las fuertes espaldas, extrañamente oscuras, cruzadas de heridas, algunas de ellas recientes, otras ya antiguas.

Aquellos eran sus compañeros. Sí, habían luchado juntos contra los soldados de Arrud el Viejo, durante siete días. La muerte habría sido mejor que el cautiverio. Ahora no tenían más que mirar ante sí y la tripa vacía, una vida de esclavitud y salvajes castigos, un deseo incesante, desesperado de escapar y regresar a los lejanos campos verdes de Raeme, a la casita donde la mujer esperaba días y días, donde los niños jugarían delante de la puerta.

La visión y otras sensaciones empezaron a desvanecerse. Raul comprendió que no había sabido alejar de forma conveniente la mente de aquel hombre, que había podido rechazarle a él al vacío. De modo que volvió a ejercer control. En poco tiempo encontró el necesario, con la mente subyugada arrojada a un rincón, aunque no demasiado lejos, de modo que le permitiera captar el lenguaje y las circunstancias tenuemente, lo suficiente para que no pudiera permitir que la mente de aquél volviera a rechazarle. Era como si existiera en dos niveles. A través de la mente de aquel hombre, esa persona que se llamaba Laron, él experimentaba el odio y la desesperada cólera, y también, a través de la extraña invasión de su mente, en segundo lugar, un temor de volverse loco.

Caminaba trabajosamente entre el polvo. Los soldados que les guardaban llevaban largas lanzas con puntas de metal y andaban ligeros, haciendo bromas entre ellos, llamando a los prisioneros con nombres obscenos.

Raul jadeaba de dolor cuando la lanza se clavaba en la parte superior de su brazo.

—Viejo flaco —dijo el soldado—, mañana serás comida del león, si vives hasta entonces.

Frente a ellos el camino flanqueaba una colina. Tras esta podían verse ya las torres de la ciudadela donde Arrud el Viejo gobernaba sus dominios con la tradicional fiereza. Resultó ser una marcha de muchas horas. ¿Qué había dicho Jord Orlan del cambio y

movilidad? Una destreza que debía de adquirirse. Aquel desespero y el dolor de tan larga caminata no parecía prometer mucho.

Dejó que la mente cautiva retrocediera a través de secretos canales, volviendo a adquirir voluntad y albedrío. Los sentidos se desvanecieron, y cuando la nada le envolvió de nuevo, intentó lanzarse hacia el lado, hacia los soldados. De nuevo la sensación de estar sujeto a una cosa extraña que resistía. El momento de control, de lanzarse a la otra entidad a un rincón de su mente pasó y llegó la visión.

Estaba tendido boca abajo sobre unos matorrales, mirando fijamente el camino polvoriento, al grupo de figuras que andaban lentamente por el camino. Dejó que la mente cautiva se expansionara hasta que él pudo sentir sus pensamientos y emociones. Una vez más, odio y temor. Éste había podido escapar de la ciudadela. Era corpulento y fuerte. Llevaba un fuerte garrote y había matado a tres hombres en su huida. Sentía lástima y piedad por los cautivos. Odio por sus captores. Temor a ser descubierto. Ésta era una mente más simple, más brutal que la primera. Era más fácil de controlar. Esperó el momento oportuno, luego se deslizó fuera de la mente lanzándose hacia la dirección recordada del camino.

La nueva entidad era más esquiva y el control se le hizo un poco más difícil. Descubrió que se había metido en el cuerpo de uno de los soldados más jóvenes. Andaba algo apartado de los demás. Los cautivos estaban a su derecha, andando trabajosamente bajo el peso del palo que los mantenía unidos, como un insecto de muchas patas. Raul tanteó el espíritu de ese soldado joven y descubrió que sentía repulsión por su tarea, lástima por las endurecidas sensibilidades de sus camaradas, y piedad por los sucios prisioneros. Lamentaba haber escogido aquella clase de colocación y deseaba con todo su corazón que su trabajo hubiera acabado. Estaría mejor en la ciudadela al atardecer cuando pudiera vagar entre los bazares, un soldado que regresaba de las guerras,

deteniéndose frente a las barracas para comprar las comidas condimentadas que a él le gustaban.

Raul le obligó a volver la cabeza y mirar la línea de hombres. Después de varios encontró al hombre delgado que había sido herido con la lanza en la parte superior del brazo. Él había estado en la mente de aquel hombre. Dentro de la suya propia sintió la agitación de pánico que experimentó el joven soldado que hizo un movimiento sin propósito aparente.

"¿Por qué me giro a mirar a ese viejo delgado? ¿Por qué ha de tener él más importancia que los demás? ¿Es que el sol ha calentado demasiado mi casco?"

Raul se giró y miró hacia las colinas, tratando de localizar entre los matorrales al fugitivo escondido. Esto pareció alarmar la mente cautiva del soldado todavía más.

"¿Por qué estoy actuando de una forma tan extraña?"

La lanza que Raul sostenía en su mano era reconfortante. La levantó un poco, y comprendió que el buen entrenamiento del soldado le facilitaría las cosas si deseaba hacer uso de la lanza. De momento se contentó con observar el paisaje, recogiendo de la mente del soldado los nombres de los objetos que veía. Un pájaro, un rápido destello azul en el cielo. Una carreta de bueyes cargada de maíz. Pasaron frente a unas ruinas de piedras de desconocida antigüedad.

Se volvió al oír el grito desgarrador. El cautivo delgado, aquel cuya mente había habitado, había caído. Un soldado corpulento, con el rostro encolerizado y brillante por el sudor, le pinchaba una y otra vez con la punta de su lanza haciéndole brotar roja sangre.

Raul, con la destreza propia de quien está acostumbrado a una larga práctica, acometió con la lanza contra la garganta del corpulento soldado. Éste se giró, con los ojos saltándosele de las órbitas. Se agarró el cuello con ambas manos, cayó de rodillas y luego cayó de cara al suelo polvoriento del camino.

En su mente sintió los pensamientos de pánico del joven soldado.

"¡Lo he matado! ¡Debo de haberme vuelto loco! ¡Me matarán!"

El soldado jefe del grupo se giró hacia él, enojado. Se hizo cargo de la situación de un solo vistazo y sacó un pequeño puñal que llevaba. Los demás, advirtiéndolo por anticipación, evitaron que el soldado joven tratara de huir cerrándole el paso mediante sus lanzas.

Raul, lleno de pánico, arremetió de nuevo con la lanza. El otro arrojó el puñal que brilló bajo el sol. El soldado joven bajó los ojos y pudo ver el mango del puñal que se había clavado en su vientre. El soldado trató de quitarse aquella arma. El espasmo producido por la herida le hizo caer de bruces sobre el polvoriento camino, lentamente, sintiéndose imposibilitado de sostenerse siquiera con el apoyo de sus brazos. Por el rabillo del ojo vio el brillo de otro puñal. Un dolor intenso en la parte posterior del cuello le sumió en la nada donde no había visión, ni sonido ni sentido del tacto.

Al atardecer se encontraba en la ciudadela, con la sensación de vida y movimiento a su alrededor. Conducía un burro muy cargado y de vez en cuando exclamaba que llevaba agua, agua fresca para las gargantas secas. En la mente del vendedor de agua supo encontrar la situación del palacio. Poco a poco iba aumentando en destreza de control de arremetidas en la dirección deseada, ganando confianza en sí mismo y en saber distinguir la distancia de una mente a otra. Fue guardián de las puertas del castillo, luego un hombre que llevaba una pesada carga por unas interminables escaleras.

Y al fin se convirtió en Arrud, el Viejo, el hombre del poder. Para su asombro, al ganar el control en la mente del rey, descubrió que aquélla era tan simple y tan brutal como la del fugitivo. Y en ella descubrió odio y temor. Odio hacia los reyes lejanos que minaban su poderío y riquezas con las interminables guerras. Temor a la traición dentro de las paredes del palacio. Temor al asesinato.

Raul se relajó a la forma habitual de actuar de Arrud. Arrud se abrochó el cinturón alrededor de su gruesa cintura. Era de piel fina, moteada de pedazos de metal precioso. Colocó la capa sobre sus anchas espaldas, hundió los pulgares en el cinturón y se dirigió a través de la puerta abierta hacia el otro extremo del pasillo. La mujer tenía cabellos largos de color de las llamas. Estaba tendida en un diván y miraba a Raul Arrud fríamente. Tenía una boca cruel, dura.

—Espero vuestros deseos —dijo ella.

—Esta noche veremos a los prisioneros. Los primeros ya han llegado.

—Está bien, Arrud, escoge a los más fuertes para las bestias, que sean fuertes para que puedan luchar y hacer así más interesante el juego.

—Necesito a los más fuertes para el trabajo en las murallas —dijo él testarudamente.

El tono de la mujer pareció aumentar de potencia.

—Por favor. Hacedlo por mí, Arrud. Por Nara.

Raul abandonó su ocupación y desapareció en la nada. Sólo era necesario un ligero movimiento. Se deslizó suavemente, lentamente en la mente femenina y descubrió que había cierta sutil repulsión que le entorpeció un poco su control inicial. Al final consiguió sus propósitos. Atrapar la mente de aquella mujer. Sus pensamientos eran difíciles de filtrar a través de su propia mente. Eran fragmentarios, llenos de resplandores brillantes y coloridos. Sólo el odio y el desprecio que ella sentía por Arrud era constante, invariable. Descubrió que el conseguir mantener un equilibrio adecuado de control era mucho más difícil en la mente de una mujer. Poseería su mente de una forma tan completa que ella perdería su forma de expresarse, su identidad femenina, para convertirse, simplemente, en Raul en el cuerpo de una mujer. Y entonces ella resurgiría hasta hacerle retroceder a él al mismo borde del control.

La conoció en poco tiempo. Conoció a Nara, hija de un soldado, danzarina, amante de un capitán, luego de un general y al fin amante de Arrud. Supo el conocimiento que ella tenía de sus cabellos rojos como el fuego, de su cuerpo felino, vibrante, inteligente.

Arrud se acercó al diván. Se pasó los dedos por la frente, con fuerza, y dijo lentamente:

—Por unos instantes me he sentido de una forma extraña. Como si un extraño hubiera penetrado en mi mente, llamándome desde gran distancia. No me habéis prometido todavía lo de los esclavos más fuertes, Arrud.

Ella miró. Alargó la mano y acarició el pecho de la mujer, haciéndole daño con sus toscas maneras. Ella apartó bruscamente su mano apretando los labios con fuerza. Él se acercó de nuevo, despojándola de un tirón de la túnica dejando al descubierto su cuerpo hasta las caderas.

Raul se sumergió entre los pensamientos y recuerdos de ella, enterándose de la existencia de una daga oculta entre los almohadones del diván. Obligó a la mente de la mujer a pensar en ella, acentuando su cólera, mezclada con temor. Ella deseaba hablar y él no se lo permitía. Arrud se echó encima de ella buscando con sus labios el cuello femenino. Raul forzó la mano de la mujer a que cogiera la daga. Ella estaba rígida de temor y él sintió en la mente de ella que aquélla no era la forma adecuada de matar a Arrud. De esa manera la descubrirían. La punta de la daga rozó la espalda de Arrud. La afilada hoja se hundió, como si lo hiciera a través del agua, en busca del corazón. El pesado cuerpo de Arrud la aprisionaba contra el diván al quedar muerto. Cuando Raul se alejó de la mente femenina, sintiéndose mal, pudo oír su primer grito enloquecido.

Raul despertó en la vitrina de cristal de los sueños. Permaneció tendido un rato, sintiendo una especie de letargo en él, sintiendo cansancio de espíritu más que de mente y cuerpo. El sueño de diez

horas había terminado cuando abandonó el cuerpo de la mujer. Le parecía como si hubiera estado durante meses y meses en un mundo extraño. Apartó la placa de metal de su boca. Los músculos de las mandíbulas le dolían. Se giró lentamente, dejando descansar los pies descalzos sobre el cálido suelo del piso de los sueños.

Allí, de pie, sonriéndole había una mujer. La costumbre de la infancia era difícil de vencer. Le sorprendió gozar del privilegio de una mujer adulta que se hubiera fijado en él. No era vieja.

—Has soñado —dijo ella.

—Un sueño largo que me ha fatigado.

—Siempre sucede así con los sueños al principio. Nunca olvidaré mi primer sueño. Tú eres Raul. ¿Sabes mi nombre?

—Te recuerdo de los juegos infantiles. Hace mucho tiempo que te convertiste en soñadora. Fedra, ¿verdad?

—Me alegro de que te acuerdes.

Era una sensación extraña verse tratado con tanta camaradería por un adulto. La infancia quedaba ya lejos. Fedra era diferente, de la misma manera que Leesa lo era, aunque no tanto. Simplemente no tenía la fragilidad de los demás, y su cabello castaño tenía cierto brillo.

Se inclinó para coger su vestimenta, pero ella le dijo:

—¿Es que lo has olvidado?

La miró. Ella sostenía la túnica de hombre en una mano y las correas en la otra. Su corazón le dio un vuelco. Pensar que había suspirado tanto tiempo por la túnica de hombre. Y ahora allí la tenía. Se inclinó para cogerla. Pero la mujer le apartó.

—¿Es que no sabes la costumbre, Raul? ¿No te lo dijeron?

Su tono era enojado. Entonces se acordó. La túnica de hombre y las correas debían ser puestas la primera vez por la mujer que compartiría con el hombre el primer baile de parejas, al que él tendría el privilegio de asistir. Estaba confundido.

Ella se echó hacia atrás y su boca hizo un gesto desagradable.

—Tal vez pienses, Raul Kinson, que preferirías a otra. Eso no te será fácil. No gustas. Sólo hemos sido dos las que hemos sentido cierto interés, y la otra cambió de idea antes de la elección.

—Dámelas —le dijo, sintiendo que su cólera iba en aumento también.

Ella retrocedió.

—No está permitido. Es la ley. Si rehúsas, debes ponerte la ropa infantil.

La miró fijamente y pensó en Nara, con el cabello rojizo como las llamas, el cuerpo felino. Comparada con Nara esta mujer era blanca como la harina, delicada. Y vio inesperadamente brillo de lágrimas en sus ojos, lágrimas que eran el fruto de su orgullo herido.

Por esto se puso en pie y se acercó a la pared de la vitrina, permitiendo a la mujer que colocara la túnica sobre su cuerpo, abrochara el cinturón, con las lentas maniobras acostumbradas en tales ocasiones. Ella se arrodilló y pasó una de las correas plateadas alrededor de su tobillo derecho, trenzando los dos cabos de la correa alrededor de la pierna de modo que siguiera la forma de un diamante. La anudó firmemente con el nudo tradicional, justamente bajo la rodilla. Adelantó la pierna izquierda, y ella hizo lo mismo. Seguía todavía arrodillada, mirándole fijamente. Recordando, se inclinó y cogiéndola de las manos la ayudó a ponerse en pie.

Juntos, sin decirse nada más, salieron de la vitrina descendiendo de los pisos superiores al pasillo adecuado. Entraron en la habitación donde los demás esperaban. El individuo gordo que dirigía los juegos de los adultos les miró con alivio. Se acercó al tablero de la música y tocó el disco rojo, empezando la melodía. Las otras parejas dejaron de charlar y se alinearon. Raul se sentía como un chiquillo que ha robado la túnica y las correas de un hombre. Sus manos le temblaban y las rodillas parecían estar a punto de doblársele cuando se puso también en fila, frente a Fedra. Vigilaba a los demás hombres por el rabillo del ojo.

El individuo gordo tocó una nota sostenida mediante el tubo de plata que llevaba alrededor del cuello. Cráneos relucientes brillaban bajo la luz ambarina de las paredes. La danza fría, formal, intrincada, sustituida por la excitación y necesidad, empezó. Raul se sentía como si se moviera en sueños. El mundo que había estado visitando tan rápidamente parecía acoplarse mejor a sus gustos que esta estilizada sustitución. Sentía la diversión que gozaban los demás, sabía que aquéllos veían la torpeza de sus manos y pies, sabía que aquella misma torpeza avergonzaba a Fedra. Aquella danza se efectuaba, lo sabía, porque significaba la continuación del mundo de los Observadores.

Cuando la música iba aumentando lentamente en ritmo, Raul deseó estar oculto en uno de los niveles más altos. Hizo un esfuerzo para mantener la sonrisa a flor de labios como hacían los demás.

Capítulo IV

Bard Lane permanecía de pie al lado de la ventana de su despacho mirando por encima de la placa hacia las nuevas barracas que estaban siendo construidas entre las otras dos viejas.

El general Sachson no había menospreciado la presión. Llegaba de todas partes. Un grupo había publicado una impugnación sobre la teoría del *Beatty*, y sus nuevos servicios habían sido recogidos y simplificados. "Credo", el nuevo micro magazine, hablaba de "billones que eran malgastados en cierto escondrijo de las montañas del norte de Nuevo Méjico para necios experimentos".

Dándose cuenta de la posibilidad de la cancelación del "Proyecto Tempo", las ramas administrativas de Washington, financiadoras del personal y demás, estaban intentando sostener firmes las riendas para conseguir el número de informes necesarios.

Sharan Inly llamó a la puerta y entró en la oficina de Bard. Éste se volvió y le dirigió una apagada sonrisa. Ella llevaba el usual uniforme del personal del proyecto, una especie de mono, con una camisa blanca y con las mangas arrolladas hasta el codo y el cuello abierto.

Ella miró con desagrado el montón de papeles que cubría la mesa.

—Bard, ¿eres un oficinista o un científico?

—Estoy demasiado atareado en lo primero para hacer nada en lo segundo. Estoy empezando a aprender algo acerca del trabajo gubernamental. Ya sabes, yo acostumbraba cuidar personalmente

de cada informe, por lo menos hasta cierto punto. Pero descubrí que antes de que yo pudiera obtener un informe, todo había cambiado. ¿Sabes lo que hago ahora?

—¿Algo eficaz?

—Tenía hechos sellos de goma. Échales un vistazo. ¿Ves este? *RESERVADO PARA ACTUAR - GRUPO COORDINACIÓN*. Y éste. *PARA REVISIÓN E INFORME - COMITÉ ESTADÍSTICA*. Aquí hay uno estupendo. *CLASIFICADOR PROVISIONAL - CONSEJO DE PROGRAMACIÓN*.

—¿Qué diablos es todo esto?

—Oh, es muy sencillo. Por ejemplo, esta petición de informe. ¿Ves?, viene por triplicado. El Comité Industrial de Investigación del Consejo de Proyectos del Grupo de Colocación de Materiales del Consejo de Control de Defensa quiere un informe. Y yo repito un texto: *Se requiere que el doce y vigésimo séptimo de cada mes, a partir del mes siguiente al recibo de este envío, se informe de la utilización proyectada de la lista anexa de metales críticos por un período de tres meses en el futuro, siendo expresada la utilización de cada mes como porcentaje de la utilización total durante el período de seis meses inmediatamente anteriores a cada informe*. Y ahí tienes la lista anexa. Diecisiete párrafos. ¿Has visto a esa muchacha que está en la oficina, ahí afuera, en el ángulo?

—¿La pequeña morenita? Sí, la he visto.

—Bien, le paso este informe. Está sacando cien copias. Es ella mi Grupo de Coordinación, mi Comité de Estadística y mi Consejo de Programación. El decimosegundo y vigésimo séptimo de cada mes se cuidará de enviar una copia del directorio con uno de los sellos estampados en él. Enviará uno a cada uno de los que te he citado antes. Ella, a su criterio, estampará el sello que mejor le parezca.

—¡Oh, Bard, qué solemne tontería que tengas que malgastar tu tiempo de esta manera!

—No tiene importancia. Lo duro es esto, Sharan. No quieren proporcionar más personal. Por lo menos lo están poniendo tan difícil que dudo que nadie quiera venir por acá durante varios meses. Tendremos que arreglarnos como podamos. Están atándome de manos, ya lo ves. Y no puedo defenderme. No hay forma de defenderse. Es como un monstruo enorme con tentáculos de papel carbón, y un escondrijo hecho de segundas hojas.

—¿Por qué, Bard...? ¿Por qué están volviéndose en contra del Proyecto, si hace un tiempo creían en él?

—Tal vez dura demasiado...

—¿No podrías ir a Washington?

—No sirvo para esas cosas. Me violento. Sé lo que debo decir, cómo tratarles, pero no puedo hacerlo.

Se acercó a la ventana, sentándose en uno de los sillones próximos a ella. Arrugó la frente. Bard se le acercó colocándose a su lado y siguiendo con su mirada la dirección de la de ella.

—Bien, Sharan, aunque nunca consigamos hacerlo despegar, no podrán decir que no hayamos construido uno bien grande.

A pesar de la brillante luz solar, la luz que iluminaba la zona del proyecto quedaba difuminada. Cuatro gigantescas torres de acero de medidas irregulares habían sido construidas de forma que formaran un cuadrado irregular. Un cuadrado hecho de una materia y pintado con todo el arte de camuflaje que desde el aire aparecería como cualquiera de las colinas rocosas y de arena propias del lugar.

Algunos laboratorios estaban colocados en el interior de la sólida roca de las colinas circundantes. Todos los edificios del proyecto estaban bajo la protección diseñada de forma que desde el aire aquello pareciera, ni más ni menos, cualquier pueblecito dormido de las montañas de Sangre de Cristo.

Contempló a Sharan por un momento y se resistió al impulso de dejar descansar su mano en el cabello rizado de ella, para sentir bajo sus dedos la delicada configuración de su cabeza.

Bard apretó las manos a su espalda contemplando a través de la ventana donde se hallaba el *Beatty One*, con un diámetro de ciento setenta pies aproximadamente.

—¿Volará? —preguntó Sharan.

—Personalmente te garantizo que conseguiré por lo menos que se eleve unas doce pulgadas del suelo.

—He venido a traerte buenas noticias... y malas.

—¿Las buenas se refieren a Bill Kornal?

—Sí. Después del examen a que ha sido sometido no hemos podido encontrar nada. Bill está tan sano como esa montaña que se levanta ante nuestros ojos.

Bard suspiró.

—Me alegro de oírlo. Mañana por la mañana firmaré el conforme.

—Y las malas noticias se refieren a Tommy, el mayor, el amigo Leeber. Honradamente no puedo hacerlo desaparecer. Ese hombrecillo posee una mente como una bisagra de metal. Perfectamente sencilla. Sólo funciona en una dirección. Lo cual es mejor para el mayor Leeber. Eso es todo lo que él tiene que saber. ¿Qué hay de la lealtad?

—Washington me ha enviado la confirmación esta mañana. Grado A.

—¡Oh, feliz proyecto! Tommy el mayor aguarda fuera, esperando ser acompañado por el jefe a dar una vuelta alrededor de todo esto.

Bard consultó el reloj.

—Tenemos tiempo suficiente, creo. Iré ahora. Te veré a la hora de comer.

El mayor Leeber mostró la misma mirada de satisfacción al ver por primera vez al *Beatty One* que cualquier recién llegado a la base. Dio varios pasos a su alrededor mirándolo, sonriendo con aquella mueca perezosa, y dijo:

—Doc, *todavía* no puedo creerlo.

Bard hizo una seña al operador. Éste hizo descender el ascensor.

—La nariz —dijo Bard.

Se quedó apoyado contra una estaca y vio a Leeber que se colocaba en el centro de la plataforma. Vio que el mayor palidecía después de haber estado un rato contemplando la altura del *Beatty*.

—Vamos —dijo Bard.

Bajaron al piso inferior.

Había repetido las mismas palabras muchas veces.

—Esto será la puerta de entrada para la tripulación. El *Beatty One* está diseñado para llevar una tripulación compuesta por seis personas. Sin pasajeros. Un diez por ciento de toda la longitud está reservado para la vivienda de la tripulación, comida, aparatos de oxígeno y principales tableros de control. Esto es la sala de control. Fíjese en estos sillones. Están especialmente diseñados, montados sobre pedestales y son, en efecto, cilindros hidráulicos para soportar cambios de gravedad considerables, superiores a lo que un hombre carente de protección puede soportar. Son lo mismo que los modelos del ejército A-4, A-5 y A-6.

—¿Cómo lo dirigen? —preguntó Leeber.

—De la misma manera que un A-6. En el centro de la nave hay una rueda volante de veinte toneladas, colocada de forma que puede girar formando un arco de diez grados. En el espacio libre conducirá a la nave hacia cualquier dirección deseada una vez haya soltado la última fase.

Los ojos de Leeber le miraron con dureza.

—De modo que ha conseguido un A-6 de tamaño real, ¿eh?

—No exactamente, mayor. El volumen de la nave es, por supuesto, levantado mediante la misma clase de energía atómica que la empleada en el A-6, con la excepción de que los controles han sido refinados hasta el punto que nosotros no hemos de depender de los combustibles químicos para el impulso inicial. La llamarada posterior será de una materia de corta duración que será

fácilmente absorbida. Luego la nave actúa como un A-6 hasta que sale del sistema. Lo cual quiere decir, bajo la AC, unos ocho días probablemente.

—¿La AC?

—Aceleración constante. Una vez fuera del sistema podemos poner en funcionamiento la energía original del *Beatty One*. En realidad, es un nombre equivocado llamarlo energía. *Beatty* murió hace dos años y yo ayudo a completar sus fórmulas.

Tommy Leeber se apoyó contra el respaldo de uno de los asientos. Su rostro mostraba una expresión amistosa.

—¿Es posible que un zopenco como yo pueda entender todas esas cosas?

—Eso depende de las nociones que usted tenga de física teórica.

—Hice un curso de física.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los distintos sistemas de referencia?

—¿Se refiere usted a que nosotros, sentados aquí en la Tierra, calculamos la velocidad del Sol en nuestra galaxia, pero que si estuviéramos en cualquier otro sitio la velocidad podría ser cualquier otra?

—Más o menos, en rasgos generales. Hace pocos años se hablaba de sistemas de referencia puramente bajo el punto de vista de velocidades relativas. La paradoja, por supuesto, es que no existe nada que permanezca inmóvil en el espacio. Usted está siempre en el punto focal de todas las series de velocidades. Usted puede estar todavía quieto con relación a una estrella y viajando a cincuenta millas por segundo en relación a otro punto equidistante de la primera. No tenemos matemáticas que nos capaciten para encontrar un punto muerto en el espacio. Conocemos la teoría de tanteo, simplemente un promedio de todas las velocidades de todas las estrellas de todas las galaxias, y luego calcule su velocidad de modo que el promedio entero resulte cero. Pero eso le da una

ecuación con varios quintillones desconocidos, debido a los límites de observación. ¿Me sigue?

—Me parece que... sí.

—Ahora preste atención. Beatty tuvo la idea que, puesto que hay sistemas espaciales, hay también sistemas de tiempo. Imaginaba un universo curvado de acuerdo con las formas einstenianas, pero compuesto de distintas velocidades y distintas afinidades temporales con este punto central semimítico de tiempo. Para encontrar el tiempo absoluto, tendría que tomarse el promedio de "velocidad del tiempo" del universo entero. Una vez Beatty hubo formulado su teoría, la aplicó a la paradoja del universo dilatado. En lugar de ser insensata, su teoría consiguió lo que las teorías de la "luz cansada" no habían podido hacer. Su teoría demostró que el universo no era dilatado, que la aparente dilatación era más probablemente el efecto de la interafinidad de la velocidad de la luz y la curvatura variante del tiempo a través del universo observable, particularmente notable en las galaxias más distantes.

—Creo que me caeré en la primera curva, pero continúe —dijo Leeber.

—Sabemos que el límite máximo de velocidad es la velocidad de la luz, o mejor dicho una pulgada por segundo por debajo de la velocidad de la luz. Porque, a la velocidad de la luz, la contracción de Fitzgerald es infinita. Lo que Beatty hizo fue proporcionarnos una forma de traspasar ese límite exterior de velocidad arrojando la nave a otro sistema de tiempo.

—No lo entiendo.

—Ahí tiene la analogía que empleamos para los profanos, mayor. Usted conduce desde El Paso hacia Nueva York. Esto le lleva cuatro días. Usted sale el lunes y espera llegar a Nueva York el jueves por la noche. Sin embargo, usted tiene un pequeño botón en su salpicadero que se titula jueves. Una vez pasados los límites de la ciudad de El Paso, pulsa usted ese botón. Es jueves y precisamente delante está la silueta de Nueva York.

—Compraré una de esas cosas.

—Nuestros botones están clasificados en unidades de cien años, sin embargo. Pero no crea que cien años transcurran en un abrir y cerrar de ojos. Ahí es donde la analogía falla, Una vez pulsado el botón en realidad se llega a Nueva York en el mismo instante de salir de El Paso. Aquí hay otra analogía. Tenemos bandas de tiempo. Está usted conduciendo en el tiempo Central y cruza usted la banda de tiempo correspondiente al tiempo de Rocky Mountain. Ha estado usted conduciendo una hora desde las seis. Súbitamente vuelven a ser las seis. Beatty demostró que el desnivel de tiempo entre los sistemas puede ser encerrado en un brusco cambio de tiempo, aun cuando cruce una banda de tiempo en su coche.

—De acuerdo, Doc. Yo no puedo dar un paso más en esa dirección. ¿Cómo sabe dónde va cuando salta a mañana?

Lane sonrió.

—Esto es lo que ha representado el arduo trabajo de siete meses de tres calculadores integrales de los más complicados del país para descubrirlo. Sus computaciones fueron usadas para la construcción de los tableros.

—¿Los que Kornal destruyó?

—Eso es.

—¿Está seguro de obrar con prudencia permitiéndole que vuelva a su trabajo, Doc?

—¿Está seguro de no salirse de su camino, mayor? Hasta que no sea relevado de mi cargo, mantendré mis decisiones.

—Perdone —dijo el mayor Leeb—, ¿Qué vamos a ver ahora?

—Le sugiero que vayamos a ver el comedor, mayor, a cenar. Por la mañana podremos dar una rápida vuelta por los laboratorios. ¿Está satisfecho de sus habitaciones?

—Estupendas, estupendas. Y la comida es buena. Pero ¿qué hay de diversiones?

—Pasaremos por el club para ir a cenar. Ya se lo indicaré.

Capítulo V

Bard Lane estaba sentado al borde de su cama. Era después de medianoche del mismo día que acompañó al mayor Leeber a dar una vuelta de inspección.

Estaba sentado mientras escalofríos de miedo recorrían su mente, de la misma manera que las gotas de la lluvia se deslizan errantes por los cristales de las ventanas. La noche era fría y el viento que pasaba a través de la cortina tocaba su pecho desnudo, pero ni aun eso evitaba que el sudor le empapara el rostro.

Era como si hubiera vuelto de pronto a su infancia, a las interminables noches de terror. El grito de:

"—¡Mamá, mamá! ¡Hay un hombre sentado en mi cama!

"—Bueno. No es más que un sueño, querido.

"—¡Estaba ahí! ¡Estaba ahí! ¡Yo lo he visto, mamá!

"—¡Sss...! Despertarás a tu padre. Me sentaré a tu lado y te daré la mano hasta que vuelvas a dormirte."

Con voz soñolienta, añadía:

"—Pero *estaba* ahí."

Se estremeció violentamente. Ahora no tenía a nadie a quien llamar. Tenía a alguien a quien llamar, pero ello significaría... la derrota.

Uno puede luchar contra todos los enemigos exteriores del mundo, pero ¿qué puede hacer si el enemigo está en la mente? ¿Qué?

Debía tomar una decisión. La tomó. Se vistió rápidamente, cogió la chaqueta de piel que colgaba de la percha y salió de sus habitaciones en dirección a los compartimientos correspondientes a las mujeres.

Sharan Inly tenía una habitación allí. Se acercó a la muchacha que estaba al cuidado del cuadro de distribución, que estaba leyendo una revista, y que al verle entrar le saludó, sonriéndole:

—Buenas noches, doctor Lane.

—Buenas noches. La doctora Inly, por favor.

Se encerró dentro de la cabina. La voz de Sharan sonaba soñolienta.

—Hola, Bard.

—¿Te he despertado?

—Si tardas diez segundos más, sí lo hubieras hecho. ¿Qué sucede, Bard?

Bard miró a través de la puerta de la cabina. La muchacha había vuelto a su revista.

—Sharan, ¿serías tan amable de vestirme y bajar? Debo hablar contigo.

—Pareces... trastornado, Bard. Estaré contigo dentro de cinco minutos.

Bajó antes de lo prometido. Se sintió agradecido por su rapidez. Salió a su lado, sin hacer preguntas, dejándole escoger lugar y momento preferido. La condujo hasta el porche del club, donde las sillas habían sido colocadas ya encima de las mesas. Cogió dos y las puso en el suelo. En las colinas se oyó aullar un perro. En las barracas alguien reía a mandíbula batiente.

—Quiero hacerte una consulta como psiquiatra, Sharan.

—Muy bien. ¿Por quien estás preocupado?

—Por mí.

—Eso parece... absurdo. Sigue.

Habló con voz lisa, carente de inflexiones.

—Esta noche he cenado con el mayor Leeber. Regresé a mi oficina a terminar algunas cosas que tenía pendientes. Tardé un poco más de lo que había supuesto. Cuando terminé, me sentía fatigado. Apagué la luz y me quedé sentado allí en la oscuridad durante unos momentos, esperando reunir la energía suficiente para levantarme y regresar a mi habitación. Di la vuelta a mi sillón y miré por la ventana. A través de la cortina se filtraba la luz de la Luna, lo cual me permitió ver la forma del *Beatty One*.

"De pronto, y sin previo aviso, sentí como un... ligero golpe en mi mente. Sólo puedo describírtelo así. Un ligero codazo, y luego una presión suave pero persistente. Traté de resistir, pero aquella fuerza iba aumentando. Había en ella una confianza, en cierto modo... horrible. Una presión totalmente extraña, Sharan. Una presión tranquila. ¿Te has desmayado alguna vez?

—Sí.

—¿Recuerdas la forma en que tratas de luchar contra las sombras que te rodean, y que sólo parecen hacerse más fuertes? Fue como eso. Yo estaba sentado absolutamente quieto, y aunque estaba luchando contra aquello, una parte de mi mente intentaba encontrar la razón por la que lo hacía. Tensión, agotamiento, exceso de trabajo, temor al fracaso. Empleé todos los medios que se me ocurrieron, traté de no pensar en nada más que mirar la cortina. Clavé mis dedos en los brazos del sillón y traté de fijar mi atención en el dolor. La cosa que había en mi mente aumentaba inexorablemente la presión y yo tuve la sensación de que aquello estaba encajándose dentro de mi propia mente, moviéndose para entrar, para encontrar la forma más fácil de entrar. Perdí la habilidad de controlar mi propio cuerpo. Ya no podía seguir apretando con todas mis fuerzas, con las manos, los brazos del sillón. No puedo describirte lo espantoso que fue aquello. Yo he sentido siempre... un completo control de mí mismo, Sharan. Tal vez haya sido demasiado confiado. Es posible que incluso haya sido despectivo frente a las aberraciones de los demás.

"Mis ojos seguían todavía fijos en la cortina. Con la cabeza ligeramente levantada, sin desearlo, me encontré mirando hacia donde estaba el *Beatty One*, tratando de ver todo su contorno. En mi mente, pude sentir con gran fuerza, que veía la nave por vez primera. Pude sentir la reacción de *la cosa* que había entrado en mi mente. *La cosa* estaba perpleja, aterrada, asombrada. Sharan, en el estado en que yo me hallaba en aquellos momentos, hubiera podido sentirme obligado a hacer... cualquier cosa. Destruir la nave, matarme... Mi voluntad y mis deseos no hubieran tomado parte alguna en la acción que yo hubiera podido realizar.

Ella le acarició el brazo, mientras decía suavemente:

—Tranquilízate.

Se dio cuenta de que su voz había ido aumentando de tono a medida que hablaba.

Respiró profundamente.

—Dime, ¿hay algo parecido a una pesadilla estando despierto?

—Hay quimeras, fantasías de la mente.

—Me sentí... poseído. La cosa que había en mi mente parecía querer decirme que no era mi enemigo, que no deseaba hacerme daño alguno. Cuando la presión alcanzó el punto más fuerte, la luz de la Luna se desvaneció. Me encontré mirando en la oscuridad, y sentí que todos mis pensamientos y recuerdos eran... cogidos, palpados, apartados.

"Y ahora, Sharan, es donde llega la parte más espantosa de esa especie de pesadilla. *La cosa* presionó sus propias ideas en mi mente. Era como si sustituyera mis ideas y pensamientos por los suyos. Yo observaba un largo y ancho corredor. Los suelos y paredes estaban tenuemente iluminados. La gente tenía un aspecto prácticamente carente de sexo, débiles, neutros, personas blancoazuladas, pero humanas. Era bien claro que eran hijos de padres muy semejantes. Andaban con una forma fatigada sin prisas, con una especie de semihipnótica dedicación, como si cada movimiento fuera una porción de costumbre, nada más que un

hábito. Y de pronto me encontré mirando a través de una enorme ventana, una ventana situada a una gran altura sobre el nivel de la planta baja. Seis objetos en forma de cigarro de punta afilada que sólo podían ser naves espaciales, se alzaban hacia el cielo, y un enorme Sol rojo, mortecino, llenaba una buena cuarta parte del cielo. Me di cuenta de que estaba contemplando un mundo agonizante, un mundo viejo, y la gente que había en él. Tuve la impresión de tristeza, de una remota y débil melancolía. Luego la presión desapareció tan bruscamente que hasta me asombró. Mi propia voluntad, que parecía haber quedado relegada a un rincón de mi propia mente, recuperaba súbitamente su posición normal y yo volvía a ser de nuevo yo mismo. Traté de no darle importancia. Regresé a mis habitaciones y me desnudé, como si pudiera irme a la cama sin pensar más en ello. Pero he tenido que venir y hablarte a ti de lo ocurrido.

Esperó. Sharan se había puesto de pie y andaba por el porche, con las manos hundidas en los bolsillos, dándole la espalda.

—Bard —dijo—, hemos hablado acerca del factor X en las enfermedades mentales. En psiquiatría es un fenómeno recurrente. Una mente, temporalmente desenfocada, empleará como material para quimeras algo que haya sucedido en el pasado inmediato. Nuestros sueños cuando dormimos, ya lo sabes, están casi siempre basados en algo que se relaciona con el período previo de cuando estamos despiertos. Recientemente hablábamos de estar poseídos por los espíritus. Es una frase insensata. Bill nos contó los síntomas. Lo más natural es que tú hayas empleado esos síntomas haciéndolos tuyos. Pero, claro, los has llevado más allá, debido a tu medio ambiente y a tu ambición. Has tenido que mezclar a los espíritus con representantes de alguna superraza extrasolar, porque tú eres demasiado práctico para estar satisfecho con una ilusión de los espíritus. Bard, todo eso es debido al temor de que puedan detener la marcha del proyecto, al temor de las amenazas que el general Sachson te hizo.

Se volvió y le miró a la cara, con las manos hundidas todavía en los bolsillos.

—Bard, regresa a la cama. Pasemos por mi apartamento y te daré una pastilla rosa.

—No me he explicado bien, ¿verdad?

—Creo haberte comprendido.

—Doctora Inly, mañana me someteré a los tests de rigor. Si algo no está conforme, firmaré inmediatamente mi dimisión.

—No seas niño, Bard. ¿Quién si no tú puede llevar sobre sus espaldas el "Proyecto Tempo"? ¿Quién si no tú puede conseguir la lealtad que has conseguido de los quinientos empleados que trabajan aquí, en este escondrijo, en algo que sólo unos cincuenta de nosotros puede comprender?

—Suponte —dijo él duramente— que la próxima vez que sufra una de esas aberraciones me vuelvo tan destructivo como Kornal...

Ella se le acercó lentamente, llevando su silla junto a la de él, se sentó y cogió su mano entre las suyas.

—No lo harás, Bard.

—Creo que forma parte de tu trabajo devolver la confianza, ¿verdad?

—Y deshacerme de aquellas que presentan indicios de inestabilidad mental. No lo olvides. Parte de mi trabajo es vigilarte. He estado vigilándote. Tengo un archivo completo sobre ti, Bard. Por un momento obsérvate objetivamente. Treinta y cuatro años. Educado por un tío. Escuela pública. A los doce años ya tienes ideas propias para resolver los problemas de geometría. Eres escéptico con respecto a las soluciones euclidianas. Ganas una beca en Ciencias gracias a la originalidad de un experimento que hiciste en el laboratorio de física de la escuela superior. Trabajas por el dinero que necesitas. Obtienes cierta reputación al ayudar en el diseño de la primera aplicación práctica de la energía atómica en el uso industrial. Servicio gubernamental. Años de agotador trabajo en

los A-4, A-5 y A-6. ¿Sabes ahora el porqué de ese pequeño... lapsus, en tu oficina?

—¿Qué quieres decir?

—No tienes habilidad para relajarte. No has tenido nunca tiempo para dedicarlo a una chica, para perder un fin de semana. Nunca te has quedado dormido apoyado contra el tronco de un árbol. Cuando lees para distraerte, lees libros científicos y obras de texto. Tu idea de una velada feliz es cubrir quince páginas de papel blanco con pequeñas letras griegas, o algo por el estilo.

—¿Qué es lo que prescribe el doctor? —preguntó suavemente.

Apartó su mano y se recostó contra el respaldo de la silla. La Luna iluminaba ligeramente las mejillas de la mujer, dejando sus ojos ocultos en la sombra.

Tras un largo silencio, ella contestó:

—El doctor prescribirá al doctor, Bard. Regresaré a tus habitaciones contigo..., si... si tú me quieres allí...

Sintió que los latidos de su corazón aceleraban la marcha. Dejó transcurrir unos segundos. Al final dijo:

—Creo que lo mejor es que seamos honrados con nosotros mismos, Sharan. Será lo mejor. Tú has puesto las cosas en un punto muy delicado. Conozco tu lealtad personal hacia mí, y hacia el proyecto. Sé de tu intensa capacidad de lealtad. Ahora respóndeme honradamente a esto, querida. Si yo no hubiera venido a contarte este problema..., ¿habrías hecho esa clase de oferta?

—No —susurró ella.

—¿Y si yo te lo hubiera pedido, de acuerdo con la forma que hoy en día parece ser normal?

—No lo sé. Probablemente no, Bard. Lo siento.

—Entonces dejemos este asunto, sin hacernos daño alguno. Me tomaré una píldora rosa y mañana por la mañana vendré a verte para los tests.

—Y cuando haya terminado con los tests, Bard, te enviaré a las colinas con un rifle que pediré prestado a un buen amigo mío. Vas a

pasar todo el día cazando zorros y pensando en cualquier otra cosa que no sea ese condenado proyecto. Es una orden.

—Sí, *señor* —dijo él, saludando militarmente.

—Por favor, Bard. Debes comprender que todo eso no es más que fatiga, lo cual te ha hecho sentir los síntomas que Kornal nos describió. Una debilidad nacida de la tensión y de la fatiga. Es auto hipnosis, pura y llanamente. Puede sucederle a cualquiera de nosotros.

—Fuera lo que fuera, Sharan, no me gustó. Vamos. Te acompañaré.

Anduvieron lentamente. No había necesidad de hablar entre ellos. Ella le había tranquilizado hasta cierto punto. Una vez estuvo en la cama, esperando que la píldora hiciera su efecto, se preguntó por qué no habría aceptado de buena gana el sacrificio que ella había estado dispuesta a hacer en pro de la buena marcha del proyecto, aun a costa de su propia integridad. Pensó en el aspecto de ella bajo la luz de la Luna; en sus senos jóvenes y erguidos, que se adivinaban bajo el tejido de la chaqueta que llevaba. Sonrió amargamente ante sus escrúpulos, ante su aversión en aceptar tal regalo. Los dos se habían dado cuenta que ellos eran casi adecuados el uno para el otro, aunque no del todo. Y "no del todo" no era suficiente para ninguno de los dos.

Capítulo VI

Raul Kinson se dio cuenta de que ocho años habían dado la razón a Fedra. Uno no se olvida jamás de los primeros sueños, aquellos tres primeros sueños, uno para cada mundo señalado en el dial de la cabecera de la vitrina de los sueños.

Fedra había tenido su hijo durante el primer año de los sueños. A veces él miraba a los chiquillos mientras jugaban, tratando de adivinar cuál era el suyo. Miraba en vano tratando de descubrir algún signo de parecido. Se extrañaba de aquella curiosidad suya, que los demás no parecían compartir.

Sí, los primeros sueños no se olvidaban jamás. Aun después de transcurridos ocho años seguía recordando el segundo sueño.

En el segundo sueño había tenido una nueva seguridad de contacto, una nueva seguridad nacida de la práctica del primer sueño. Estaba ansioso por ver el segundo mundo. En su ansiedad inicial habíase aferrado a la primera mente que le había salido al paso, lanzándose con toda la fuerza de la suya.

Y se había encontrado en un cuerpo extraño que se retorció bajo una luz caliente y brillante, los músculos y los sentidos del cuerpo cautivo sobre una superficie dura. No podía controlar los músculos ni los sentidos del cuerpo cautivo. La visión estaba fragmentada. Los espasmos musculares no podían ser controlados. Trató de retirar la presión. El cerebro que había tocado estaba hecho pedazos, era irracional, mandando mensajes espasmódicos a los músculos incontrolados. Al principio creyó haberse metido en una

mente ya estropeada, y luego empezó a suponer que tal vez su acometida había sido la causa de la avería de aquella mente. Hizo todos los esfuerzos posibles para salir de ella, impulsándose hacia la mente más próxima.

Se deslizó con cierto resquemor en una nueva mente, esperando, observando y escuchando el lenguaje que llegaba hasta él con suficiente claridad, sin tomar un control absoluto de aquella mente hasta estar seguro de su equilibrio. Ésta pertenecía a un hombre que iba uniformado de azul. Estaba diciendo:

—¡Retrocedan! Despídele. Dale una oportunidad...

Un segundo hombre también uniformado se acercó:

—¿Qué ha pasado, Al?

—Un individuo cayó en un ataque o algo por el estilo. He mandado por una ambulancia. Oye, tengo entendido que tú eres doctor. Échale un vistazo, ¿quieres?

Un hombre vestido de gris se inclinó colocando un lápiz entre los dientes del hombre que se retorció en el suelo. Miró a los policías.

—Epiléptico, creo. Será mejor que se lo lleven en una ambulancia.

—Gracias, Doc. Ya avisé.

Raul miró curiosamente a través de los ojos del hombre que parecía llamarse Al, que debía ser un policía, cuando por la calle llegó una máquina metálica con cuatro ruedas produciendo un ruido agudo. De ella salió un hombre vestido de blanco que se arrodilló al lado del hombre que estaba retorciéndose en el suelo.

Tan pronto se hubieron llevado al hombre, Al se llevó la muñeca a la boca. Habló a través de una pequeña pieza negra, pidiendo unos números, y luego añadió:

—No me siento bien. Una especie de dolor de cabeza. De acuerdo, si aumenta, volveré a llamarte. Sí.

Raul Kinson, mirando a través de los ojos del hombre, comprendió que aquello era una ciudad con mucha gente. Eran gente similar en forma y colorido a los que había visto en el primer

mundo. Buscó en la mente de Al para saber las palabras y descubrió que aquello era la ciudad de Syracuse en un lugar llamado Nueva York. La calle se llamaba South Salina. Entre otras cosas supo que Al se sentía herido, que estaba sediento, que su esposa estaba de visita en algún otro lugar. Tuvo cierta dificultad en descifrar el significado de la palabra "esposa". Los pensamientos de Al eran elusivos. Al final Raul recibió la impresión de que se trataba de dos vidas compartidas, hombre y mujer, en una estructura específica de pequeño tamaño, llamada "hogar". Otra vez tuvo noción del dinero. La idea del dinero le había asombrado completamente cuando, en la ciudadela de Arrud, había visto colocar piezas de metal en la mano del vendedor de agua, habiendo sentido la satisfacción de aquél por la posesión de aquellos trozos de metal que a él le parecían totalmente carentes de valor.

Las ventanas de las tiendas estaban llenas de extraños artículos cuya utilidad, a pesar de los muchos años que había estado aprendiendo cosas en las distintas habitaciones de los diferentes niveles, Raul no podía adivinar. Al, ejercitando su propia voluntad, se detuvo frente a una de las ventanas. Había largas barras delgadas de madera, con unos carretes brillantes fijos a aquéllas. En la mente de Al, Raul descubrió una imagen retinaria de un bote, una extensión de agua, un ser que se agitaba al extremo de un largo cordel atado a la delgada barra de madera. La palabra adecuada para designar a aquel ser era "lubina".

Este mundo, pues, era una sociedad considerablemente más mecanizada que la del primer mundo. Era, posiblemente, menos brutal, pero de mayor tensión nerviosa. Los hombres parecían devorados por máquinas en lugar de leones. La tiranía del "dinero" parecía tan cruel como la opresión de un hombre llamado Arrud, aunque más insustancial.

En su propio mundo los servicios esenciales eran todos realizados, o casi todos, con silenciosa devoción, automática, con la inmutable eficiencia que hacía creer a los Observadores que las

cosas habían sido siempre de aquella manera, que no había arquitectos detrás de todo aquello.

Pasó diez horas en la ciudad. Fue en máquinas. Una vez, cuidando de dejar a la mente ocupada casi todo el control, condujo una en medio del abrumador tráfico. Ocupando otra mente entró en un pequeño lugar llamado "cine". Raul contempló la pantalla, siguiendo la historia infantil a través de la mente de su ocupado. Pensó que aquélla era una pobre manera de malgastar el tiempo, válida sólo porque le proporcionaba una mayor perspectiva de las motivaciones de aquella gente del segundo mundo, motivaciones nacidas del anhelo, del temor y de la inseguridad. Vio que aquéllos, en cierto modo, soñaban, y en los largos y dulces sueños el mundo era de la forma que ellos habrían deseado que fuera.

Durante aquellas diez horas perfeccionó, aún más, su capacidad para deslizarse en la mente de uno y extender cautos zarcillos de percepción en los centros sensoriales del cerebro.

Una vez se deslizó delicadamente en la mente de un chiquillo, moviéndose lentamente como si estuviera en una pequeña habitación llena de cosas frágiles. Allí encontró el mundo que los adultos perseguían. Un mundo imaginario, donde nada preocupaba ni nada asustaba. Un mundo de grandes batallas realizadas en un abrir y cerrar de ojos, con el valiente héroe vencedor, la doncella otorgándole el premio a su valor. Un mundo donde lo justo y lo honrado triunfaba, donde todos los crímenes eran castigados, donde el hogar era sagrado y el amor perduraba tanto como la propia vida. Las lágrimas eran todas de felicidad, y los días largos y brillantes.

El tiempo de soñar acabó y se encontró de nuevo en el mundo de las cosas conocidas. Al bajar del vigésimo piso vio a Leesa y comprendió que ella se dirigía hacia las habitaciones superiores para aprender. No podía hablarle donde alguien pudiera oírlos. Ella seguía siendo más alta que las demás, y continuaba madurando más rápidamente que las demás, a pesar de seguir yendo vestida,

debido a sus catorce años, con las prendas metálicas propias de una chiquilla.

Comió con el feroz apetito que producían los sueños. Trató de hallar en su recuerdo huellas de las palabras que había aprendido, de las palabras que él mismo había pronunciado, pero no las recordaba.

Dejó la bandeja con los utensilios de su comida en la ranura correspondiente, para que fueran lavados para ser utilizados por otro que viniera después. Se le acercaron dos mujeres y un hombre, y éste le dijo:

—Ven y cuéntanos tu sueño, Raul.

Se sentó con ellos y se mostró algo tímido de sus nuevos conocimientos. Una de las mujeres lo comprendió así y explicó su sueño.

—Esta vez —dijo— deseaba belleza y deseaba dolor. Lo encontré en el primer mundo y estuve buscando la mitad del tiempo del sueño hasta que encontré lo que quería. Era una muchacha que estaba en una prisión de piedra y estaba delgada, aunque era muy hermosa. Pero en su mente había orgullo y pasión. No pude comprender exactamente lo que ella creía tan ciegamente. Los carceleros sabían que no le quedaban muchas horas y uno vigilaba mientras los demás abusaban de ella. Nada de lo que se le hiciera podía abatir su orgullo. Entonces, cuando temía que el sueño terminara, fue conducida a través de estrechos lugares de la ciudad y fue atada a un poste. Durante el sueño sabía las palabras, pero ahora no puedo acordarme de ellas. Una sustancia que estaba amontonada a su alrededor empezó a producir una rojez que llegaba hasta ella. Seguí con ella el tormento hasta que murió. Fue un dolor completo y delicioso. Pasé a la mente de uno de los vigilantes y observé aquella cosa negruzca que había sido belleza. El sueño terminó.

Raul miró a la mujer, miró la afilada punta rosada de su lengua cuando se humedecía los labios, miró sus brillantes ojos, y su

reluciente cuero cabelludo.

Uno de los hombres se echó a reír.

—¿Qué estáis diciendo? El segundo mundo es el mejor lugar para mí. Sueño en este mundo y no me importa sentir las cosas de la forma que las criaturas de aquél lo hacen. Me apodero de sus mentes arrinconándolas a un lado. No quiero hablar con sus lenguas. En mi último sueño encontré el cuerpo de un joven fuerte. Estaba oscuro, con pequeñas lucecitas brillando arriba. Había gente. Yo estaba agazapado entre unos matorrales y cuando se acercaron dos muchachas maté con mis manos, rápidamente, a una de ellas y huí corriendo con la otra. Gritaba. Me gusta oírlas gritar. Las máquinas son inteligentes. Los gritos siempre me parecen reales. Corrían persiguiéndome y yo arrojé la muchacha a un lado y me escondí. Cuando, al fin, un hombre me encontró, le maté también. Entonces llegaron más y me ataron. Les hablé en nuestro lenguaje y me reí de ellos. Me pusieron en una especie de vestimenta blanca. Un hombre se acercó y me dio un puñetazo en la cara. Los otros le apartaron. Ah, fue un sueño bueno y excitante.

Todos miraban a Raul. Una mujer dijo:

—Los primeros sueños son a veces los mejores. ¿Qué soñaste tú?

Raul se puso de pie. Dijo:

—Soñé en el segundo mundo. Encontré gente que era buena. Quería ayudarle y no sabía cómo. En este momento, recordándoles, me parecen más admirables que... algunos de nosotros.

Las mujeres estallaron en una risa estridente:

—¡Oh, oh, oh! —exclamaron débilmente.

El hombre se había puesto de pie colocando su fría mano sobre los hombros desnudos de Raul. Le miraba con una sonrisa condescendiente.

—Olvidas que acabas de dejar de ser niño, Raul. Mientras sueñas los personajes parecen reales. Cuando despiertas sabes que sólo existen en tu mente soñadora. Cuando despiertas dejan de

existir... así... —chasqueó los dedos—. Las máquinas los crean y, cuando te despiertas... ya no están...

Raul arrugó la frente.

—Pero ¿no puedes volver a soñar con el mismo lugar y con los mismos individuos otra vez?

—Naturalmente.

—Y cuando los encuentras, ¿no han vivido durante el tiempo que tú no has soñado con ellos?

—Ésta es la magia de las máquinas. Toman nuestros desordenados sueños y los clarifican en mundos fantásticos donde parecen ser una cadena de extraña lógica. Pero los fantásticos contornos de los sueños son una prueba suficiente para cualquier hombre inteligente que sabe se trata solamente de sueños.

—Raul —dijo una de las mujeres poniéndose en pie—, éste es el único mundo. Éste es el lugar donde todas las cosas están concebidas para nosotros. No permitas que las máquinas te engañen. Su magia es inteligente. Algunos de nosotros se han vuelto locos por creer que los sueños eran reales. Al final, cuando empiezan a creer que esto, el verdadero mundo, es un sueño, tienen que ser arrojados de él. Tengo muchas razones por las cuales no deseo que te suceda nada parecido. —Le tocó el brazo—. Ven conmigo a una de las pequeñas habitaciones y solos te enseñaré algunas cosas que aprendí en los sueños. Ven. Lo encontrarás interesante.

Se apartó bruscamente de ella. Tropezó con uno de los hombres y se alejó. Anduvo lentamente por el piso vigésimo entre las distintas hileras de vitrinas. Muchas de ellas estaban vacías. En algunas había soñadores. Vio a Jord Orland, con las manos cruzadas sobre el pecho. Algunos estaban boca abajo. Otros acurrucados. Una mujer soñaba con las rodillas dobladas hasta tocarle el pecho, rodeándolas con los brazos. Siguió andando hasta no ver más que vitrinas vacías, a cada lado del pasillo, placas de la boca que no eran usadas, cables enrollados esperando. El pasillo

torcía agudamente y pudo observar otra perspectiva de las máquinas soñadoras. Siguió andando lentamente.

Una vitrina habitada le llamó poderosamente la atención. Y entonces comprendió que su ocupante hacía mucho tiempo que había muerto. Los labios seguían aprisionando en la boca la placa de metal. Uno que había muerto mientras soñaba, quedando olvidado entre las máquinas demasiado lejos de las que eran más visitadas para ser encontrado. Cuando al final alguien se diera cuenta de que aquella persona no estaba entre los demás, creería que habría sido arrojada por el tubo oval, de cabeza, hacia la oscuridad.

Raul permaneció un largo rato contemplándolo. Pensó en decírselo a Orlan, pero esto exigiría dar demasiadas explicaciones por sus paseos por aquellos lugares poco frecuentados. Posiblemente nunca le descubrirían. Nunca sería arrojado, de cabeza, por el tubo oval. Las mujeres eran arrojadas de pie. Era la ley.

Dio la vuelta y deshizo el camino subiendo en busca de Leesa.

La encontró en el piso superior observando la pantalla donde se desarrollaba una batalla. Los ruidos propios de la lucha resonaban a través de los altavoces. La llamó y ella cerró la máquina, corriendo rápidamente hacia él, con los ojos brillantes.

Se colgó de su brazo.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame algo de los sueños!

Raul se sentó frente a ella.

—En cierto modo, sé que todos están equivocados. Un día tú lo comprenderás también. Los sueños tienen más significado de lo que... ellos dicen.

—Eres absurdo, Raul. Son sólo sueños. Y nuestro *derecho* es soñar.

—Una chiquilla no debe hablar de esa manera a un mayor. Te digo que los sueños son realidad. Son tan reales como este suelo —dijo pisando con el pie desnudo el suelo.

Ella retrocedió un poco.

—No... no digas eso, Raul. No lo digas, ¡ni a mí siquiera! Podrían arrojarte de este mundo. A través de la puerta de la que me hablaste. Y esto significaría tener que quedarme sola aquí. No habría nadie tan fea como yo, con este cabello odioso y estos horribles brazos y piernas...

Le sonrió.

—No se lo diré a nadie más. Y tú gozarás de los sueños, Leesa. Las mujeres que tienen un aspecto como tú tendrás cuando seas mayor, están consideradas como hermosas.

Ella le miró fijamente.

—¿Hermosas? ¿Yo? Raul, yo soy tan horrible como las mujeres que he visto en todas esas imágenes.

—Ya lo verás. Te lo prometo.

Se sentó en cuclillas, a su lado. Le sonrió.

—Vamos, cuéntame. Prometiste hacerlo. Cuéntame los sueños.

—Con una condición.

—Siempre me pones condiciones —le dijo, haciendo pucheros.

—Debes prometerme que me ayudarás a investigar por todas las habitaciones de aquí arriba, entre todos esos miles y miles de bobinas. Esto nos llevará años, tal vez. No lo sé, pero en alguna parte, Leesa, encontraremos la respuesta a todo esto. Este lugar no creció. Fue construido. ¿Qué son los sueños? ¿Por qué nos llamamos a nosotros mismos Observadores? Tiene que haber un comienzo. Y en alguna parte, aquí, encontraremos la historia de la creación. ¿Quién hizo este mundo?

—Ha estado siempre aquí.

—¿Me ayudarás a buscar?

Ella afirmó con la cabeza.

Mientras ella le miraba fijamente, con los labios ligeramente entreabiertos, él fue relatándole sus sueños, correspondientes a los dos primeros mundos.

Al día siguiente le contó lo del tercer mundo, tan pronto como hubo acabado de soñarlo. La vio inmediatamente después de haber ido a informar a Jord Orlan, tal como estaba ordenado por la ley.

Ella se sentó frente a él, mirándole con atención.

—Este tercer mundo —dijo— es completamente diferente. El primero es todo sangre y crueldad. El segundo es un lugar de nervioso temor, mecanismos e intrincados modelos sociales basados en un extraño tipo de miedo. Este tercer mundo... voy a volver a él, muchas veces. Sus mentes están llenas de poder y astucia. Y sé que conocen nuestra existencia.

—Pero eso parece una insensatez, Raul. Es sólo un sueño. ¿Cómo es posible que las criaturas de un sueño sepan de sus soñadores? Los otros no lo saben.

—Con la primera mente que invadí fui demasiado cauto. Hubo un momento de resistencia, y luego nada. Entré confiadamente. Mientras estaba moviéndome todavía sutilmente, la mente me arrojó con tal fuerza que me vi obligado a abandonarla. Tardé un buen rato antes de encontrarla otra vez. Esta vez entré con más firmeza. La presión era enorme. Al fin, cuando tomé el control sensorial, vi que estaba sentado frente a una pequeña construcción. El panorama era agradable. Árboles, bosques, campos y flores. No había aridez en la construcción. Las paredes interiores, que pude ver, brillaban de la misma manera que brillan las paredes de estos pasillos. Las instalaciones de la casa parecían ser automáticas, como las de los pisos inferiores de aquí. Cuando traté de escudriñar en la mente cautiva, para averiguar qué clase de mundo debía ser, no hallé nada. Al principio pensé que la cosa podía carecer de cerebro, pero entonces recordé el asombroso poder de la mente. Yo tenía control completo sobre el cuerpo, pero la mente parecía ser *capaz* de alzar una barrera que protegía sus pensamientos. Miré en todas direcciones y vi hombres y mujeres, vestidos simplemente, permaneciendo de pie a una prudente distancia mirando hacia mí. Yo me puse en pie.

"Mi huésped dejó que uno de sus pensamientos se deslizara en mi mente. Me dijo que no intentara ninguna violencia o aquellos que estaban vigilándome me matarían inmediatamente. Los pensamientos que transmitía llegaban a mí lenta y claramente, y tuve la impresión de que aquel ser estaba hablando a otro ser inferior, simplificando sus pensamientos para que estuvieran al alcance de una mente menos aguda. Me dijo que lo mejor sería regresar al lugar de donde venía. Si yo intentaba pasar a otra mente, me hallaría inmediatamente en la misma posición que en aquellos instantes. Sin apenas darme cuenta, con los labios formulé la pregunta "¿por qué?". Me explicó que ellos tenían la facultad de leer los pensamientos entre ellos, por lo que les era extraordinariamente fácil detectar la presencia de un extraño. Los otros seguían vigilando y yo empecé a tener la impresión de que, de alguna extraña manera, él seguía estando en comunicación con todos a través de algún canal que yo no podía interceptar. Supe también que todos ellos sabían de los sueños y de los soñadores. Traté de poner bien en claro que yo sólo sentía una profunda curiosidad por su mundo, que no pretendía emplear violencia de ninguna clase. Me senté de nuevo y pregunté, otra vez, todo lo que deseaba saber.

—¡Parece imposible! —dijo Leesa.

—No lo creas. Pasamos por lo menos diez horas discutiendo. Ellos llaman al tercer mundo Ormazd. Por lo visto es llamado así por cierto principio de divinidad. Todos viven sencillamente, y a unas distancias considerables unos de otros. Toman gran cuidado en la enseñanza de los jóvenes. Todo el tiempo me dieron la impresión de que estuvieran hablando con un chiquillo. Viven en pleno desarrollo del pensamiento. Hace miles de años su sociedad empezó a desarrollarse en las bases para reforzar la inteligencia humana y la fuerza de la independencia del pensamiento, por complicadas secreciones de las glándulas. Ahora todos ellos están inmunizados contra el odio, la furia y el miedo. Me era difícil seguirle. La

comunicación telepática se había puesto a la orden del día, con intenso desarrollo. Y con la comunicación telepática, dijo que habían eliminado la última parte de la enseñanza, los distintos y complicados significados de las palabras. Comunicarse por pensamiento es siempre un medio seguro, dijo. Su mundo no tiene crímenes, ni violencia, ni guerras.

—Sigue pareciendo imposible —dijo Leesa, desafiante.

—Ahora viene la parte que más me confundió. Saben de nosotros. Sé que es así. Traté de preguntárselo y no obtuve más que una muda carcajada. Me dijo que soñara en otros mundos. Aunque no fue precisamente la palabra soñar la que empleó. Más bien, examinar, vigilar u observar. Me hizo saber que habíamos interferido mucho en el pasado y que habíamos obstruido mucho el progreso hasta que al final habían podido establecer las normas para competir con nosotros. Me dijo que ahora no tenemos poder para estorbar en su mundo. Le dije que sólo quería saber. Me contestó que era demasiado tarde para nosotros, y que permaneciera apartado de su mundo... que, dentro de mil años, ya no habría necesidad de tener que avisarnos, ya que por aquel entonces nosotros no podríamos ya introducirnos en sus mentes. Hubo un momento de melancolía cuando pareció estar pensando que el Plan había fallado. Sentí su piedad. Me alegré de despertar.

—Prefiero los otros dos sueños —dijo Leesa—. El primero es mejor, creo.

—Ahora soy libre de soñar en el mundo que desee —dijo—. He ido a ver a Jord Orlan. Me ha explicado la Ley.

—¿Qué es eso?

—Las criaturas de los mundos de los sueños deben ser siempre advertidas de construir cualquier clase de invento que pueda capacitarles para dejar sus mundos, para surcar los cielos alejándose de sus mundos. Si esto sucediera, ya no habría más sueños. Cada soñador, cada vez que encuentre una criatura que estaba haciendo una cosas de ésas, debe destruir el trabajo del

progreso. Le pregunté por qué. Dijo que era la Ley, y que la Ley era tan vieja como nuestro propio mundo. La Ley ha existido siempre. Dijo que en el primer mundo no había peligro en realidad de que construyeran un invento de esa clase. Y pareció lamentar no poder hacerlo comprender así a todos los soñadores. Demasiados rehusaban soñar sólo en el primer mundo. Y aquellos que prefieren el segundo, dice Orlan que sólo buscan diversión más que obediencia de la Ley. Teme que ese segundo mundo triunfe, lo cual significaría el fin de los sueños. En cada sueño del segundo mundo se va en busca de un invento que destruir. Dice que ha destruido tres naves poderosas en su vida.

—Si eso es la Ley, debe ser cumplida —dijo Leesa.

Raul apretó las manos.

—Los Observadores no pueden leer ni escribir. Sólo tú y yo, entre todos ellos, podemos leer esos viejos informes, Leesa. Jord Orlan es firme y amable, pero es también ciego. Cuando era joven, también preguntaba como yo. Pero ahora ha dejado de hacer preguntas. Yo nunca dejaré de preguntar. Debo saber *por qué*.

Aquellos primeros sueños no se olvidarían, ni siquiera después de haber transcurrido ocho años de sueños sobrepuestos a aquellos tres primeros, antes de que conociera la Ley.

Ocho meses de apoderarse de mentes de los que se sentaban en las bibliotecas del segundo mundo y de leer, a través de sus mentes, los textos de astronomía, de física. Ocho años de investigación entre las olvidadas bobinas y discos de los Observadores.

Y al final la respuesta, cegadora como un destello de luz. Sencilla como una ecuación. Indiscutible como la muerte misma.

Capítulo VII

Raul Kinson sabía que tenía que compartir su conocimiento con Leesa. Habían crecido algo apartados desde que ella había llegado a la edad de soñar.

La encontró en un grupo de jóvenes adultos y la observó desde la puerta. Ella gozaba de toda la popularidad y camaradería que le habían denegado a él. A pesar de su fealdad, ella tenía una fuente inagotable de ideas divertidas para todos.

Nadie podía comparársele en la diabólica inteligencia e inventiva de su mente.

—Mi último sueño —la oyó explicar— fue poco importante, pero me divertí muchísimo.

—Cuéntanos, Leesa, cuéntanos.

—Me deslicé muy suavemente en la mente de un hombre mayor del segundo mundo. Un hombre muy poderoso, lleno de años y lleno de dignidad. Durante las diez horas de mi sueño le hice contar todos los objetos en voz alta. Los vehículos de la calle, las grietas de la acera, las ventanas de los edificios. Le hice contar en voz alta sin permitirle hacer nada más que eso. Sus amigos, familiares, colaboradores, estaban todos horrorizados. El hombre digno contando hasta perder la voz. Se dejó caer de rodillas contando las baldosas del suelo. Los doctores le suministraron una droga, pero yo seguí manteniendo el control de la mente del anciano, que seguía contando en voz alta. Fue muy divertido.

Todos reían. Durante la siguiente sesión de sueños todos intentaron probar por sí mismos un sueño dentro de aquel estilo, aunque Leesa, por aquel entonces, hubiera pensado ya en otra cosa. Al fin consiguió que ella le viera, y le hizo un gesto con la cabeza para que se le acercara. Salió al pasillo y ella fue tras él.

—Deseo hablar contigo, Leesa. Se trata de algo importante.

—Los sueños son importantes.

—Subiremos a una de las habitaciones de enseñanza.

Ella le miró fríamente.

—Hace por lo menos dos años que no he estado allá arriba. Y no tengo intención de subir ahora. Si deseas hablar conmigo, puedes encontrarme en el segundo mundo. Ya nos encontramos allí una vez.

Él asintió de mala gana. Guardaba un mal recuerdo de la última vez que habían hablado en el segundo mundo. Convinieron en el lugar y hora, y la contraseña para reconocerse. Comieron juntos y se dirigieron a la sala de los sueños, entrando en sus respectivas vitrinas.

Casi se había acostumbrado al clamor del tráfico de las grandes ciudades del segundo mundo. Era tarde, lo sabía. Había pasado mucho tiempo recorriendo medio continente. Posiblemente Leesa se hubiera cansado de esperar. Tenía poca paciencia aquellos días.

Una vez cerca del hotel escogió un joven delgado, se apoderó de su mente con la habilidad que le era habitual. Se dirigió con el cuerpo cautivo hacia el hotel. Había arrinconado la mente cautiva a un rincón del cerebro capturado. En el vestíbulo había varias jóvenes que estaban esperando. Se acercó al reloj y sacó un puñado de objetos que el joven cuyo cuerpo ocupaba llevaba en el bolsillo, dejándolos caer torpemente en el suelo. Se inclinó para recogerlos.

Cuando se levantó se encontró frente a una muchacha alta. La miró a los ojos y dijo, en su propio idioma:

—Hola, Leesa.

—Llegas muy tarde, Raul.

—Has esperado. Me alegro. Llego de muy lejos y me ha costado ponerme en contacto con alguien adecuado. Creía que pasaría todo el tiempo del sueño sin conseguir lo que deseaba.

Estaban juntos y hablaban en voz baja.

Para cualquiera que les observara parecía un joven nervioso que llegaba con retraso a su cita. Salieron juntos del hotel. Ella dijo algo en la lengua de aquella ciudad. Habían aprendido bastante de ella a través del uso continuado de la misma, pero era más fácil expresarse, a través de la mente ocupada, en su propio idioma. Leesa sonrió y repitió:

—¿Ahora dónde vamos?

Torcieron hacia una calle más tranquila. Miraron a través de ella y vieron a un hombre y una mujer que estaban juntos, de pie al lado de una ventana de otro hotel, mirando hacia afuera.

—Si estuviéramos solos en esa habitación —dijo— sería un buen lugar.

Hicieron el cambio rápidamente.

Él se hallaba ahora de pie junto a la ventana, mirando desde el quinto piso a la calle. En el lado opuesto de la calle una joven pareja estaba hablando excitadamente. Leesa, de pie a su lado, le dijo echándose a reír:

—Déjales que traten de explicárselo entre ellos.

Raul observó la pequeña habitación. Arrinconó a un lado la mente cautiva. Ésta correspondía a un cuerpo mayor que el del anterior. Y tuvo la sensación de que no era un cuerpo demasiado sano. Llevaba demasiado peso fofo. La mujer habitada por Leesa, sin embargo, era hermosa dentro de su esbeltez.

Leesa se sentó al borde de la cama.

—Ahora procura ser interesante, Raul.

—Procuraré complacerte, Leesa. Escúchame con atención. Hace seis meses que tengo casi todas las respuestas, casi la totalidad de nuestra historia. Ahora poseo las últimas piezas que me faltaban.

Algunas de ellas las obtuve en las habitaciones de enseñanza, otras a través de preguntar incansablemente a las mejores mentes del tercer mundo. Hace mucho tiempo, Leesa, más del que tú puedes imaginarte, nuestro mundo era bastante parecido a éste.

—¡Tonterías! —exclamó ella.

—Puedo probarte cada una de mis palabras. Nuestra raza era muy extensa. Descubrimos los secretos de los viajes a través del espacio. Nuestro planeta hogar gira alrededor de un Sol moribundo, muy próximo a una estrella que aquellas gentes llaman Alfa Centauro. Hace doce mil años los Dirigentes, dándose cuenta de que la vida en nuestro planeta hogar sólo podía mantenerse a través de un constante ajuste de consumo de humedad y descenso de temperatura, dirigió una búsqueda de planetas más jóvenes, planetas convenientes para la emigración. Encontraron tres. Este planeta, también llamado Planeta uno, circunvalando lo que aquella gente llama Delta del Can Menor, próximo a Procyon, a diez años y medio luz de aquí, y el Planeta tres, en el sistema de Beta del Águila, cerca de Altair, a diecisiete años luz de este lugar, los cuales resultaron adecuados.

—He oído tus palabras, pero no encuentro qué relación puedan tener con lo que antes has dicho.

—Leesa, por favor, escúchame. Hace doce mil años, nuestro mundo estaba agonizando. Los Dirigentes encontraron tres planetas a los que nuestro pueblo podría emigrar. El primer mundo de los sueños, llamado Marith. Este segundo, Tierra. El tercero, Ormazd.

"Durante dos mil años las Grandes Migraciones fueron la tarea de toda nuestra raza. Fueron construidas naves que pudieran cubrir grandes distancias en un tiempo extraordinariamente corto. Nuestra raza fue transportada a través del espacio a los tres planetas habitables.

—Pero, Raul...

—Calla hasta que termine. Los Dirigentes eran inteligentes. Sabían que había tres descarnados planetas salvajes para ser

colonizados, y en la colonización tendría que haber una divergencia de tendencias culturales. Temían que nuestro pueblo, divergiendo en tres direcciones distintas, se convirtiera en enemigo entre sí. Tenían que escoger. O bien disponer las colonizaciones de forma que pudieran estar en frecuente contacto entre ellos, o bien aislar las tres colonias hasta que hubieran alcanzado el avance necesario para que pudiera restablecerse el contacto entre ellos sin temor de conflictos. Se escogió esta última solución porque supusieron que así cada planeta haría todo lo posible para contribuir a un nuevo restablecimiento de contacto. A fin de que se llevara a cabo esta segunda solución, a fin de prevenir cualquier clase de contacto prematuro entre los planetas coloniales, fueron establecidos los Observadores.

"Nosotros, Leesa, somos remotos descendientes de los Observadores originales. Todas las naves de emigración fueron destruidas excepto las seis que te mostré desde la ventana. El lugar que Jord Orlan llama nuestro "mundo" es simplemente una vasta construcción edificada hace más de diez mil años, cuando los Dirigentes emplearon toda su ciencia para disponer que nuestra raza lo tuviera todo completamente automático. Los Observadores originales, en un número de cinco mil, fueron seleccionados entre todos los de nuestra raza. Eran los que poseían una mayor estabilidad emocional, los más libres de desórdenes hereditarios, los de más alto potencial de inteligencia. Esos Observadores originales fueron instruidos en la importancia de sus obligaciones, de sus obligaciones en pro del futuro de la raza. Se les dio el gran edificio en un mundo moribundo, y seis naves con las cuales efectuar patrullas periódicas a los mundos coloniales...

—Escúchame atentamente. Se proyectó que no habría contacto entre los mundos coloniales durante cinco mil años. Sin embargo, han pasado diez mil y todavía existe la Ley que nos dice que debemos evitar mediante los "sueños" que aquellos mundos construyan cualquier clase de invento que pueda capacitarles para

dejar sus planetas. Eso es lo que ha sucedido. La construcción que Orlan llama nuestro "mundo" era demasiado confortable. Las patrullas se efectuaron casi durante tres mil años. Pero aquellos que hacían las patrullas detestaban tener que salir de esta construcción confortable y agradable. Había sido construida demasiado bien. Los Observadores no habían perdido todavía la ciencia de la raza. Pasaron mil años hasta que encontraron la forma de eliminar las patrullas físicas y seguir manteniendo las responsabilidades que tenían. Al fin los Observadores, experimentando con el fenómeno del control hipnótico, con transmisión de pensamiento, con el misterio de la comunicación de mentes humanas en el nivel del simple pensamiento, lo cual en la Tierra está considerado como superstición, aunque practicada hasta llegar al extremo de haber producido una especie de atrofia en el hablar de Ormazd, inventaron un método de amplificar mecánicamente esta habilidad latente en la mente humana. Las cosas que nosotros llamamos máquinas de los sueños, no son más que inventos mediante los cuales, cuando "soñamos", conducimos una patrulla mental a los verdaderos planetas coloniales.

—¡Eso es absurdo! ¡Estás loco!

—Durante muchos años los sueños fueron sensatos, asuntos serios, realizados como debían ser realizados. Las naves estaban ociosas. El mundo exterior era cada vez más frío. Nadie salía del edificio. La ciencia fue perdiéndose. Los Observadores fracasaron en su cometido. El esqueleto genético de los Observadores originales era suficientemente variado para prevenir la procreación y paralización resultante por cinco mil años. Pero cuando la ciencia se perdió por completo tras las máquinas de sueños, éstas se convirtieron en algo de primitivo significado religioso. Nos hemos convertido en una pequeña colonia, menos de una quinta parte del número original. Estamos ciegos al propósito de nuestra existencia. Hemos ido continuando por el doble del tiempo previsto originalmente. Somos una maldición y una aflicción para los tres

planetas coloniales, simplemente porque nosotros creemos que no existen, que son algo para nuestro placer.

—Raul, tú sabes que yo no estoy aquí. Tú sabes que estoy en la vitrina, que es mía para toda mi vida, con la mano bajo mi mejilla y...

Él prosiguió inexorable.

—Tratamos con tres planetas coloniales. Marith, nuestro favorito, ha sido convertido en un pueblo sumido en un crónico barbarismo primitivo. Hace cuatro mil años Marith quedó cerrado para los vuelos espaciales. Nosotros los destruimos, a través de los sueños. Allí, cuando poseemos a alguna persona, somos conocidos como espíritus o demonios.

"Y hace cinco mil años la Tierra estaba preparada para los vuelos espaciales. Nosotros destruimos esa cultura, por completo. Ahora la Tierra vuelve a poseer una cultura atómica. La destruiremos otra vez, conduciéndoles de nuevo al salvajismo. Cuando nos apoderamos de un cuerpo terrestre, ellos le dan distintos nombres. Locura temporal, epilepsia, manías, trances. Somos unos setecientos los que podemos soñar. Setecientos débiles chiquillos, que pueden cometer actos sin temor a las consecuencias.

"En Ormazd saben quiénes somos, y qué somos. Por dos veces hemos anulado sus intentos de cruzar el espacio. Ya no sienten las ansias de abandonar su planeta. Han encontrado galaxias más amplias dentro de las mentes humanas, que cualquier otra que pueda ser conquistada con máquinas. Los tres planetas coloniales se desharían fácilmente de nosotros, Leesa.

Con voz claudicante, ella le dijo:

—He tratado de creerte. Pero no puedo. Si te creyera, significaría que...

—¿Que tendrías que aceptar la responsabilidad moral por los actos cometidos, por la muerte que has causado a personas tan reales como tú y como yo?

—Estamos en las vitrinas de los sueños, Raul. Las máquinas inteligentes hacen este mundo para nosotros.

—Pues rompe este espejo. Mañana puedes volver para encontrarlo roto. O échate por la ventana. Mañana podrás volver y descubrir el cuerpo destrozado de la muchacha que estás ahora invadiendo.

—Eso se debe a la inteligencia extraordinaria de las máquinas.

—Hay otras pruebas, Leesa. En Ormazd puedes encontrar los archivos de las emigraciones originales. En Marith puedes leer sus mitologías, y encontrarás referencia de las naves que aterrizan, vomitando fuego. Creen que venían del Sol. En la Tierra existe una raza que se creen descendientes del Sol. Y existen rastros, en la mitología de la Tierra, de que por ella habían andado gigantes, en grandes naves y carrozas que cruzaban el cielo. Los tres planetas estaban poblados por criaturas parecidas al hombre antes de que llegaran nuestros antepasados. En la Tierra, después de un tiempo, se mezclaron las dos razas. En Marith y Ormazd, las razas originales desaparecieron. Ya ves, Leesa, hay demasiadas pruebas para ser ignoradas.

—No puedo creer lo que dices. Mañana me encerraré en la vitrina. Me convertiré en una muchacha desnuda salvaje de la jungla, o en una mujer conduciendo un burro por el sendero de la montaña. O puedo encontrarme con mis amigos de Marith y jugar al juego de identificación, o al juego de matar, o al del amor, o al de la caza. No, Raul. No. No puedo dejar de creer en lo que creo.

—Leesa —le dijo suavemente—, tú siempre has creído, en lo más hondo de tu corazón, que esos mundos son reales. Por esto tú has sido tan voluntariosa, tan cruel en tus sueños, porque estás tratando de negar su existencia. Tú y yo somos diferentes. No somos como los demás. Somos más fuertes. Tú y yo podemos cambiar el...

Cesó de hablar al ver que la mujer sentada en la cama se pasaba la mano por la cabeza y le miraba extrañada. Hablaba

lentamente, por lo cual pudo entenderla.

—George, me siento extraña.

Leesa se había ido. No sabía en qué dirección. Había terminado de hablar de tal forma que no podía encontrarla. Abandonó la mente del hombre poco a poco, pudiendo escuchar todavía la contestación de aquél a la mujer.

—Algunos de los ingredientes de esas bebidas, tal vez. Ese mozo tenía un aspecto muy curioso. Tal vez sea un novato. Yo también me siento extraño.

La mujer se tendió en la cama. Raul pudo darse cuenta del lento nacimiento del deseo en el cuerpo del hombre que acababa de abandonar. La mujer le sonreía. Cuando el hombre se dirigió hacia la cama Raul abandonó por completo la escena, sumiéndose en el área familiar, donde no hay color, ni luz. Nada más que la extraña conciencia de la dirección. Fue avanzando con un impulso suave, hasta que orientándose se metió en otra mente. Se hallaba dentro de un taxi. Era tarde. La mente recién ocupada estaba enturbiada por el alcohol, pero las emociones eran particularmente vívidas. Raul podía leer en la mente de aquel hombre como en un libro abierto. Desespero, tormento y deseo de morir. Odio, temor y envidia. Pero más que nada un enorme deseo de dormir sin tener que despertar jamás. El hombre pagó al conductor, y se dirigió lentamente hacia su apartamento, cogió el ascensor que le condujo hasta el octavo piso. Abrió la puerta y entró. La mujer salió del dormitorio con el arma brillante en su mano. Apuntó y cerró los ojos. Los pequeños mordiscos de plomo caliente produjeron canales de líquido caliente en el cuerpo del hombre... sin dolor. Sólo sorpresa y estupefacción. El cerebro de aquel hombre se desvaneció rápidamente, y mientras Raul se alejaba, pescó todavía el último impulso de conciencia. No satisfacción por la sorpresa de la muerte que había estado deseando, sino pánico y miedo y anhelo por las cosas de la vida todavía desconocidas.

Raul no se sintió libre del espíritu hasta que penetró en la mente de un hombre, un anciano, que sentado en el parque, medio dormitaba al Sol. Esperó en esta mente hasta que se acabó su turno de soñar.

Capítulo VIII

En las habitaciones privadas destinadas para él por ser Dirigente, Jord Orlan estaba mirando con fijeza a la muchacha que estaba sentada frente a él, esperando desconcertarla con su silencio. Esta Leesa Kinson era demasiado... viva. Las fuertes hebras negras de su cabello eran poco corrientes. Cabellos como los de la gente de los sueños, o como el de su hermano, Raul. Los rasgos de su rostro tenían fuerza, y sus labios eran demasiado rojos. Jord Orlan prefería las mujeres más sumisas, más débiles, más frágiles. Con un esfuerzo recordó el asunto que le había hecho llamar a la muchacha.

—Leesa Kinson, se me ha informado que no has tenido ningún hijo.

—Es cierto.

—Se me ha informado que no has favorecido a ningún hombre entre todos nosotros.

Ella sonrió, como si eso no tuviera importancia.

—Tal vez nadie me ha encontrado aceptable. Se me ha dicho que soy extraordinariamente fea.

—Sonríes. ¿Has olvidado la Ley? Hay demasiadas mujeres estériles. Todas las que pueden tener hijos deben tenerlos. Es la obligación de todos tener hijos. Tú eres tan fuerte como un hombre. Es de Ley que tú tengas muchos hijos. Las débiles mueren frecuentemente, y con ellas los niños.

—Habla usted de la Ley. ¿Dónde está la Ley? ¿Puedo tocarla o leerla?

—Leer es una costumbre de los mundos primero y segundo. No nuestra.

Curvó los labios.

—Yo puedo leer. Aprendí cuando era una niña, en los pisos superiores. Mi hermano me enseñó. Puedo leer nuestro lenguaje y sé escribirlo. Muéstreme la Ley.

—La Ley me la dijeron a mí. Me la dijeron tantas veces que yo la recuerdo e incluso ahora la enseño a otros. Había esperado enseñársela a Raul, pero...

—No tiene ningún interés en ser Dirigente. ¿Va en contra de su Ley aprender a leer?

—Me pareces algo impertinente. Es mi Ley, y la tuya también, Leesa Kinson. Aprender a leer no va en contra de la Ley. Simplemente no sirve de nada. ¿Qué razón hay para leer? Tenemos los sueños, comida, podemos dormir, y tenemos las salas de juegos. ¿Por qué leer?

—Es bueno saber algo que los demás desconocen, Jord Orlan.

—Si persistes en esa actitud impertinente tendré que castigarte negándote el derecho a soñar durante muchos días.

Ella se encogió de hombros, mirándole fijamente. Sus ojos grises le hicieron sentirse extrañamente incómodo.

—Los viejos métodos son los mejores. ¿Por qué no eres feliz?

—¿Quién lo es?

—¡Vaya, pues yo! Todos nosotros. Sólo tú y Raul estáis descontentos. Los extraños. Cuando yo era pequeño había uno como vosotros. En realidad, creo que debió de ser el padre de tu padre. Él también tenía un aspecto diferente. Causó muchos problemas, y fue castigado muchas veces. Golpeó a varios hombres, y fue odiado y temido. Luego, un día, una mujer le vio cuando se arrojaba por el tubo oval que conduce a la oscuridad

infinita. No sintió ningún deseo de detenerle. Ya ves, éste es el fin del descontento. Debes aprender a estar satisfecha.

Sentía pesadez en los párpados y bostezó. Esto le molestó.

Se inclinó hacia adelante.

—Leesa Kinson, creo que esta actitud tuya no es natural. Creo que está motivada por tu hermano. Ha sido una mala influencia. No tiene nada que hacer en ninguno de los juegos. Cuando no está soñando, es imposible encontrarle.

Había empezado a concebir una idea. La consideró cuidadosamente.

—¿Puedo irme? —preguntó Leesa.

—No. Siento curiosidad por tu hermano. He intentado hablar con él en diversas ocasiones. Nadie sabe nada de sus sueños. No toma parte en ningún juego. Sospecho que debe olvidarse de la principal responsabilidad del sueño. ¿Ha hablado contigo de... algún asunto que pueda ser considerado herejía?

—¿Debo decírselo?

—Creo que debes sentirte contenta de hacerlo. No soy vindicativo. Si estas ideas no son correctas trataré de cambiarlas. Si rehúsas darme cualquier información, te ordenaré favorecer a cualquier hombre escogido por mí, uno que obedezca mis órdenes. Esto entra dentro de mi poder. Y la Ley dice que debes tener hijos.

Leesa apretó los labios.

—Las órdenes pueden ser desobedecidas.

—Y tú puedes ser llevada a un lugar en el piso más alto y ser arrojada de este mundo por no haber querido obedecer una orden. No deseo tener que hacerlo. Por esto, dime lo que Raul te ha contado.

Ella se movió un poco en la silla, sin mirarle.

—Dice... dice cosas que no son verdad.

—Sigue.

—Dice que los tres mundos de los sueños existen realmente y que lo que nosotros llamamos sueños son sólo... un método para

visitar los tres mundos reales. Dice que este mundo es sólo una gran construcción y que descansa en un planeta que es como los otros tres, aunque más frío y más viejo.

Jord Orlan se había puesto de pie y paseaba arriba y abajo de la habitación.

—Ah, esto es más serio de lo que yo creía. Necesita ayuda. Desgraciadamente. Debe hacérsele ver la Verdad.

—¿La Verdad como usted la ve? —preguntó ella suavemente.

—No te burles. ¿Qué dijiste tú cuando Raul te contó esas absurdas teorías?

—Le dije que no le creía.

—Muy bien, chiquita. Pero ahora debes ir con él y hacer ver que le crees. Debes animarle a que te diga más cosas. Debes descubrir lo que hace en sus sueños. Y debes informarme de todos ellos inmediatamente. Cuando sepamos toda su herejía estaremos en mejor posición para tomarle de la mano y conducirlo a la Verdad. — Su voz se hizo más resonante. Estaba frente a ella, con los brazos extendidos, y el rostro resplandeciente—. Una vez, cuando era joven, yo también dudé. Pero al crecer me hice más inteligente, y descubrí la Verdad. El universo entero está encerrado dentro de estas familiares paredes. Afuera es el fin de todo, una vacuidad inimaginable. Nuestras mentes no pueden comprenderlo. En este universo, esta totalidad, existen casi un millar de almas. Somos el núcleo estático del universo, el único pequeño lugar de la realidad. Ha sido de esta manera siempre, y siempre lo será. Ahora vete, y cumple lo que te he dicho, Leesa.

Cuando salía de la habitación, Leesa se acordó de las palabras que Raul le había dicho el día antes de su primer sueño:

—Si una criatura pequeña es puesta dentro de una caja blanca antes de que abra los ojos, si vive siempre en esa caja, si le es facilitada la comida y el bienestar, y si muere dentro de esa misma caja, en el momento de la muerte la pequeña criatura puede mirar las paredes de la caja y exclamar: "Esto es el mundo".

Estas palabras acudían a su mente infinidad de veces.

Encontró a Raul en uno de los pisos superiores. Éste, al oír el suave ruido de los pasos de sus pies desnudos, se giró, asombrado.

Le sonrió.

—Hace mucho tiempo que no vienes por aquí, Leesa. No te había visto desde que interrumpiste nuestra charla.

Cerró el proyector.

—¿Qué estabas mirando?

Él se puso de pie y estiró las manos. Su expresión era huraña.

—Algo que creo que no comprenderás nunca. Esta caja contiene todos los textos usados por los técnicos que pilotaban las naves de Emigración. Los he hallado por accidente. Podría estar buscando el resto de mi vida sin encontrar los textos intermedios. La Ciencia está fuera de mi alcance. En los viejos tiempos estaba también fuera del alcance de un hombre solo. Tenían el trabajo organizado en equipos de investigación y en equipos de realización. Cada hombre cuidaba de una faceta de un determinado problema y todos juntos coordinaban su trabajo. Pero tal vez pueda... —se detuvo bruscamente—. Tal vez pueda descubrir lo suficiente para poder maniobrar una de las naves patrulleras. Conozco ya los detalles interiores de las naves.

—¿De qué serviría eso?

—Podría ir a cualquiera de los tres mundos. Podría traer a algunas personas hasta aquí y mostrárselas a Orlan y a los demás. Entonces se acabarían todas esas tonterías acerca de la Ley, y acerca de que esta existencia es la verdadera realidad. Hay hombres en la Tierra que pueden entendérselas con una nave patrullera, uno en particular del que podría aprender mucho, de modo que aunque no pudiera volver, él podría... Estoy hablando demasiado.

—Tal vez lo encuentre interesante.

—Hace poco no pensabas así.

—¿No puedo haber cambiado de idea? —exclamó ella.

Su voz parecía excitada.

—¡Leesa! ¿Estás empezando a comprender lo que yo vengo comprendiendo desde hace tanto tiempo?

—¿Por qué no? Tal vez yo... pudiera ayudarte.

Él arrugó la frente.

—Podrías, sí. Casi había perdido la esperanza de ello. No importa. Creo que debo confiar en ti. —La miró directamente a los ojos—. ¿Comprendes ya que has estado destrozando, durante seis años, las vidas de seres que realmente existen y que estaban trabajando en sus cosas mientras nosotros estamos hablando? ¿Lo crees?

Leesa se cogió fuertemente a los brazos de la silla.

—Sí —respondió tan tranquila como pudo.

—Ya te he dicho que nosotros hemos durado más de lo previsto. Si no se hiciera nada acabaríamos desapareciendo, pero seguiríamos una y otra vez interviniendo en la vida de los hombres hasta el mismo fin, haciéndoles cometer cosas peligrosas e incomprensibles, haciendo que con sus actos confundieran a sus amigos, arruinando sus vidas. Yo voy a poner fin a todo eso.

—¿Cómo, Raul?

—Marith es demasiado primitivo para los viajes espaciales; Ormazd demasiado interesado en la mente humana para ser mecánicos. La Tierra es mi esperanza. Hay un hombre que está al cargo de un proyecto para construir una nave espacial que es extraordinariamente parecida a esas que te enseñé desde la ventana. Debido a que han sucedido tantos accidentes extraños que ellos no pueden explicar pero nosotros sí, este proyecto se desenvuelve en el mayor secreto. Con once mil millones de mentes en las que escoger, y teniendo en cuenta que nosotros los Observadores no llegamos a los ochocientos, no es probable que descubran ese proyecto, aun cuando se halla en una zona donde hemos arruinado otros proyectos. Estoy tratando de protegerlo y estoy tratando de ponerme en contacto más directo con un hombre

llamado Bard Lane que es quien está al cargo del proyecto en cuestión. Quiero explicarle lo que les ha sucedido a los demás proyectos, y avisarles de lo que nosotros podemos hacer mientras soñamos. No hace mucho alguno de nosotros se posesionó de la mente de uno de los técnicos destruyendo el trabajo de varios meses. No he podido descubrir quién fue. No han regresado, pero pueden hacerlo. Yo no puedo ir a preguntarles. Levantaría sospechas, porque es algo que no he hecho en muchos años. Pero tú podrías descubrirlo, Leesa.

—¿Y si lo descubriera?

—Le dices a la persona que ocupó la mente del técnico que tú lo hiciste también destruyendo el proyecto por completo. A fin de que seas suficientemente convincente, deberías...

—¿Por qué te detienes?

—¿Puedo confiar en ti? En cierto modo, no me pareces suficientemente... entusiasmada con la realización de que en los mundos de los sueños nosotros estemos tratando con la realidad. El día en que me convencí al fin, creí por un tiempo que me había vuelto loco. Quería ir a la sala de los sueños y destrozarse todos los cables, todos los diales.

—Puedes confiar en mí —dijo ella, con suavidad.

—Bien, a fin de convencer a la persona que hizo el daño, tendrías que echar un vistazo al proyecto. Se llama "Proyecto Tempo". Te explicaré exactamente cómo encontrarlo. Es difícil debido a la carencia de contactos en los alrededores. He tenido bastante suerte empleando a los conductores de vehículos, y es bastante casual que tengas la suerte de salir cerca de la carretera. La última vez me llevó tanto tiempo que apenas dispuse de una hora para hacer lo que... tenía planeado.

—¿Qué haces cuando estás allí?

—Explicarle a Bard Lane quiénes somos.

—¿Cómo lo descubriste?

—Antes de decírtelo debes prometerme solemnemente que no harás daño alguno al proyecto. ¿Lo prometes?

—No haré ningún daño, lo prometo —dijo, y mentalmente añadió "por lo menos durante la primera visita".

Abrió una caja en el suelo.

—Aquí tengo un mapa —le dijo.

Ella se arrodilló a su lado. Observó cómo su hermano trazaba con el dedo las posibles rutas a seguir para entrar en la zona del proyecto.

Capítulo IX

La doctora Sharan Inly estaba sentada en su despacho, con las manos cubriéndose los ojos. Deseaba con todo el corazón ser simplemente una mecanógrafa, un ama de casa o algo por el estilo.

Uno puede tratar con los humanos y sentirse interesado por ellos como humanos aun cuando haya casos parecidos en los libros de texto. Sin embargo, al tratarles, siempre queda un poquitín de reserva dentro de uno mismo. Una especie de autoprotección. Y entonces te encuentras ante un caso que te desgarrar el corazón porque comprendes que te has interesado demasiado por alguien como persona, no como caso.

—Espero que me darás una explicación —dijo Bard Lane fríamente, al entrar en su despacho, cerrando la puerta con brusquedad.

—Siéntate, doctor Lane —dijo ella con sonrisa cansada.

Se sentó. Estaba enfadado.

—Maldita sea, Sharan, tengo el despacho lleno hasta los topes. Adamson necesita que le ayuden. El maldito comité, que quiere administrar el beso de la muerte a todo este proyecto, está esperando. Ya sé que puedes hacer venir a quien te parezca a tu despacho a cualquier hora, pero creo que primero debiste enterarte. Sólo pido un poco de consideración por el mucho trabajo que tengo y...

—¿Cómo dormiste la pasada noche?

Le miró fijamente, poniéndose en pie, determinado.

—Estupendamente, y también comí bien. Incluso di algún paseo.
¿Quieres que haga gimnasia para ti?

—Siéntese, doctor Lane —exclamó ella, bruscamente—. Estoy realizando mi trabajo. Le ruego que colabore.

Se sentó lentamente, con cierto temor pintado en sus ojos.

—¿Qué pasa, Sharan? Creo que dormí bien. Sin embargo esta mañana me siento fatigado.

—¿A qué hora te acostaste?

—Poco antes de medianoche. Me levanté a las siete.

—Thomas Bellinger, en el informe de guardia, indica que entraste en tu oficina a las dos y diez de esta madrugada.

Bard dio un respingo.

—¡Este hombre está loco! ¡No! Espera. Si alguien pusiera aquí un hombre que se pareciese a mí... ¿Has avisado a los guardias?

Ella movió lentamente la cabeza. Sus ojos estaban tristes.

—No, Bard. No serviría de nada. Acabas de pasar esta misma semana los *tests* completos, brillantemente. ¿Te has dado cuenta de que Bess Reilly no estaba en tu oficina esta mañana?

Arrugó la frente.

—Está enferma. Me ha telefoneado desde sus habitaciones.

—Ha telefoneado desde aquí, Bard. Yo se lo dije. Bess estaba un poco atrasada de trabajo. Esta mañana fue más temprano a la oficina y cogió el dictáfono de ayer para trabajar. Cuando empezó a escucharlo, pensó que tú estabas gastándole alguna broma. Escuchó un poco más y se asustó. Afortunadamente vino en seguida a verme. Yo lo he escuchado un par de veces. ¿Te importaría escucharlo tú?

Él suavemente respondió:

—Dictado... una extraña pesadilla que parece acudir de nuevo a mí, Sharan. Una cosa extraña, como la mayoría de esto. Como si tuviera algo que decir antes de que desapareciera de mi mente. Y soñé que...

—Pues debes haber andado dormido, Bard. Escúchate tú mismo.

Puso en marcha el magnetofón.

Era sin lugar a dudas la voz de Bard Lane.

"Doctor Lane. Tomo este método de comunicación con usted. No se alarme ni dude de mí. Estoy físicamente a unos cuatro años y medio de luz de usted en estos momentos. Pero he proyectado mis pensamientos en su mente y me he apoderado de su cuerpo para servirme de él en estos momentos. Mi nombre es Raul Kinson y he estado vigilando su proyecto durante algún tiempo. Estoy ansioso por que tenga éxito, ya que es la única esperanza de su mundo para poder librarse de todos aquellos de nosotros que sólo desean destruir. Yo quiero ayudarle a crear. Pero hay peligros de los cuales yo puedo avisarle, peligros que ustedes no entienden todavía. Tenga presente lo que sucedió a su técnico, Kornal, por mediación de los nuestros. Nosotros somos los supervivientes de su planeta madre. No deseo decirle demasiadas cosas en este momento. Esté seguro de que mis intenciones son amistosas. No se alarme. No caiga en el lógico error de suponer que todo esto es debido a un desequilibrio mental. Intentaré comunicar con usted de una forma algo más directa dentro de poco. Escúcheme cuando lo haga.

Sharan cerró el magnetofón.

—¿Comprendes? —dijo suavemente—. Lo mismo de antes. Sólo que algo más refinado. Me alegro y a la vez me disgusta que miss Reilly me lo haya traído. Pero ya lo has visto, Bard. ¿Te parece que tenía motivos para enviarte a buscar?

—Naturalmente —murmuró—. Naturalmente.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Sharan.

—Cumple con tu obligación —dijo, apretando los labios.

La voz de Sharan sonó desapasionada, pero su mano tembló cuando le tendió la nota que ya tenía preparada.

—Esto es para un período de observación. No veo la necesidad de hacer propaganda. Avisaré a Adamson para que actúe como jefe

mientras tú no estés.

Cogió la nota que ella le tendía y salió de la oficina sin decir nada. Cerró la puerta tras de sí suavemente. Ella quedó sumida en mil extrañas preocupaciones.

Bard Lane se dirigió desde el pabellón del hospital hasta su habitación al extremo del pasillo. Se sentó al borde de la cama, tratando de leer una revista que había recogido. No parecía contener más que las tonterías habituales.

Se tendió en la cama. La revista resbaló hasta el suelo, con el ruido seco que hace el papel al caer. Locura en el mundo. Locura rondándole su mente como una gran campana sonando en una torre olvidada... Apretó las manos y cerró los ojos. Estaba sumiéndose en un mar de confusiones...

La cama se movió. Abrió los ojos. La pequeña enfermera rubia estaba sentada al borde de su cama. Sus grandes ojos violetas brillaban luminiscentes en su piel clara.

—¿Tan malo es esto, Bard Lane? —dijo ella.

Arrugó la frente. Las enfermeras no debían actuar de aquella manera, ni sentarse en las camas de los pacientes. Las enfermeras no hablaban de aquella forma. Era posible que algunas enfermeras tuvieran que hacerlo de acuerdo con unas instrucciones recibidas en según qué casos síquicos.

—Tal vez sea necesario que le baile encima de la cama para que se dé cuenta de lo alegre que estoy —dijo él.

—No me ha hablado de usted. He creído que podría echarle un vistazo mientras él anda buscándole por ahí fuera. Claro que él no lo aprobará.

—¿De quién habla, enfermera? ¿Y qué es lo que no le han dicho, sea quien sea?

—Enfermera es demasiado formal. Mi nombre es Leesa.

—Un nombre muy extraño. Y usted parece una muchacha extraña. No le entiendo demasiado bien, Leesa.

—No suponía que fuera capaz de hacerlo, Bard Lane. En realidad estoy hablándole de Raul, de mi hermano, si eso significa algo. De Raul Kinson.

Lane se sentó de un brinco en la cama, rojo de cólera.

—Enfermera, no estoy tan desquiciado como para quedar impávido ante esa clase de experimentos. Regrese junto a Sharan y dígame que esto no ha dado resultado. Sigo racional por ahora.

La enfermera ladeó su cabeza a un lado y sonrió.

—Me gustas cuando te enfadas, Bard Lane. ¡Tan fiero! De todas formas, Raul lamenta haberte metido en todo este lío por culpa de sus prisas en ponerse en comunicación contigo. Ahora está tratando de arreglar las cosas. ¡Pobre Raul! Cree que tú existes de verdad. Todos vosotros estáis tan obsesionados con la idea de vuestra propia realidad. Es fatigoso.

Bard la miraba con fijeza. Dijo lentamente:

—Enfermera, esto es tan sólo un consejo amistoso de un paciente. ¿Por qué no va a ver a la doctora Inly y le pide que le haga los tests normales? Ya sabe, cuando una persona trabaja mucho tiempo entre... desequilibrados mentales, a veces sucede que...

Su carcajada era la imagen viva de la salud y la cordura.

—¡Santo Dios! ¡Tan solemne y tan amable! Dentro de un minuto estará dándome cariñosos golpecitos en la espalda y un beso en la frente.

—Si se supone que este acercamiento suyo tiene que beneficiarla, enfermera yo...

Ella se puso seria.

—Escúcheme. Usted forma parte de un tonto sueño desagradable y más bien inútil por lo que a mí concierne. Raul parece divertirse bastante engañándose a sí mismo. Quería ver qué aspecto tenía usted. Él parece estar muy impresionado con usted. Pero yo no tengo que estarlo. Yo...

Una mujer corpulenta, uniformada de blanco apareció en la puerta. Exclamó:

—¡Anderson! ¿Qué significa todo esto? El número diecisiete está llamando desde hace diez minutos. Y yo he tenido mis trabajos para encontrarla. Sabe usted bien que tiene otras cosas que hacer mejor que estarse sentada en la cama de un paciente. Lamento que haya sucedido así, doctor Lane, pero...

La pequeña enfermera rubia lanzó a su jefe un solemne guiño. Se inclinó hacia la cabecera de la cama, pasó el brazo alrededor de la cabeza de Lane y le besó firme y cálidamente en los labios. La jefe dio un respingo.

La pequeña enfermera rubia se levantó. Lentamente una mirada de horror cubrió su rostro. Se puso de pie, apretándose con las manos el cuerpo, torciendo los dedos hasta hacerlos crujir.

—Exijo una explicación, Anderson —dijo la jefe, muy enfadada.

—Yo... yo... —dos lágrimas brotaron de sus ojos, deslizándose por sus mejillas. Se apartó de la cama.

—Me parece que Leesa está algo nerviosa —dijo Bard. Su voz era apaciguadora.

—Se llama Elionor —dijo bruscamente la jefe.

La enfermera dio la vuelta y se fue. La jefe suspiró.

—Más preocupaciones. Tengo poco servicio y ahora tendré que enviarla a que pase los tests.

Salió de la habitación.

Sharan Inly estaba mirando fijamente al mayor Tommy Leeber. Su voz era la misma de siempre, su rostro y sus ojos también. Pero las palabras hicieron que Sharan las oyera como un lejano trueno en sus oídos, como el débil letargo que se produce antes del desvanecimiento.

—Si se trata de alguna estúpida broma, mayor...

—Empezaré de nuevo por el principio, doctora Inly. He cometido una equivocación. Pero usted también. Mi nombre es Raul Kinson. De momento estoy usando el cuerpo de este hombre llamado Leeber. No sería difícil aceptarlo como premisa básica. Usé el cuerpo de Lane para enviarle un mensaje. Usted y Lane

aparentemente han sacado la conclusión de que él está mentalmente desequilibrado.

—Creo que al general Sachson le gustaría deshacerse de Lane y de mí en este proyecto, mayor Leeber. No me importa que usted trate de eliminarme.

—Por favor, doctora Inly. Debe de haber alguna prueba que podamos realizar. Podría repetirle el mensaje que deje a Lane...

—Bess Raily pudo habérselo dicho.

—No sé quién es, pero por favor hágala venir y pregúntele.

Esperaron. Bess Reilly entró al cabo de unos minutos. Era una muchacha muy alta, angulosa, sin belleza, con excepción de sus ojos, de un verde intenso, expresivos.

—Bess, ¿ha hablado con alguien de la cinta del dictáfono del doctor Lane?

Bess alzó la barbilla.

—Doctora Inly, usted me dijo que no lo dijera a nadie. Y no lo hice. No soy de las que...

—¿Ha hablado hoy con el mayor Leeber?

—Le vi ayer por vez primera. No he hablado nunca con él.

Sharan dirigió una larga y penetrante mirada a la muchacha.

—Gracias, Bess. Puede irse.

La puerta se cerró tras ella. Sharan se volvió hacia el mayor Leeber.

—Dígame ahora lo que decía la cinta.

Leeber la repitió. En dos lugares hizo un pequeño cambio en la forma de la frase, pero el resto era completamente igual. Había una tranquilidad y una confianza en él que le preocupaba.

Dijo:

—Mayor, o Raul Kinson, o quienquiera que sea... Yo... esto es algo que no puede obligarme a creer. Esta idea de apoderarse de los demás. Esta idea de venir de cierto planeta extraño. Se han dado casos de personas que pueden repetir el contenido de sobres lacrados. Tendrá que hacerlo mejor.

—Bard Lane tiene que reintegrarse a su trabajo. Voy a tener que asustarla, doctora Inly. Pero eso será la mejor prueba que puedo darle. Sin intentar explicarle cómo, voy a desalojar este cerebro para entrar en el suyo. En el proceso, el mayor Leeber recuperará toda su lucidez. Pero no recordará gran cosa de lo que ha pasado. Emplearé su voz para deshacerme de él.

La sonrisa de Sharan parecía haber sido pintada bruscamente en su rostro.

—¡Oh, vamos!

Estaba sentada con las palmas de las manos descansando en los brazos del sillón. La idea, a pesar de su absurdo, le producía una extraña sensación de vergüenza, como si la invasión extraña a su mente fuera una violación más básica que cualquier relación física. Su mente había sido un templo, un lugar de refugio, un lugar de secretos pensamientos, algunos de ellos muy escondidos a causa de cierto sentimiento de culpabilidad. Tener todos aquellos lugares secretos al descubierto sería como... andar desnuda por las calles de la ciudad.

Vio el asombro pintado en el rostro de Leeber, su mirada confusa vagando por toda la oficina, la forma en que se frotó el dorso de la mano por la boca. Y luego ya no tuvo más tiempo para vigilar a Leeber. Sintió la prueba de los zarcillos invisibles. Sintió su suavidad. Trató de resistirse. La memoria retrocedió a muchos años atrás. Un día lluvioso en una ciudad del norte. Ella había estado jugando en la calle con el chico de al lado. El agua de la nieve fundida corría por la pendiente. Habían construido presas de nieve para contenerla, pero no lo conseguían. Se deslizaba por los lados de las presas, o a través de ellas, avanzando siempre hacia adelante, sin que pudiera evitarse.

Ella retrocedió más y más buscando un último punto defensivo. Y súbitamente tuvo la sensación de su entero dominio dentro de su cerebro, ajustándose a los tipos nerviosos familiares.

Las palabras habían sido siempre planeadas con algunos segundos de antelación. Sus labios se abrían y el conocimiento del significado de sus palabras era simultáneo con el sonido de las palabras mismas.

—El sol es muy peligroso aquí, mayor. Tal vez le ha hecho coger algo de sueño. Beba mucha agua y tome tabletas de sal. Podrá encontrarlas en el dispensario. Permanezca apartado del sol y por la mañana se encontrará bien.

Leeber se puso en pie.

—Uh... gracias —dijo.

Al llegar a la puerta se detuvo, y se volvió para mirarla con expresión asombrada, sacudió la cabeza y salió.

El pensamiento llegó a ella. No estaba escrito dentro de su mente. Ni fue expresado en palabras, y sin embargo las palabras se unían al pensamiento.

—¿Comprende ahora? ¿Cree ahora? Relajaré los controles. Para comunicarse conmigo hable en voz alta.

—Me he vuelto loca.

—Eso es lo que los demás creen. No. No se ha vuelto loca, Sharan. Mire su mano.

Ella obedeció. Su mano cogió un lápiz. Se movió sin voluntad para escribir su propio nombre: "Sharan". Y entonces la habitación pareció oscurecerse, desvanecerse y ella no supo nada. Cuando la vista volvió vio que había escrito otra palabra debajo de su nombre. Por lo menos supuso que era una palabra.

—Sí, una palabra, Sharan. Tu nombre con mi propia escritura. He tenido que obligarte a retroceder mentalmente a un rincón a fin de poder hacerte escribir.

Había escrito con rasgos más resueltos que los suyos. Parecía un estilo arábigo escrito en forma cursiva.

—Loca, loca, loca —dijo ella en voz alta.

—No. No estás loca. ¡Cree! Espera, Sharan. Encontraré tus pensamientos y tus creencias. Allí aprenderé todo lo que he de

saber sobre ti, Sharan.

—No —dijo ella.

Estaba sentada rígida, sintiendo como si pequeños peines se movieran suavemente por todas las partes de su mente. A ella acudieron recuerdos de días muy lejanos. La música en el funeral de su madre. Un pasaje de sus tesis doctoral. Los insistentes labios de un hombre. La canción que ella escribió una vez. Descontento, orgullo en su profesión. Minutos interminables...

—Ahora te conozco, Sharan. Te conozco bien. ¿Crees ahora?

—Loca.

Ya no sentía furia. Resignación. Desvanecimiento del sonido. Tenuemente... una canción apenas oída en el dulce sopor lejano del estío.

Estaba sola. Abrió un cajón y extrajo una de las hojas que dio a Bard Lane. Empezó a rellenarla. Nombre. Síntomas. Diagnóstico parcial. Prognosis.

Se abrió la puerta y Jerry Delane, el joven doctor del dispensario, entró. Ella arrugó la frente y preguntó:

—¿Es que se ha perdido la costumbre de llamar antes de entrar, doctor Delane?

Se sentó delante de ella, al otro lado de la mesa del despacho. Dijo:

—Ya te he dicho que dejaría la mente de Leeber para entrar en la tuya, y así lo he hecho. Naturalmente puedes llamarme fantasía que tu mente enferma ha inventado, por lo que voy a darte una prueba física —acercó el dictáfono hacia él, y lo puso en marcha—. Las fantasías no pueden grabar sus palabras, Sharan.

Para Sharan, todas las luces parecieron desvanecerse con excepción de la que rodeaba la boca sonriente de él. Ésta parecía hacerse cada vez mayor. Y entonces fue como si ella estuviera avanzando hacia la sonrisa...

Estaba tendida en el sofá y él arrodillado a su lado. Poniéndole compresas frías en el lado izquierdo de su cabeza. Sus ojos la

miraban con tierna expresión.

—¿Qué...?

—Te has desmayado y caído. Chocaste con el borde del fichero. Arrugó la frente.

—Yo... me parece que estoy enferma, Jerry. Tengo ideas extrañas... quimeras acerca de...

Él interrumpió sus palabras colocando el dedo índice contra los labios.

—Sharan, por favor. Quiero que me creas. Soy Raul Kinson. Debes creerme.

Ella le miró fijamente. Poco a poco apartó la mano de su frente. Se dirigió hacia la mesa, tambaleándose ligeramente. Puso en marcha el dictáfono, haciéndolo retroceder un poco y luego hacia adelante otra vez. La voz, fina y metálica, decía: "Las fantasías no pueden grabar sus palabras, Sharan".

Se volvió a mirarle cara a cara. Con voz muy tenue dijo:

—Ahora le creo. No tengo otro camino, ¿verdad? Ninguno en absoluto.

—No. Haga venir a Bard Lane aquí. Los tres hablaremos.

Estaban sentados y esperaban a Bard Lane. Raul la miraba fijamente. Le dijo con voz suave:

—Es extraño, curioso.

—¿Usted emplea esas palabras?

—Estaba pensando en tu mente, Sharan. He evitado las mentes femeninas. Todas tenían patrones variables, indeterminados, intuitivos. No como tu mente, Sharan. Cada faceta y cada fase me... ha parecido familiar. Como si te conociera de siempre. Como si cada respuesta emocional a cualquier situación tuviera que ser la paralela femenina de mi propia reacción.

Ella apartó los ojos de él.

—No me ha dejado ningún secreto, ¿eh?

—¿Era necesario? Yo sé de un mundo donde las palabras no se emplean. Donde un hombre y una mujer, unidos, pueden morar

cada uno en la mente del otro a su voluntad. Tienen una verdadera reserva, Sharan. En tu mente he descubierto... otra razón para asegurar que este proyecto tenga éxito.

Ella se sintió furiosa consigo misma al sentir que el rubor cubría sus mejillas.

—Otro tanto a su favor —exclamó con tono agrio—. ¿Desea también mis huellas dactilares?

Bess Reilly entró. Cerró la puerta, bostezó, y se sentó encima de una de las puntas de la mesa. Le sonrió a Jerry y dijo cansadamente:

—El tiempo va pasando, Raul. Y no puedo decir que lo lamente. No tienes muchas diversiones en tus sueños, ¿eh? He tenido que cambiar cuarenta veces de mente para llegar a ti.

—Te he sentido cerca hace unos momentos —dijo Raul. Se volvió a Sharan—. Te presento a mi hermana, Leesa Kinson.

Sharan miró pálidamente al rostro familiar de Bess Reilly. Bess la miró fijamente.

—¿Te cree, Raul? —dijo ella.

—Sí.

—Eso me da una sensación curiosa al saber que hay uno de ellos que comprende cómo están con nosotros. Nunca lo había sentido antes. Una vez traté de hacer comprender a un hombre quién era yo cuando me apoderé del cuerpo de su esposa. Estuvo hora y media a punto de volverse loco. No había vuelto a intentarlo desde entonces. Es decir, hasta hoy. He entrado en la mente de una enfermerita rubia y he tratado de presentarme a tu amigo Bard Lane. Estaba un poco confundido. ¿Está temiendo volverse loca, muchacha?

—Sí —respondió Sharan—. Si eso continúa.

Bess se echó a reír.

—No se lo tome tan en serio.

Bard Lane entró lentamente y cerró la puerta tras él. Miró con curiosidad a Jerry Delane y Bess Reilly. Se dirigió a Sharan.

—Me has hecho venir.

—Aquí está su vieja amiga Leesa —dijo Bess—. ¿Qué ha hecho la enfermerita rubia cuando me marché de ella?

Sharan vio que Bard palidecía. Habló apresuradamente.

—Bard, estábamos equivocados. Créeme, por favor. Me lo han probado. Es imposible, ya lo sé. Pero es cierto. Una especie de hipnosis a larga distancia, creo. Pero aquí está Raul Kinson. Él... está empleando el cuerpo de Jerry Delane. Quiere hablar con nosotros. Y su hermana, Leesa, es... Bess es Leesa. Jerry y Bess no recordarán lo que está sucediendo. Aquella grabación que hiciste... Todo es verdad, Bard. Por un momento creí que me había vuelto loca y al momento siguiente supe que era la verdad.

Bard Lane se dejó caer pesadamente en una silla, pasándose la mano por los ojos. Nadie habló. Cuando al fin levantó los ojos, su expresión era fría. Miró a Jerry.

—¿Qué tiene usted que decirme?

Hablando lentamente, haciendo pausas en alguna cuestión, Raul Kinson le habló de los Observadores, de los Dirigentes, de las Emigraciones, de las Máquinas de los Sueños, y de la perversión, durante cincuenta siglos, de lo que había sido una vez un "Plan lógico". Le habló de la Ley que gobernaba a todos aquellos hombres.

Bess, sentada al borde de la mesa, tenía un aspecto fastidiado en el rostro.

Bard miró los nudillos de su apretado puño.

—De modo —dijo suavemente— que si damos crédito a sus palabras, usted acaba de darnos la respuesta al por qué, con la mayoría de técnicas bajo control, cada intento de conquistar el espacio ha sido un miserable fracaso.

No obtuvo respuesta. Levantó los ojos. Jerry Delane estaba de pie con una extraña impresión pintada en su rostro.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo he venido hasta aquí?

Bess saltó rápidamente de la mesa.

—¿Me ha llamado usted, doctora Inly? —preguntó con voz agitada.

Sharan mostró una sonrisa forzada.

—La conferencia ha terminado, muchachos. Pueden irse. ¿Te quedas Bard?

Jerry y Bess salieron de la oficina.

—¿Es que nos hemos vuelto locos? —preguntó Bard.

—No existe eso de quimeras compartidas, fantasías mutuas, Bard —dijo Sharan con voz fatigada—. Y, o bien tú estás todavía en la sala y todo esto está teniendo lugar en tu mente, o bien yo me he vuelto loca por completo y estoy imaginando que tú estás aquí. Oh, lo que parece más difícil de todo, que es verdad —se puso en pie—. ¡Condenación, Bard! Si cierro mi mente a esa cosa, ello significa que mi mente es demasiado pequeña y demasiado insignificante para circundarla. Pero trata, inténtalo sólo, de digerir este cuento de los mundos extraños, Dirigente, Emigraciones. No, no se purifica. Tengo una idea mejor.

—Vaya, me alegraré de oírla.

—Sabotaje. Una variedad nueva y muy inteligente. Algunos amigos nuestros del otro lado de este mundo han conseguido desarrollar la técnica hipnótica hasta un nuevo grado de eficiencia. Tal vez usen alguna forma nueva de amplificación mecánica. Están tratando de desacreditarnos si no consiguen hacernos volver locos. Eso tiene que ser.

Lane arrugó la frente.

—Si su técnica es tan buena, ¿por qué emplearla de la forma más difícil? ¿Por qué no se apoderan de Adamson o de Bill Kornal o de unos cuantos hombres claves para hacerles pasar algunas horas destruyendo lo que es el *Beatty One*?

—Has olvidado algo. Ellos se apoderaron ya de Kornal. Esto les dio unos meses de gracia. Ahora están experimentando. Tal vez traten de convencernos para que salgamos de aquí y vayamos a cualquier otro sitio. No puedes decir lo que están pensando. Bard, el

que dice llamarse Raul Kinson me avisó de que iba a entrar en mi mente. Y luego lo hizo. Fue... degradante y horrible. Hemos hecho cosas asombrosas con la hipnosis. Control de hemorragias. Cosas así. ¿Por qué me miras de esta manera?

—Estoy tratando de imaginar cómo expones el problema sin acabar en el extremo receptor con alguna fantasía de shock terapéutico, Sharan.

Ella se sentó lentamente.

—Tienes razón —dijo—. No tenemos forma de avisarles. Ningún medio.

Capítulo X

Leesa bajó a los niveles inferiores, y al ver a Jord Orlan que la miraba al descender de la rampa, alejándose rápidamente, apresuró el paso para alcanzarle.

—Tengo algo que decirle —habló.

Orlan miró nerviosamente a uno y a otra lado del corredor.

—No tema. Raul está arriba, en los niveles desusados.

—Vamos, pues —dijo.

La condujo hacia sus habitaciones, entrando delante de ella. Al girarse vio que Leesa se había ya sentado, lo cual le hizo arrugar la frente. Los respetuosos esperaban a que él les ofreciera el asiento.

—He estado esperando tu informe, Leesa Kinson.

—Raul confía en mí. Tal vez, demasiado. Esto me hace sentirme incómoda.

—Recuerda, todo esto es por tu propio bien.

—He tenido que fingir estar muy apenada por todos los daños causados en los mundos de los sueños a todas aquellas personas que él cree realmente vivas.

Jord Orlan se olvidó de su enojo con ella.

—¡Muy bien, chiquilla! ¿Y has compartido sus sueños?

—Sí. Me explicó cómo había encontrado un proyecto de nave espacial al buscar en la mente de cierto coronel en Washington. Me dijo cómo encontrar el proyecto. Nos encontramos allí, en distintos cuerpos. Raul parece muy orgulloso de la gente que trabaja allí. Quiere proteger el proyecto contra... nosotros. No hace mucho este

proyecto fue perjudicado por la intervención de uno de los nuestros que se encontró con dicho proyecto, posiblemente por casualidad, obligando a uno de los técnicos a destrozar deliberadamente un equipo muy delicado. Raul no quiere que eso vuelva a suceder.

—¿Cómo espera evitarlo?

—Ha hablado de los Observadores con dos personas de allí, y se las ha ingeniado para probarles que existimos.

Jord Orlan dio un respingo.

—¡Vaya paradoja! Convencer a alguien de que no existe lo único cierto. Muchos de nosotros se han divertido alguna vez tratando de hablar a la gente de los sueños de los Observadores. Invariablemente se vuelven locos.

—Estos dos, no. Posiblemente debido a que ella, una mujer, es una experta en enfermedades mentales y el hombre es... fuerte.

La miró fijamente.

—No vayas a caer en la misma trampa en que se encuentra tu hermano. Cuando hablas de ese hombre que viste parece como si le creyeras real. Es simplemente una imagen producida por la máquina de los sueños. Eso ya lo sabes.

—¿Siendo así no es incongruente, Jord Orlan, destruir lo que ellos construyen?

—No es incongruente por que es la Ley. Eres absurda al discutir. Vamos. Dime la situación. Organizaré un grupo. Destrozaremos el proyecto por completo.

—No —dijo ella, sonriendo—. Esto estropearía mi juego. Estoy empezando a encontrarlo divertido. Leesa se reserva ese placer para sí misma, gracias.

—Puedo ordenártelo.

—Y yo desobedecerle y usted puede arrojarme fuera de este mundo, y quizás no encuentre nunca el proyecto.

—Sería mejor que lo hicieran un grupo de nosotros. Destruiríamos a las criaturas de los sueños con la mayor habilidad

disminuyendo el peligro de un nuevo proyecto durante muchos años.

—No —exclamó ella, agudamente.

Abrió con sorpresa los ojos al darse cuenta de la fuerza de su propia negativa. Levantó la mano pasándose los dedos por los labios.

—Ahora comprendo —dijo Jord Orlan dulcemente—. Has encontrado una de esas criaturas de los sueños divertida, y no deseas que tu diversión te sea negada. Muy bien, pues, pero asegúrate de que la destrucción sea completa. Infórmame luego.

Cuando Leesa estaba ya en la puerta, a punto de salir, él volvió a hablarle. Se giró y escuchó.

—Dentro de pocos días, querida niña, Ryd Talleth te buscará. Así se lo he ordenado. Es uno de los más inclinados a tu favor... pero necesitará que le des ánimos.

—Es un loco débil —dijo ella apasionadamente—. ¿No recuerda su promesa, Jord Orlan? Si hacía lo que me pedía, no me obligaría a tal...

—Nadie te obliga a nada. Es tan sólo una sugerencia —dijo.

Ella salió sin responder. Se sentía inquieta. Recorrió el pasillo donde estaban las habitaciones de juegos... Se detuvo en la puerta de una de ellas. Tres mujeres, tan jóvenes que sus cabezas llevaban todavía la delicada sombra de su polvoriento cabello, perseguían a un hombre mayor, rechoncho y ágil, que se escabullía con reflejos parecidos a los de un gato. Ellas reían, él sonreía. Comprendió el juego del hombre. Él favorecía a una y tenía el propósito de dejarse atrapar por ella, aunque las otras dos eran más rápidas. Al fin le cogió con las manos sobre los hombros. Las otras dos quedaron desconsoladas. Al salir de la habitación, dejándolas solas, Leesa se alejó también. Otra vez más se pasó las puntas de los dedos por los labios y pensó en las fuertes manos de un hombre, perfecto, bronceado contra la blancura de la cama de un hospital.

Las pocas habitaciones que seguían estaban vacías. En la habitación siguiente un grupo mixto estaba realizando una danza estilizada. Habían encendido las luces rojas. Era una danza lenta, con pausas medidas. Pensó en reunirse con ellos, pero comprendió que por alguna razón inexplicable, su entrada produciría una tensión que rompería aquel placer.

El desasosiego que sentía era como una raíz que va creciendo poco a poco. En el piso superior oyó a los chiquitines que lloraban. Fue a verlos. Antes, siempre había encontrado un extraño placer al observar sus torpes movimientos. Los miró y sus rostros eran como tantos otros, idénticos, círculos vacíos que no significaban nada.

Siguió subiendo hasta donde las rampas no se movían, llegó al piso vigésimo primero, entonces se dejó caer y se enroscó como un chiquillo. No sabía por qué... lloraba.

Capítulo XI

Bard Lane oyó que le llamaban por su nombre, se giró y vio al mayor Tommy Leeber que cruzaba a grandes zancadas, diagonalmente, la calle, hacia él.

La sonrisa del mayor Leeber parecía algo forzada y sus ojos estaban semicerrados.

—Espero que tenga un minuto, doctor Lane.

—Me temo que no mucho más que eso, mayor. ¿Cuál es su problema?

—Según los informes, doctor Lane, mi lealtad alcanza el tope de graduación. Y las ondas de mi cerebro pasaron todos los malditos tests de la doctora Sharan. De modo que quiero saber qué significan esas dos sombras que me siguen a todas partes. —Con el pulgar señaló por encima del hombro hacia los dos guardias que permanecían de pie a varios pasos detrás de él, evidentemente incómodos.

—Estos hombres le han sido asignados de acuerdo con las nuevas instrucciones en funcionamiento, mayor.

—Si usted ha creído que puede hacerme salir de aquí fastidiándome de esta manera...

—Mayor, no tomo en cuenta sus palabras, pero debo decirle que sus dotes de observación dejan bastante que desear. Todo aquel que tiene acceso a las zonas de fabricación y a los laboratorios está sujeto a las nuevas órdenes. Habrá notado que yo también tengo un guardia. Estamos en una fase crítica. Si usted empieza a conducirse

irrazonablemente, será sujetado y retenido hasta que le examinen. Yo también. En realidad, su parte es algo más sencilla que la mía. Parte de mi trabajo consiste en vigilar al guardia mientras éste me vigila a mí. Empleamos este método como defensa contra cualquier... demencia pasajera, que la doctora Inly no pueda detectar.

—Veamos, ¿cómo puedo librarme de estos tipos?

—Dejando el área del proyecto, mayor.

Leeber se frotó la barbilla.

—Veamos, doctor. Yo sé que usted no ha recibido personal nuevo. ¿De dónde han salido todos estos guardias extras?

—De otras ocupaciones.

—Lo cual disminuye muchísimo la rapidez de los trabajos, ¿no es así?

—Sí, en efecto.

—Usted ya se encuentra bastante apurado debido a haberse retrasado más de la cuenta, doctor. ¿No cree que este nuevo procedimiento puede serle perjudicial precisamente ahora?

Por un momento Bard pensó en el efecto que producirían sus puños contra el oscuro bigote militar, en plena boca. Sería un placer ver al mayor Leebber sentado sobre sus posaderas en medio de la calle.

—Puede usted informar de estas nuevas disposiciones al general Sachson, mayor. Puede usted decirle que si lo cree conveniente puede revocar esta norma de seguridad que he establecido. Pero ello saldrá a relucir en un informe, y si luego alguien vuelve a sentirse destructivo como Kornal, todas las culpas caerán sobre él.

—Por lo que valgo, Doc, el viejo no será tan quisquilloso. Se ha figurado que dentro de sesenta días no habrá nadie más aquí que un equipo de medición y salvamento, señalando con tiza todo aquello que valga la pena conservar.

—No creo que esté bien que haya dicho todo eso, mayor Leeber —dijo Bard en voz baja—. No creo que haya sido inteligente.

Observó cuidadosamente a Leeber, que sonreía en la forma más encantadora.

—Vaya, "doc". No se enfade conmigo. Estoy comportándome de esa forma asquerosa porque estos dos muchachos me han echado a perder una operación que ya creía realizada.

—No espero lealtad de usted, Leeber. Tan sólo una razonable cooperación.

—Le ruego me disculpe. Cuando se me presenta alguna buena oportunidad sólo puedo pensar en esos dos tipos mirándome desde atrás.

—Si se trata de alguna chica, puede llevársela fuera del área, Leeber. Cuando regrese, tendrá que esperar a que le asignen los dos guardias correspondientes.

Leeber hundió la punta del zapato en el polvo de la calle.

—Una noble sugerencia, "doc". ¿Quiere usted acompañarme?

—No puedo desperdiciar el tiempo, gracias.

—De acuerdo. Puesto que no me gusta que estos dos tipos participen de mi cita, creo que lo mejor será que me lleve a la chica fuera de la zona, ¿eh?

—O bien ser cuatro en total. Es decir, cinco, contando con el guardia de ella, una mujer en este caso.

Leeber se encogió de hombros. Saludó con la mano y se fue.

Bard Lane se dirigió a la cantina. Se sentó en una mesita del rincón donde poder estar solo. Estaba levantando el vaso de jugo de tomate hacia su boca cuando sintió la familiar presión en su mente. No hizo el menor intento de combatirla. Detuvo el brazo a medio camino de la boca unos instantes, continuando luego el movimiento hasta los labios. La sensación de su mente le hizo recordar los primeros cursos de ciencias dados en el colegio. Cuando miró por primera vez a través del microscopio.

Y ahora su mente era invadida lentamente mientras él permanecía sentado bebiendo tranquilamente su jugo de tomate. Dejó el vaso en la mesa. Para cualquiera que le observara él era el doctor Bard Lane, el jefe, el "Viejo". Pero él sabía que por lo que a libre albedrío se refería había dejado de ser Bard Lane.

La presencia extraña se había introducido rápidamente con sus pensamientos. Casi podía notar cómo se iba introduciendo en su mente.

Su nueva familiaridad con la recepción de los pensamientos del extraño hacían aquellos pensamientos tan claros como si le hubieran sido susurrados suavemente al oído.

—No, Bard Lane. No. Tú y Sharan Inly habéis llegado a una conclusión errónea. Nosotros no somos de este planeta. No se trata de un invento inteligente para engañaros. Somos amistosos en nuestro propósito. Me alegro de comprobar que habéis tomado todas las medidas de precaución que os sugerí. Le ruego que informe claramente a todas las personas de su confianza que deben moverse con rapidez siempre que exista la más ligera duda. Cualquier débil peculiaridad, cualquier palabra inesperada o movimiento raro, será la base en la cual moverse. Cualquier distracción podría ser fatal.

Bard veía sus pensamientos tan claros que hubiera podido subrayar mentalmente cada sílaba de las palabras.

—¿Cómo podemos saber que son ustedes amigos?

—No pueden saberlo. No hay forma alguna de probarlo. Todo lo que puedo decirle es que nuestros antepasados de hace doce mil años eran comunes. Ya le hablé del Plan. El Plan está fracasando porque la gente de mi mundo está olvidando los motivos originales. Un mundo, Marith, vive en un salvajismo bárbaro. Otro, Ormazd, ha encontrado la llave para la busca de la felicidad en su planeta. Nosotros somos ingénitos y decadentes. Su proyecto es la esperanza de la humanidad.

—¿Cuáles son sus motivos para obrar así?

Hubo un silencio en su mente.

—Si he de serle sincero, Bard Lane, debo mencionar el aburrimiento, el deseo de cambiar, el deseo de hacer cosas importantes. Y ahora existe otra razón.

—¿Cuál?

La compenetración era tan perfecta que Bard Lane quedó perplejo al sentir que un fuerte rubor cubría su rostro y su cuello.

—Quiero poder encontrarme frente a frente con Sharan. Deseo rozar su mano con la mía, no con la mano de cualquier otro en cuya mente me haya introducido.

El pensamiento pasó inmediatamente a otros asuntos.

—He estado preguntándome si debe haber alguna forma en que yo pudiera darles ayuda técnica. Yo no comprendo las fórmulas de su nave. Todo lo que sé es que la propulsión depende de los sistemas alternos de referencia temporal. Ésta es la misma fórmula que fue empleada en nuestras naves, hace mucho, mucho tiempo. Como ya le dije, hay seis naves de éstas en el exterior de nuestro mundo. Descubrí unos micro libros cuyo contenido está más allá del alcance de mi entendimiento. Yo podría retener en mi memoria mapas de calles y tableros de control y luego, sirviéndome de su mano, dibujarlos para usted.

—Hay algunos problemas que todavía no hemos podido resolver —dijo Bard—. Podría usted intentar hacerlo.

—¿Qué desea que busque?

—La manera en que los mapas de astronavegación estaban coordinados con el salto del tiempo. Nuestros astrónomos y físicos matemáticos creen, en este punto, que una vez hecho el salto, se tardarán semanas haciendo observaciones y reorientando la nave. Están trabajando en algún método que extenderá el salto de tiempo como una hipotética línea a través del espacio desde el punto de partida hasta el nuevo sistema de tiempo. Entonces las coordenadas de esta línea hipotética, usando opuestos grupos de estrellas como puntos de referencia, eliminarían la duda desde el

mismo instante de partida, orientados ya en la nueva posición.
¿Comprende?

—Sí. Veré si puedo descubrirle cómo lo hicieron en el pasado.

El guardián se le acercó más y le puso la mano en el hombro. Su expresión era respetuosa, pero su mano parecía de hierro.

—Señor, ha estado hablando en voz alta.

La presencia extraña se apartó de su mente. Bard sonrió al guardia.

—Le agradezco su aviso, Robinson. Estaba haciendo prácticas del dictado de una carta importante que tengo que escribir después del almuerzo.

Robinson pareció poco convencido. Bard dejó la servilleta al lado del plato.

—Iré con mucho gusto a la oficina de la doctora Inly, Robinson, pero...

—Creo que será lo mejor, señor. Las órdenes son muy estrictas, señor.

Todos los presentes volvieron sus cabezas para observarles cuando abandonaron el local, con la fuerte garra del guarda todavía castigando el brazo de Bard. Pudo oír el zumbido de la conversación cuando la puerta se cerró tras ellos. Se dirigieron hacia la oficina de Sharan. Y las sirenas de alarma empezaron a sonar.

Bard se soltó de la mano de Robinson y corrió con todas sus fuerzas hacia el centro de comunicaciones, a unas setenta yardas. Las sirenas quedaron convertidas en un apagado sonido al atravesar la puerta del edificio. El hombre que ocupaba el tablero de comunicaciones, pálido por el violento esfuerzo, miró a Bard y dijo:

—De la nave, señor. Adelante.

—¿Quién es? —preguntó Bard.

La voz que le respondió era metálica.

—Shellwand. En la nave. Acabamos de encontrar un guardia en el nivel G, cerca de la protección, tendido y frío, señor. Estamos tratando de hacer salir a todos los que están en la nave, señor.

—¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos, señor, hasta... ¡Está empezando a temblar, señor! ¡Todo tiembla!

El receptor empezó a recoger la resonancia y ruido bronco. El hombre del tablero de comunicaciones cortó la conexión. Todos lo oían ya. Una vez oído, no podía olvidarse jamás. Bard Lane lo había oído muchas veces.

Era como el tenue retumbar de un trueno lejano al otro lado de las colinas, combinado con miles de voces masculinas, cantando una nota sostenida en desacuerdo.

Era la canción de los hombres que tratan de alcanzar las estrellas. Era la resonante furia de la fisión, poco antes de la detonación instantánea. En Hiroshima había sido como un latigazo estruendoso del destino lo que había brindado una nueva época al hombre. Ahora era aparejado, controlado, dirigido, guiado.

Bard Lane dio la vuelta y salió de la habitación. Con el hombro dio contra la puerta. No sintió el dolor. Salió hacia el espacio abierto y se quedó mirando fijamente hacia el *Beatty One*.

El estruendo se hacía cada vez más fuerte. La llama blanquiazul lamía ya las aletas de la nave. Cuando el vasto sonido se hizo aún mayor el *Beatty One* emergió hacia arriba, saliendo de la tienda de camuflaje. Se elevaba con dolorosa lentitud, con la pesadez de cualquier bestia prehistórica. Atravesó la tienda, ganando poco a poco velocidad, arrancando la tienda de las torres, deslizándose a través de ellas, incendiándola con la llama de su cola. Ahora la llama de un blanco insoportable era dos veces tan alto como la nave.

La base de una torre, reblandecida por el calor, quedó fija y la torre empezó a inclinarse lentamente hacia el norte, sin aumentar la velocidad en su caída, sino tendiéndose suavemente contra el suelo. Al ir elevándose, pudo observarse reflejado por el sol el contorno plateado de la nave. Aún en medio del desespero que llenaba su corazón, el horror y el gran shock de fracaso, Bard Lane

sentía y reconocía el fuerte sentido de pavor ante la extraordinaria belleza de la nave.

El estruendoso ruido de la nave se tornó en algo más agudo mientras el *Beatty One* iba elevándose en el cielo. Alto y más alto. Una estela de vapor. Y más alto todavía. Luego se inclinó lentamente, como había supuesto, ya que faltaban por instalar todavía las placas de estabilidad de 20 megohmios. Trazó una brillante parábola, tan limpia como si hubiera sido dibujada en un papel. El ruido que producía parecía que tendría que reventar los tímpanos de los que estaban presenciando aquel horrible espectáculo. Estaba aproximadamente, según Bard pudo calcular, a unas quince o veinte millas de distancia. Seguía oyéndose aquel estruendo aún después de la explosión que llenó de luminosidad flameante más de la mitad del cielo, cesando luego bruscamente. El aire les azotó con fuerza y la tierra pareció trepidar como si se acercara algún camión. Al final les llegó el ruido gutural de la explosión interna. Luego el silencio. Una nube oscura alzándose en forma de hongo hacia el cielo azul. En el aire se veía todavía un poco del rastro de vapor que la nave había dejado tras de sí.

Bard Lane dio un par de pasos hacia el bordillo, se sentó y ocultó el rostro entre las manos. Cerca de allí, un edificio de madera ardía por completo. Los motores zumbaban todavía, las sirenas pareciendo ridículas comparadas con el recuerdo del gemido del *Beatty One* agonizante, (un mosquito tratando de gritar más que un águila). Alguien apoyó su mano en el hombro de Bard Lane. Éste levantó la cabeza y vio el rostro serio de Adamson. Las lágrimas habían dejado la huella de su paso por las polvorientas mejillas.

—Nick, yo... yo...

La voz de Adamson era áspera.

—Tomaré un equipo de emergencia y veré lo que ha sucedido al estrellarse. Si tenemos suerte, lo encontraremos a unas cinco millas del poblado. Será mejor que hables por radio, Bard, y digas algo. Luego creo que debes anunciarlo al personal adscrito.

Adamson se alejó, andando con paso firme.

Se dirigió hacia su oficina. El guardián había abandonado voluntariamente su misión. El personal del proyecto estaba en la calle, formando pequeños grupos. De dos, tres o cuatro a lo sumo. Hablaban en voz baja. Grandes silencios. Le miraron rápidamente al verle pasar. Entró en la oficina. Bess Raily estaba sentada en su mesa, con la frente apoyada en la mano, sobre la máquina de escribir. Sus huesudas espaldas se agitaban, aunque ella no hacía ningún ruido.

Tras haber avisado a Sachson y a Washington por radio, obtuvo un circuito para el personal en cada amplificador de zona.

Habló lentamente.

—Aquí Lane. No sabemos lo que ha sucedido. Tal vez no lleguemos a saber jamás quién ha sido el responsable. Estarán ustedes preguntándose por sus respectivos trabajos. Dudo muchísimo que se nos ofrezca una segunda oportunidad. Pasado mañana tendremos efectuadas las liquidaciones para la mayoría de ustedes. Algunos empleados del laboratorio para los informes de mercancías y rutinarios permanecerán aquí durante algún tiempo. La lista de aquellos que sean necesarios será colocada en el tablero de noticias mañana por la tarde. Otra cosa. No tengan la sensación que debido a lo que acaba de suceder, todo lo que hemos estado haciendo ha sido perder lastimosamente el tiempo. Hemos aprendido muchas cosas. Si no se nos da la oportunidad de emplearlas, alguien lo hará, antes o después. Todos los empleados deberán personarse en seguida a los relojes de control para retirar sus respectivas tarjetas. Entréguelas, por favor, a míster Nolan. Míster Nolan, una vez haya tenido el tiempo necesario para revisar todas las tarjetas, enviará a alguien para retirar las innecesarias. Doctora Inly, por favor, venga a informar a mi oficina. Benton, cerque con cuerdas la zona afectada e infórmeme luego. Todos aquellos que hayan perdido objetos personales en las barracas consumidas por el fuego, que tengan la amabilidad de rellenar las

correspondientes hojas de reclamación. Pueden obtenerlas y pedir instrucciones en el despacho de contabilidad de miss Mees. Brainard, disponga equipos de trabajo para encargarse de la torre que ha caído fuera de la zona. El club será cerrado esta noche... Y... no sé cómo expresarme correctamente para decirles lo que pienso, pero quiero dar las gracias a cada uno de ustedes por la devoción y lealtad tan extraordinaria que han demostrado siempre. Gracias.

Cerró la conexión. Sharan estaba de pie en el umbral. Se acercó hacia su mesa.

—¿Querías verme?

Le sonrió con aire sumamente cansado.

—Gracias, Sharan.

—¿Por qué?

—Por ser lo suficientemente inteligente para no empezar a lamentarte, a decirme cuánto lo sientes, a decirme que no es culpa mía, y todas esas cosas.

Sharan se sentó, dejando descansar una de las piernas encima del brazo del sillón.

—No hay nada que decir. Nuestro buen compañero que dice llamarse Raul ha cogido a uno del grupo y nos ha partido. Imagino que al otro lado del mundo alguien debe sentirse muy satisfecho.

—¿Dónde irás, Sharan?

—Encontraré otro hueco donde colocarme. Tal vez al Pentágono, para testificar los complejos de Edipo de los segundos tenientes del capitán del cuartel. Algo curioso. Pero ahora tengo un "hobby".

—¿"Hobby"?

—Descubrir cómo han podido ejercer esa hipnosis a larga distancia. Hay pocas personas en las que pueda confiar sin que luego de escuchar mi historia no me tomen por loca.

—Pero no vas a irte inmediatamente. Tengo miedo. Habrá una investigación. Nosotros tendremos los papeles estelares. Tú, yo, Adamson, Leeber, Kornal y algunos más. Observa la gran pista del

circo, doctora Inly. Oigo a los tigres que rugen pidiendo comida. Paga tu entrada y entra a ver las siete maravillas del universo.

Un frente tormentoso avanzaba desde el norte. El día era inesperadamente húmedo y bochornoso. En la sala de conferencias del general Sachson se habían adicionado sillas extras. Dos muchachas aburridas estaban sentadas en una pequeña mesita situada junto a las ventanas, para tomar las anotaciones de lo sucedido en la reunión mediante las máquinas taquigráficas. La puerta había sido cerrada dejando afuera a los sufridos reporteros y fotógrafos, Bard Lane ocupaba el sitio de los testigos. Tenía los sobacos mojados, mientras sentía la boca seca, con un gusto metálico.

El senador Leedry sonreía mientras hablaba. Su voz de barítono era alternativamente como un escalpelo o acariciante.

—Aprecio sus intentos de explicar las cuestiones técnicas de forma que nosotros los pobres hombres profanos en esta materia podamos comprenderlo, doctor Lane. Créame, lo apreciamos, pero creo que no somos lo bastante inteligentes. Por lo menos, yo. Ahora, si no es demasiada molestia, ¿querría volver a explicarnos su *teoría* del accidente?

—Los A-6 emplean lo que ellos llaman, en el ejército, radiación elástica. La defensa actúa también como inhibidor. Cuando actúan, las píldoras son suministradas a la cámara CM, para la combustión. La cámara CM utiliza los principios antiguos para realizar el empuje. Los controles del A-6 no habían sido instalados todavía. No hay posibilidad de un accidente en la transferencia de las píldoras hasta la cámara conductora.

El secretario de Defensa, Logan Brightling, se aclaró la garganta para interrumpir.

—¿Cómo es que el *Beatty One* estaba equipado con todo ese material del A-6 antes de ser instalados los controles?

—A pesar de los inhibidores, las píldoras generaban un calor considerable. El *Beatty One* tenía un método eficiente para utilizar

este calor por energía autocontrolada —continuó dando sus opiniones—. Por esto —concluyó— hemos supuesto que la cámara propulsora fue suministrada con algunas píldoras más de las que habrían sido llevadas normalmente de una vez por el transportador, y por esto suponemos que no ha sido un accidente del transportador.

Leedry curvó los labios.

—O sea, doctor Lane, que quiere usted darnos a entender que alguien entró en... ese infernal centro de radiación y sabotó la nave.

Bard se removió en su silla.

—No puedo ver otra respuesta. Cinco segundos después de quedar abierta la sección de almacenaje, no habría la menor esperanza de vida pasados los siguientes veinte minutos, cualquiera que fueran los tratamientos que se aplicaran. Quien lo intentara sacrificaría su vida inútilmente. En la nave se hallaban en aquel momento doce técnicos, además de los doce guardias que les vigilaban, de acuerdo con las nuevas disposiciones de seguridad establecidas por mí desde cuatro días antes del accidente. Evidentemente, el saboteador fue más listo que su guardián. El operario del ascensor así como dos obreros más que se hallaban demasiado cerca de la nave perecieron, resultando en total veintisiete bajas. Una gran sección de la cubierta de camuflaje cayó en llamas sobre una empleada de la oficina de contabilidad. Murió ayer a causa de las quemaduras sufridas. O sea, que en total son veintiocho las víctimas.

El general Sachson se inclinó hacia Leedry, murmurándole algo al oído. Leedry no cambió de expresión. Dijo:

—Doctor Lane, ¿tendría la amabilidad de pasar a la otra mesa, por favor, durante unos minutos? Doctora Inly, ¿tiene la bondad de acercarse?

Leedry dejó transcurrir algunos segundos. Sharan ocultó la rapidez de su pulso, el enfermizo nerviosismo que le daba a su boca

un sabor metálico.

—Doctora Inly. Usted ha declarado previamente respecto a sus obligaciones y a las reglas de trabajo que cubrían tales obligaciones. Por lo que yo entiendo sus disposiciones eran que cualquier empleado sometido a observación en una cama del hospital debía permanecer internado, como mínimo, un período de siete días. Sin embargo, de acuerdo con sus informes, encontramos que el doctor Lane fue puesto en observación y dado de alta después de transcurridos tres días tan sólo. Creo que debe usted tener alguna explicación para ese cambio en sus normas.

Se oyó el zumbir de las conversaciones en murmullo por la habitación. El presidente de la Junta tuvo que llamar al orden a los asistentes.

Sharan se mordió los labios.

—Vamos, doctora Inly. ¡Seguramente sabrá usted por qué ordenó que se diera de alta al doctor Lane!

—Descubrí que... la prueba que me había hecho suponer en un principio que el doctor Lane no se hallaba bien... no era lo que me había pensado.

—¿Es verdad que usted ha sido bastante amiga del doctor Lane? ¿No es cierto que han estado con frecuencia juntos y solos? ¿No es cierto que entre los demás empleados del proyecto corrían rumores acerca de sus relaciones que parecían algo más... íntimas de lo normal entre profesionales? —Leedry se había inclinado en su sillón, para dar más énfasis a sus preguntas.

—Me ofenden sus deducciones, senador.

—Limítese a responder a mis preguntas, doctora Inly.

—El doctor Lane es un buen amigo mío. Nada más que eso. Con frecuencia estábamos juntos y con frecuencia discutíamos qué curso de acción sería el mejor para el proyecto.

—¿De veras? —preguntó Leedry.

—Senador, considero esa línea de investigación tan edificante como garabatear en la pared del lavabo.

—Está usted alterando el orden —exclamó el presidente—. Siéntese, por favor.

—Prepárese de nuevo, doctor Lane —dijo Leedry—. Le necesitaremos dentro de breves momentos, doctora Inly.

Bard ocupó el puesto de testigo otra vez. Leedry esperó a que sus compañeros dejaran de hacer comentarios.

—La doctora Inly es muy atractiva, ¿verdad? —le preguntó a Bard en tono jovial.

—Es una psicóloga competente —respondió Bard.

—Oh, indudablemente. Ahora veamos, doctor Lane. Ayer tomamos testimonio de alguno de los supervisores del hospital. ¿Puede usted explicarnos cómo es que fue usted visto haciendo el amor a una joven enfermera llamada Anderson?

—¿Puedo preguntar qué es lo que está usted intentado probar? —preguntó Bard. Su voz era baja.

—Será un placer decírselo, doctor Lane. Puedo responderle fácilmente. Doctor Lane, usted es un hombre muy famoso. Es muy joven para la enorme responsabilidad que le ha sido confiada. Ha malgastado usted la fruslería de más de mil millones de dólares. Dinero que ha salido de gente que trabaja para vivir. Seguramente sentía usted el peso de esa responsabilidad. Ahora respóndanos a esta pregunta, doctor Lane. Durante el período de tiempo desde que usted permitió a William Kornal regresar a sus obligaciones después de haber destrozado el equipo clave de control, ¿ha sentido sinceramente, alguna vez, que no era usted la persona adecuada para las responsabilidades que le fueron asignadas?

Bard Lane observó sus manos. Miró a Sharan Inly y vio que tenía los ojos humedecidos.

—Sí.

—¿Y sin embargo no presentó la dimisión?

—No, señor.

—Puede retirarse. Espere en la antesala. Por favor, tenga la amabilidad de acercarse, mayor Leebert. Tengo entendido que usted

estaba como observador desde el accidente de Kornal.

—En efecto, así es.

El mayor Leeber estaba sentado muy erguido en su silla. Cada pedazo de metal de su uniforme relucía como un pequeño espejo de oro. Su voz había perdido aquellas entonaciones perezosas. Era firme.

—¿Quiere usted darnos su opinión acerca de la capacidad como director del doctor Lane?

—Creo que será mejor que les repita verbalmente el informe que envié al general Sachson, tres días antes de ocurrir el "accidente". Me refiero al párrafo tercero de mi informe: "Parece que el doctor Lane está más indicado para realizar la supervisión del trabajo técnico en el campo de investigaciones y que no tiene ni temperamento ni práctica para el trabajo administrativo que se requiere en el jefe de un proyecto como éste. La informalidad que reina aquí es indicadora de la carencia de disciplina. El doctor Lane ha ido demasiado lejos con sus nuevas disposiciones de seguridad, detalladas más arriba, que permiten la fraternización entre personal superior y simples empleados oficinistas. El oficial abajo firmante recomienda encarecidamente que cualquier intento de llamar la atención a las personas en Washington que están en situación inmediata de ordenar una investigación en gran escala del proyecto, sería lo más adecuado."

Leedry se giró hacia Sachson.

—General, no es necesario que se moleste en venir hasta el banquillo. Díganos tan sólo qué hizo usted con el informe del mayor.

—Lo endosé, con mi aprobación de las conclusiones de Leeber, enviándolo por correo oficial, a través del Jefe de Coordinación al Comandante General de las Fuerzas Armadas. Supuse que sería discutido con el secretario de Defensa.

—Estaba sobre mi mesa, a mi atención personal, cuando se supo que el *Beatty One* había despegado prematuramente. Felicito

al general y al mayor Leeber por su participación en este asunto. Cuidaré de que esto figure en sus respectivos historiales.

Sharan Inly se echó a reír. Aquel ruido estaba fuera de lugar en la sala. La carcajada había sido tan estridente como el ruido del cristal.

—Caballeros, me divierten ustedes. El ejército ha estado resentido desde el principio contra el "Proyecto Tempo". El ejército opina que los intentos de viajes espaciales son absurdos, a menos que sean llevados en una atmósfera de formaciones de compañías, galones y compartimientos estancos. El doctor Lane ha sido atrapado precisamente en medio y será quien pagará los platos rotos. La triste verdad es que él posee más integridad en su dedo meñique de lo que el mayor Leeber ha sido capaz de ver —se giró hacia Leeber y le sonrió—. Usted en realidad es un hombrecillo más bien despreciable. Caballeros, todo este asunto me pone enfermo el corazón, y casi estoy a punto de enfermar de otra cosa. Voy a irme y ustedes pueden citarme por ultraje o para retenerme físicamente. Imagino que este último va más de acuerdo con sus procedimientos. Encantada de haberles conocido.

Pasó al lado del sargento que estaba en la puerta, que cerró suavemente cuando ella hubo salido.

—Déjenla ir —dijo Leedry—. Imagino que pasará mucho, mucho tiempo antes de que el Servicio Civil le designe empleo gubernamental. Y acaba de decirnos todo lo que necesitábamos saber. Su apasionamiento por Lane, y el efecto de ese apasionamiento en su juicio, es ahora cuestión de informe. Sugiero que consideremos esta conclusión. Mi opinión personal es que el "Proyecto Tempo" fracasó debido a la enorme negligencia e inestabilidad mental del doctor Bard Lane.

El general Sachson, puesto en pie, dijo:

—Si me permitiera el privilegio de hacer un comentario, senador...

—Naturalmente, general —dijo Leedry calurosamente.

—Encontraré en mi historial que hace dos años cuando estaba siendo considerado el "Proyecto Tempo", yo leí los informes y emití una opinión negativa. Esta mucha... es decir, la doctora Inly, dio a entender que el ejército había intentado bloquear el "Proyecto Tempo". Deseo negar tal alegación. Soy un soldado. Sigo órdenes. Una vez aprobado el "Proyecto Tempo", le di toda mi cordial colaboración. Las actas de las reuniones efectuadas con relación al proyecto están a su disposición como pruebas de esta cooperación.

"Sin embargo, y para ser honrado, debo confesar que desde un principio consideré el "Proyecto Tempo" como algo insensato. Creo que con persistencia, con la aplicación de la disciplina y el esfuerzo, conseguiremos conquistar el espacio de acuerdo con el plan trazado por el general Roamer hace dieciséis años. Primero debemos establecer una base adecuada en la Luna. La Luna es la primera piedra para ir a Marte y Venus. Caballeros, según la táctica militar, debe consolidarse primero la zona propia antes de dar un paso adelante. El "Proyecto Tempo" ponía la carretera varias millas delante del caballo. Los viejos métodos son los mejores. Los métodos conocidos y probados serán los verdaderos.

"¿Esa teoría de salto del tiempo es algo que puedan ustedes comprender, sentir o tocar? No. Es una teoría. Yo, personalmente, no creo que exista variación alguna. Creo que el tiempo es constante en todas partes, en todas las galaxias y en todo el universo. Lane era un soñador. Yo soy una persona activa. Ya conocen mi historial. Yo no deseo que este fracaso les haga volver la espalda a los vuelos espaciales. Necesitamos una base en la Luna. Desde una base en la Luna podemos observar la garganta de Panasia. Debemos conseguir esa base antes de que lo hagan ellos, y no disipar nuestros esfuerzos consintiendo las tonterías de algunos físicos de la nación. Gracias, caballeros.

Leedry inició el estallido de aplausos educado, pero entusiasta. El mayor Leeber se puso inmediatamente en pie y aplaudió con los demás.

Capítulo XII

Durante un incontable número de días, Raul Kinson permaneció sentado en una de las habitaciones de enseñanza, solo, muchos pisos por encima de los demás observadores. Con poca frecuencia, bajando a buscar algo de comida en una de las bandejas. Una vez encontró a Leesa. No la miró ni oyó lo que decía. Se daba cuenta vagamente de su presencia y sentía un tenue alivio cuando la veía alejarse.

Una vez y otra, y otra, había visto a través de los ojos de Bard Lane la horrible ruina del *Beatty One*, la ruina de sus esperanzas, la clara huella de la traición. Deseaba tener la garganta de Leesa entre sus dedos, aunque sabía que no podría matarla.

No soñaba. No deseaba proyectarse él mismo hacia la Tierra. Antes se había sentido avergonzado de los Observadores. Esta nueva vergüenza era más intensa aún que la anterior. Y poco a poco fue retornando a la vida. Hora a hora. En la tierra había habido una nave. Allí tenían seis. ¿Moriría un hombre si salía del edificio? ¿Si podía vivir, encontraría el camino en una de aquellas seis naves...?

Sabía dónde estaba la puerta. Si una vez fuera del edificio moría, no importaría a nadie.

Bajó a los pisos inferiores, mirando con frecuencia hacia atrás, para asegurarse de que nadie le seguía. Las habitaciones que se alineaban a lo largo del pasillo que conducían a la puerta contenían una serie de cosas extrañas que los demás no sabían para qué

servían. Extraños vestidos. Herramientas que no habían sido tocadas durante siglos...

Al fin llegó hasta la puerta. La parte superior estaba al nivel de sus ojos. Dos ruedas aparecían en la misma puerta. Tocó una de ellas. Se movió fácilmente. La giró con fuerza. Se movía sin hacer ruido, deteniéndose con un suave "click". Hizo lo mismo con la otra rueda. Miró hacia el corredor, y entonces cogió las dos ruedas. Respiraba entrecortadamente a causa de la excitación. Apretó suavemente. La puerta se abrió. Sabía lo que era el viento y el frío, pero siempre lo había sentido a través de un cuerpo extraño y ahora lo supo en su propia carne, al entrar el viento por la puerta abierta hacia el corredor. Supo que no podría resistir aquel frío. La arena le privaba de cerrar. El viento era como un cuchillo rasgando su carne, y la arena que iba amontonándose en la puerta entraba hacia el pasillo. Se arrodilló y sacó la arena con las manos. Al fin pudo cerrar la puerta. Al apoyarse contra la puerta cerrada empezó a dejar de temblar a medida que el calor entraba de nuevo en su cuerpo. Le parecía increíble que detrás de aquella puerta no hubiera otro pasillo, igualmente cálido.

Encontró los vestidos en la tercera habitación. Eran metálicos, de un verde oscuro. La parte interior era suave. Encontró uno grande, y se lo puso torpemente. Se sentía extraño. El cierre era difícil hasta que descubrió que se cerraba al juntar uno y otro lado, con un suave movimiento.

Protegido así contra el frío, fue sólo cuando volvió por segunda vez a la puerta que pensó en el peligro más evidente. Cuando cerrara la puerta permanecería cerrado hasta que la empujara de nuevo desde fuera. Pero si Jord Orlan o cualquier otro de los ancianos le siguiera, podía acercarse a la puerta y hacer girar las ruedas...

—¡Raul! —dijo una voz femenina a sus espaldas.

Se detuvo bruscamente. Se giró y vio a Leesa.

—Raul, debes escucharme. ¡Debes escucharme!

—No hay nada que tengas que decirme.

—Ya sé lo que piensas de mí. Te traicioné, Raul. Te di mi palabra y te traicioné. Tú sabes que fui yo quien destrocé la nave —se echó a reír de una forma extraña—; pero ya ves, no me di cuenta de que me traicionaba también a mí misma.

No se volvió. Seguía de pie, erguido, mirando fijamente el metal pulido de la puerta.

—He soñado muchas veces, Raul, tratando de encontrarle. He encontrado a Sharan Inly. Le dije lo que había hecho. Ella me odia, Raul. Pero después de mucho tiempo le he hecho comprender. Es... muy amable, Raul. Pero ella no puede encontrarle. Nadie sabe dónde se ha ido. Y yo debo encontrarle y decirle... por qué hice aquello.

Tras él oyó un extraño sonido. Un sonido tenue. Se giró. Ella había caído de rodillas y estaba llorando, cubriéndose el rostro con las manos.

—No te había visto llorar nunca, Leesa.

—Ayúdame a encontrarlo, Raul. Te lo pido por favor.

—Quiero que seas tú quien lo encuentres, Leesa. Quiero que tú veas, por ti misma, lo que le hiciste.

—Ya sé lo que le hice. Estuve en su mente una vez, Raul, después de haber sucedido —dijo ella, levantando la cara—. Fue... horrible.

—¿Cómo es posible, Leesa? ¿Recuerdas? Son sólo criaturas del sueño. No existen. Las máquinas son inteligentes. Las máquinas del sueño fabrican a Bard Lane para tu diversión especial.

—No sigas, por favor.

—No me digas, hermana, que has llegado a creer en la existencia de esas criaturas —dijo burlonamente—. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de idea?

Sus ojos estaban fijos en los de él. Había cierta dignidad en su persona.

—No puedo pensar como tú. Estuve en su mente. Supe sus pensamientos, sus recuerdos y sus sueños. Le conozco mejor que a mí misma. Pero es que resulta que no puedo seguir viviendo en un universo en el cual no está él. Y si él existe, los demás también. Tú tenías razón. Todos los demás están equivocados, tan equivocados como yo.

—¿Debo confiar ahora en ti?

—¿Hay alguna razón, ahora, para que no lo hagas?

La cogió de las manos y la hizo poner en pie, sondándole.

—Confiaré de nuevo en ti. Si me ayudas, tal vez podamos encontrarle de nuevo. Sé lo que sientes, Leesa, porque no puedo dejar de pensar o de recordar. Ella era...

—¿Sharan Inly?

Se apartó de ella.

—Sí, una cruel trampa para nosotros dos, Leesa.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Voy a salir hasta las naves. Voy a intentar subir a una de ellas. He aprendido algunas de las instrucciones de funcionamiento. Nuestras vidas estarán prácticamente agotadas antes de que la Tierra construya otra nave como la que tú destruiste. Estas naves de ahí tienen los mismos principios de aquélla. Subiré a bordo de una de ellas y trataré de ir a la Tierra.

Ella abrió mucho los ojos, asombrada.

—Pero...

—Ahí afuera puede hacer demasiado frío. Puedo morir. Puede que no quede en este planeta suficiente oxígeno. Si fracaso, entrarás en el segundo piso. Seleccionarás una herramienta que corta cables. La llevarás a la sala de las vitrinas para soñar. Empieza con las vitrinas que no se emplean. Ve cortando los cables uno por uno. ¿Comprendido?

—Entonces no le encontraré nunca.

—Será una buena cosa. Yo no deseo volver a Sharan dentro de un cuerpo extraño. Quiero ir y tocarla con mis propias manos,

mirarla con mis propios ojos. Nada puede ser mejor.

—Una de esas naves... después de tantos años... es increíble, Raul.

—He abierto la puerta. Creo que podré vivir ahí fuera. Ayúdame. Espérame aquí. Tengo que poder regresar. Si viniera alguien, debes evitar a toda costa que toquen estas ruedas de la puerta.

—¿Comprendes?

—Sí.

Salió por la puerta y la dejó abierta. La vio estremecerse al recibir el impacto del viento. Bajó la cabeza y empezó a andar. Ella cerró la puerta. Él tenía que respirar de prisa y profundamente. El frío atravesaba hasta los huesos y la arena le escocía en los dorsos desnudos de las manos y en las mejillas. Andando determinado hacia las naves, escondiendo una mano debajo del brazo mientras con la otra se protegía los ojos. Cuando la mano que le servía de visera empezó a helársele, cambió de mano. Volvió a mirar hacia las naves y vio que se había desviado un poco hacia la izquierda. Corrigió su dirección y prosiguió el camino. Cien pasos más. Las naves parecían estar a la misma distancia. La próxima vez que miró estaban ya más cercanas. Y entonces, jadeante, vio nuevos detalles de su construcción. Se giró de espaldas al viento y contempló su mundo tan lejano. Más alto que las naves, se alzaba aquel edificio. Paredes lisas, pálidas, alcanzando una altura vertiginosa.

Luchó contra el deseo de regresar. Prosiguió el camino. Tras él, el viento barría sus huellas. Las naves eran cada vez mayores. Una de ellas estaba ligeramente ladeada. Nunca se había dado cuenta de su verdadera dimensión, ni de la distancia que las separaba una de la otra. Los últimos cien pies fueron más fáciles porque la nave más próxima le protegía de la fuerza del viento. La superficie de metal era completamente lisa. No había forma de entrar en la nave. En absoluto. Dio la vuelta sollozando de frustración. Metal liso. Dio dos vueltas completas a la nave, observando atentamente. Tenía los dedos de las manos tan helados que no sentía siquiera el contacto

del metal. A través de la llanura, el alto mundo blanco parecía observarle en medio de un silencioso regocijo.

Tropezó y cayó pesadamente, quedando casi aturdido por el golpe dado contra un lado de la nave. En el suelo, trató de recobrar la energía necesaria para ponerse nuevamente en pie. La nave estaba a pocas pulgadas de él. Quedó tenso. En el metal distinguía una hendidura angular, demasiado bien hecha para ser accidental. Se sentó con las piernas abiertas, como los niños sobre un montón de arena, y ahondó con manos que parecían garrotes. La grieta crecía, girando en ángulo recto en lo que podía ser una puerta cuadrada. Empezó a reír mientras profundizaba, enérgicamente, con fuerza, por encima del aullido del viento.

Dejó de ahondar y acarició dulcemente la nave, dedicándole palabras cariñosas. Y ahora se sentía mucho mejor. Muchísimo mejor.

Se puso de pie con la dignidad de un borracho. Hermosa nave. Le llevaría a la Tierra. Para ver a Sharan.

Raul se giró. No necesitaba ir a la Tierra a fin de cuentas. Allí estaba Sharan, de pie, sonriéndole. No le importaba el viento. Ella era muy agradable también. Avanzó hacia la mujer, que retrocedía molestandamente. Sus pies no dejaban huellas en la arena.

—¡Sharan! —exclamó él roncamente, perdiéndose su voz en el aire—. ¡Sharan!

Levantó sus insensibles piernas intentando correr torpemente. Ella seguía escapándose, retrocediendo hacia el blanco mundo cálido que él había abandonado. Esperaba que Leesa estuviera vigilando. Así también podría ver a Sharan. Ahora Sharan se había ido. No podía encontrarla. Corrió y tropezó, cayendo cuan largo era. No estaba en condiciones de poder ponerse nuevamente en pie. Se encontraba demasiado bien. Tan calentito. La arena se amontonaba a su lado izquierdo, y al fin iba salpicándole la parte posterior de su cuello con un toque suave que parecía una caricia.

Capítulo XIII

Sharan Inly miró con desagrado la estrecha calle. El hombre de la agencia torció en la curva y se detuvo. Estaba anocheciendo y las luces empezaban a brillar.

El hombre de la agencia señaló el lugar llamado "Joe's Alibi".

—Estará ahí, señorita. ¿Quiere que vaya a sacarle de un tirón? No es un lugar para una muchacha, y él no se encontrará en forma para venir voluntariamente.

—Entraré —dijo ella.

—Será mejor que vaya con usted, pues. Necesitará ayuda con él.

—Si tiene la amabilidad —dijo ella.

El hombre de la agencia miró a los chiquillos andrajosos que correteaban por allí, cerrando cuidadosamente el coche antes de cruzar la calle con ella.

Oyeron la risa ruda al cruzar la calzada. La risa y los murmullos cesaron cuando Sharan empujó la puerta y entró en el local. Una vez dentro se giró hacia el hombre de la agencia.

—No está aquí —dijo con el corazón deprimido.

—Eche otra mirada, señorita —dijo.

Miró al hombre que estaba sentado tras una mesa, con la silla apoyada contra la pared. La barbilla hundida hasta el pecho. Dormía. Su delgado rostro quedaba semioculto tras la poblada barba y el cuello abierto de su camisa estaba muy sucio.

Sharan se acercó rápidamente a la mesa.

—¡Bard! —exclamó suavemente—. ¡Bard!

—¿Ése es su nombre? —dijo el mozo del bar—. Nosotros le llamamos profesor. Podría decirse que es como una especie de mascota. ¿Quiere que le despierte?

El corpulento mozo salió de detrás del mostrador, se acercó a la silla de Bard, le cogió por la parte delantera del traje, lo levantó sin esfuerzo alguno y le dio un bofetón con la mano abierta. Resonó como el disparo de una pistola.

—Tómelo con calma, amigo —dijo el hombre de la agencia.

Bard abrió trabajosamente los ojos.

—Ahora escúchenle actuar —dijo el mozo—. Profesor. ¿Puede oírme, profesor? Cuéntenos algo de los marcianos.

Con un tono ronco, profundo, Bard dijo:

—Vienen a nosotros desde un lejano planeta y se apoderan de nuestras almas. Llenan nuestras mentes con espíritus malignos y nos conducen a oscuros abismos. Nunca se sabe cuándo vienen. Nadie lo sabe. Debemos estar en guardia.

—¿Estupendo, eh? —dijo el mozo, sonriendo.

Sharan apretó los dedos, mientras daba un paso hacia el mozo.

—Apártese de él —murmuró.

—Claro, señora. No pretendo hacerle daño.

Bard la miró a los ojos. Arrugó la frente.

—¿Qué quieres?

—Ven conmigo, Bard.

—Me gusta estar aquí. Lo siento —murmuró.

El hombre de la agencia dio la vuelta por detrás de ella. Cogió a Bard por la cintura, levantándolo. Bard dio algunos tirones, pero el otro lo obligó a andar, tambaleándose, hacia la puerta. Sharan les seguía.

—Cuida del profesor, bombón —dijo uno de los clientes.

Sharan se ruborizó. La habitación volvía a estar llena de risas.

Abrió el coche y el hombre de la agencia colocó a Bard en el asiento. Tan pronto estuvo sentado, quedó dormido. Iba entre el

hombre de la agencia y Sharan.

—Huele un poco fuerte, ¿eh? —dijo el hombre de la agencia.

Sharan no respondió. La pensión estaba en la siguiente manzana de casas. Era un edificio escabroso, lleno de conocimiento del diablo y del fantasma de las orgías.

—Segundo piso, al frente —dijo el hombre de la agencia.

Despertó a Bard. Parecía atontado. Ya no protestaba. Sharan les siguió, al dirigirse hacia el piso, mientras el hombre de la agencia subía las escaleras delante de ella sosteniendo a Bard con un brazo. La puerta estaba abierta. La habitación era pequeña, estaba sucia, y mal iluminada.

—¿Quiere que me quede para ayudarle, señora? —preguntó el hombre.

—Gracias. Ya me las arreglaré de ahora en adelante —dijo ella—. Y gracias otra vez.

—Tenga cuidado. Algunos se portan un poco desabridamente cuando se trata de despejarles.

Se había derrumbado en el estrecho lecho. Roncaba. Sharan cerró la puerta y cogió la llave, cuando salió. Al cabo de una hora estaba de regreso con una muda completa de ropa nueva que le iría bien. Encendió la luz y limpió un poco la habitación. El baño estaba al otro lado del salón. No había ducha. Sólo una bañera.

Los zapatos de Bard estaban rotos. No llevaba calcetines. Los tobillos estaban sucios. Sacó las cosas de afeitar y la ropa nueva en el cuarto de baño.

Entonces vino la pesadilla de despertarle, de verle abrir los ojos vagamente, en el rostro grisáceo. No parecía conocerla ya. Sostuvo más de la mitad de su peso al ayudarle a cruzar la habitación. No podía valerse por sí solo. Se sentó en el taburete con la espalda apoyada en la pared dejándose desnudar, como un chiquillo. Ponerle dentro de la bañera fue el mayor proyecto de ingeniería que pueda imaginarse, y entonces tuvo que esperar hasta que el agua fría le despabiló lo suficiente para estar segura de que no se

ahogaría. Salió y regresó con un cuarto de litro de café caliente. Bard lo bebió y la miró con un poco más de comprensión.

—¡Bard! Escúchame. Aséate y vístete.

—Sí, sí —murmuró él.

De vez en cuando ella se acercaba de nuevo a la puerta del cuarto de baño y escuchaba. Le oía moverse por la habitación. Más tarde le oyó usar la maquinilla. Metió la ropa vieja en una bolsa de plástico de las que le habían dado con la ropa nueva.

Al fin él entró lentamente en la habitación. Se sentó con prisa, cubriéndose con manos temblorosas los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

—Corrompido, Sharan.

—Tienes más café a tu lado. Será mejor que tomes un poco.

A pesar de sostener el recipiente con ambas manos vertió un poco de café caliente.

—No has encontrado una respuesta muy buena, ¿verdad? —dijo ella.

—¿Es que hay alguna?

—Abandonarse no es una buena solución.

—Por favor. Deja de darme la lata. Estaba descartado.

—Todos tenemos carne de mártir, Bard.

La miró fijamente. Sus ojos estaban hundidos, inanimados.

—Me dejaron bien. Me colgaron el cascabel a mí, nena. Ningún laboratorio del país quería saber nada conmigo. Ya lo sabes. Tenía algún dinero ahorrado. Tenía que demostrárselo a todos. Entrevisté a algunas víctimas de accidentes, las que sospeché que habían sufrido la intervención de alguien del grupo de Raul. Grababa sus palabras en una cinta magnetofónica. Ya sabes la expresión más corriente: "No sé lo que se ha apoderado de mí", decían. Traté de interesar a un periódico. Hablaron muy amablemente mientras enviaban a buscar a los loqueros.

—Ya me enteré de eso, Bard —dijo ella suavemente.

—Buen artículo, ¿eh? Alegre como un infierno.

—Hace un mes que no has salido en los periódicos. El público tiene mala memoria. Se han olvidado de ti.

—Es un consuelo.

—¿Te sientes mejor ya?

La miró fijamente.

—Doctora Inly, el paciente rehúsa todo tratamiento. ¿Por qué no emplear sus conocimientos en cualquier otro lado?

—No seas niño. Termina de beber el café. Vamos a que te corten el pelo y a comer... así, por este orden.

La sonrisa de Bard fue un poco agria.

—¿Y a santo de qué merezco yo tanta atención?

—Porque te necesitan. No te pongas a la defensiva, Bard. Limítate a hacer lo que te digo. Luego te explicaré.

Estaba oscureciendo. Se hallaban en un reservado de un tranquilo restaurante. Los ojos de Bard estaban algo más brillantes y sus manos no temblaban apenas. Dejó la taza de café a un lado, encendió un cigarrillo para Sharan y otro para él, y dijo:

—Vamos, ya es hora de que hablemos, Sharan.

—Hablares de una premisa equivocada, Bard. Nosotros supusimos que un invento hipnótico operaba desde el otro lado de este mundo destruyendo el *Beatty One*. Después de que aquéllos me dijeron delicadamente que podía largarme y que ya me avisarían si había alguna vacante, recibí... nuevas comunicaciones. Una vez desaparecido el *Beatty One* no parecía haber razón para ello. Me burlé de su fantasía de un mundo extraño. Me burlé de nuestro amigo Raul y de su hermana. Les costó mucho tiempo. Metí en ello a Lurdorff. Es demasiado egocéntrico para pensar siquiera en su propio desequilibrio. Y ahora él cree también. "Ellos" son lo que dicen ser.

La miró fijamente, sin expresión.

—Continúa.

—Todo lo que nos ha dicho parece ser cierto. Fue la muchacha la que destruyó la nave. Se apoderó del técnico del A-6 llamado

Machielson. Le hizo golpear al guardia. Y lo demás sucedió aproximadamente como tú supusiste. Bard, ¿recuerdas la vez que te dije que desearía enamorarme de ti?

—Sí.

—Alguien que no fui yo lo hizo. La mujer del otro, digamos, mundo. Lo descubrió demasiado tarde. Ella creía que nosotros no éramos más que imágenes de sus sueños. Ahora ella, igual que Raul, está convencida de que somos una realidad. Los procesos lógicos de la mayoría de las mujeres son más bien extraños. Ella y su hermano han estado ayudándome a encontrarte. Les hablé de las agencias de investigación y de lo caras que eran. Al día siguiente un hombre me paraba en la calle entregándome todo el dinero que llevaba en la cartera, prosiguiendo en seguida su camino. Luego otro, y después otro. De esta manera ha solucionado Raul la cuestión monetaria. Y así te hemos encontrado.

Bard aguantó el cigarrillo en la mano. Rió suavemente.

—Una especie de negocio a gran escala, ¿eh? Raul identificó su planeta como cercano a Alfa de Centauro. Si me da una imagen de lo que es actualmente su mundo, mi enamorada tiene un cráneo mondo y reluciente y el cuerpo de una niña de doce años. Difícilmente puedo esperarla.

—No bromees, Bard —dijo ella acaloradamente—. Te necesitamos. Si hemos de mantener la promesa que hicimos en el *Beatty One*, debemos ayudarnos.

—Comprendo. Raul ha conseguido que un billón de personas nos entregue cada uno un dólar y luego podremos empezar a trabajar.

Ella se puso rápidamente en pie y apagó el cigarrillo, aplastándolo contra el cenicero.

—De acuerdo, Bard. Creía que querías ayudar. Lo siento. Me he equivocado. Me alegro de haberte vuelto a ver. Buena suerte —dio la vuelta, dispuesta a irse.

—Vuelve aquí y siéntate, Sharan. Discúlpame.

Ella vaciló y volvió a sentarse.

—Pues escucha. De todos los hombres de este planeta, tú eres el que está más enterado de los problemas relativos a la actual utilización de las fórmulas del *Beatty One*. Algún hombre olvidado en el planeta de Raul perfeccionó esa fórmula hace unos trece mil años, antes de que se hiciera el *Beatty One*. Raul consiguió llegar hasta las naves de las que te hablé. La primera vez estuvo a punto de morir. Cuando ya hacía mucho rato que estaba afuera, Leesa salió tras él y consiguió hacerle regresar antes de que se muriera de frío. Ha estado en una de las naves una docena de veces. Cree que está todavía en buenas condiciones de funcionamiento. Ha activado algunas partes, el aprovisionamiento de aire, el calor interior. Pero por lo que a los controles se refiere, tú eres el único que puede ayudarle. Está desconcertado.

—¿Cómo puedo ayudarle?

—Hemos hablado de eso. Él puede servirse de tu mano para dibujar, de memoria, la posición exacta de cada tornillo y mando, junto con los símbolos que aparecen en ellos. Si el principio es el mismo, de lo cual está prácticamente seguro, tú podrás descubrir la mayoría de aplicaciones lógicas de cada control.

—Pero... mira, Sharan, la fatalidad de nuevo contra mí. Son tremendos. La más pequeña equivocación y les dejo perdidos en el espacio, o en llamas al despegar. O suponte que nos encuentra. Suponte que atraviesa nuestra atmósfera a diez mil millas por segundo y aterriza en Central Park o en el distrito Loop de Chicago.

—Está deseando correr ese riesgo.

Ella le dejó pensar sin interrumpirle. Él trazó varias líneas sobre el mantel con la uña pulgar.

—¿Qué se ganaría?

—¿Qué se habría ganado con el *Beatty One*? Y tú lees los periódicos, ¿verdad? Misteriosa explosión de una gasolinera. Padre que mata a su familia compuesta de seis personas. Un desfalcador del Banco arroja dos millones al fondo del lago Eire. Amiga de un

novelista enterrada viva. Accidentes de automóvil en pleno mediodía en las calles atestadas de gente. Siempre hemos considerado estas cosas como algo inexplicable, Bard. Hemos hablado mucho acerca de conductas irracionales, desequilibrio temporal, de qué forma la mente humana pierde el equilibrio sin previo aviso. ¿No son cosas que valen la pena de ser estudiadas, aun cuando haya tan sólo una posibilidad contra un billón? Las religiones han nacido de las fantasías que los Observadores han inculcado en las mentes de los hombres. Las guerras han empezado para divertir a aquellos que se han imaginado que nosotros éramos simplemente imágenes que daban el aspecto de realidad a sus sueños, gracias a una extraña máquina.

De nuevo silencio. Sonrió.

—¿Cuándo empezamos?

—Hemos de trazar un sistema de tiempo coordinado. Sus "días" son más largos que los nuestros. Tendremos que ir a mi casa. Esperan que vaya contigo para poder ponerse en contacto. Esto será más rápido que tener que buscar cada vez. Tardaremos una hora en llegar allí.

Tenía una "suite" en un hotel. Dormitorio y salita de estar. Físicamente en la habitación había dos personas. Mentalmente eran cuatro. Bard estaba sentado en un cómodo sillón. Sharan estaba de pie junto a la ventana.

A través de los labios de Bard, Raul dijo:

—En esta discusión por partida cuádruple, tendremos que expresar todos los pensamientos en voz alta. ¿Cómo lo haremos para identificarnos?

Sharan dijo:

—Habla Leesa. Raul, cuando tú o yo hablemos levantaremos la mano derecha. Esto servirá.

Todos estuvieron de acuerdo. Bard sintió que su mano derecha se levantaba sin la intervención de su voluntad consciente.

—Sharan y Leesa, en la mente del doctor Lane encuentro todavía algunas dudas. Parece desear ir con nosotros, pero permanece aún un poco escéptico.

Dejó caer la mano.

Bard dijo:

—No puedo evitarlo. Y admito también cierta animosidad. Leesa, según tengo entendido, arruinó el "Proyecto Tempo".

Sharan levantó la mano derecha.

—Sólo debido a que por aquel entonces yo no comprendía aún. Créeme, Bard. Por favor. Tienes que creerme. Comprende, yo...

La mano derecha de Bard se levantó y Raul dijo:

—Leesa, no tenemos tiempo para esa clase de cosas. No me interrumpas. Quiero dibujar el tablero de instrumentos al doctor Lane.

Bard Lane sintió que la presión le forzaba la mano a coger el lápiz. Rápidamente, un dibujo de un extraño tablero de instrumentos empezaba a tomar forma. En la parte superior había lo que parecían ser diez diales cuadrados. Cada uno estaba calibrado verticalmente, con un cero en el medio, valores superiores arriba, y menores debajo del punto cero. El indicador estaba descansando en el punto cero. Debajo de cada dial había lo que parecían ser dos pulsadores, uno encima del otro. Raul murmuró:

—Ésta es la parte que no puedo comprender. He podido descifrar el resto de los controles. El más sencillo es el de la dirección. Una diminuta copia de la nave está montada en una barra en el extremo de una conexión vertical. La nave puede ser girada manualmente. De lo que he colegido en las instrucciones de los manuales, la réplica se coloca en la posición deseada y la nave por sí sola sigue tal indicación, y al hacerlo así, la réplica retrocede lentamente a su posición neutral. Sobre los diez diales hay una pantalla tridimensional. Una vez se acerca a un planeta, el planeta y la nave se ven aparecer en la pantalla. Cuando la nave se acerca más a la superficie, la escala se hace más pequeña para que

aparezcan en la pantalla los detalles del suelo. El aterrizaje consiste en colocar la imagen de la nave suavemente contra la imagen de la superficie del planeta. Tal maniobra es aparentemente parecida a la del *Beatty One*. Pero no hay palanca de control para ello. Hay unos diafragmas que hay que colocar a cada lado de la laringe y la velocidad es controlada por medio de la intensidad con la que se pronuncia el sonido de una cierta vocal. He probado esta parte de la nave haciendo sonar la vocal tan suavemente como pude. La nave se estremeció. Creo que el propósito es permitir al piloto el control de la nave aun cuando la presión le prive de levantar siquiera un dedo. Me creo capaz de despegar con la nave y aterrizar de nuevo. Pero a menos que pueda comprender los diez diales puestos debajo de la pantalla tridimensional, es obvio que no puede emprenderse viaje alguno.

La presión se desvaneció. Bard dijo:

—¿Has tratado de descubrir los detalles de cables detrás de los diales?

—Sí. No puedo comprenderlo. Y es tan complicado que retener en la memoria una parte de los mismos y transmitírtelos a ti, nos llevaría por lo menos un año de los vuestros para poder completarlo, y aun entonces no podríamos estar seguros de la exactitud de mis datos.

—Números mayores y menores, ¿eh? ¿Cómo es vuestra equivalencia numérica? ¿Vuestras matemáticas son equivalentes a las nuestras?

—No. Vuestro intervalo es el diez. El nuestro es el nueve. La más sencilla comparación posible sería decir que vuestro valor de veinte es la segunda tecla de nuestra tercera serie.

—O sea, que los nueve valores superiores e inferiores a cero cubren una serie completa de series. Soy siempre prudente en juicios repentinos, pero estos diales me recuerdan, inequívocamente, la columna de respuesta de algún aparato computador. Con diez diales y sólo los valores superiores, podrías

llegar a nuestro equivalente de un billón. Añadiendo los valores inferiores, puedes realizar una serie de valores verdaderamente tremenda. Los números aprovechables podrían ser computados como un billón multiplicado por novecientos noventa y nueve millones, novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y nueve. La navegación emplea siempre coordenadas conocidas. Supón, por un momento, que la relación entre el futuro y pasado está expresada en más y menos. Supón aún más que eso, que utilizando los variables sistemas de referencia temporal, es necesario cruzar, como máximo, diez líneas de tiempo para llegar a la estrella más distante, la estrella que, desde vuestra posición, es equidistante, no importa en qué lugar inicies la salida. Ahora, para cualquier estrella próxima, habrá una ruta preferida. Será una dirección supuesta. Cruzarás los sistemas de referencia en un punto supuesto. Así, tus controles estarían colocados de forma que pudieras aprovecharlos, hasta la mínima fracción de un segundo, de tu más y menos, o con mayor probabilidad, de sus desvíos hacia el futuro o al pasado. Esto nos daría un número índice, empezando a partir de tu posición, para cada estrella, no un número índice fijo, sino un número que, ajustado a la fórmula, permita un movimiento orbital y un movimiento galáctico, que te dará la situación de los controles. Una de las incógnitas de la ecuación es el valor presente del tiempo en vuestro planeta. No, espera un minuto. Si yo diseñara los controles usaría la medición por radiación del tiempo para más seguridad, haciendo trabajar los controles con la fórmula de modo que pudiera usarse siempre el número referencia de la estrella patrón.

—Tendrá que ser así. Han pasado siglos desde que mantuvimos algún dato del tiempo transcurrido.

—Los pulsadores de debajo de los diales serían el medio de fijar la situación. El pulsador superior, cada vez que lo impulsaras, alzaría tu indicador una ranura más. El pulsador inferior haría caer, uno cada vez, los valores inferiores. El número final, colocado en los

diales, te llevaría a través del espacio hacia la estrella escogida. Sería el tipo de control más sencillo que podría haber sido usado en las fórmulas del *Beatty*, mucho más simple que la que nosotros hubiéramos empleado. Mas, para usarlo, debes encontrar en alguna parte, probablemente en la nave, un manual que te dará una lista de los valores de las estrellas.

Bard Lane pudo sentir la excitación en los pensamientos de Raul Kinson.

—Hace mucho tiempo, tal vez tres años vuestros. Posiblemente más. Encontré unos libros impresos en finas placas metálicas. No tenían ningún significado para mí. Grandes números bicolores. Era difícil leerlos comparado con los microlibros. Recuerdo el dibujo de la cubierta: un diseño estilizado de una estrella y un sistema planetario.

—Esto será lo que necesitas, pero déjame aclarar una cosa. Si yo me equivoco en lo de los controles, y si tú emplearas una situación errónea, probablemente no podrías nunca más ser capaz de encontrar ni la Tierra ni tu planeta otra vez. Puedes pasar cuarenta vidas buscando, con las mismas posibilidades de encontrarlo que encontrar dos motas de polvo determinadas en la atmósfera de este planeta. Asegúrate de que deseas de verdad correr ese riesgo.

Leesa dijo suavemente:

—Estamos completamente seguros de desearlo, Bard.

—Pues encontrad esos libros. Estudia sus números. Fíjate si corresponden a los diales. Mira si puedes determinar nuestro número índice de dudas. Y luego ponte de nuevo en contacto conmigo.

La presión en su mente se desvaneció rápidamente. Antes de que desapareciera por completo, Bard pudo captar un pensamiento muy débil:

"El sueño está terminándose."

Estaban los dos solos en la habitación. Sharan dijo suavemente:

—¿Puede hacerlo? ¿Puede venir aquí?

Bard se puso en pie y se dirigió hacia la ventana. Al otro lado de la calle una pareja andaba bajo la luz cogidos de la mano.

—¿Cuál es el parecido de ella? ¿Cómo son sus pensamientos?

—Como los de una mujer.

—¿Cuándo volverán?

—Mañana a medianoche.

—Estaré aquí.

Diez de los hombres más adultos estaban reunidos en las habitaciones de Jord Orlan. Estaban sentados muy tiesos y sus ojos brillaban. Le había costado mucho tiempo a Jord Orlan transportarles al punto deseado.

—Nuestro mundo es bueno —cantaba él.

—Nuestro mundo es bueno —respondieron todos al unísono, los instintos semiolvidados renaciendo otra vez.

—Los sueños son buenos.

—Los sueños son buenos.

—Y nosotros somos los Observadores y sabemos la Ley.

—Sí, sabemos la Ley.

Orlan, con los brazos extendidos y los puños apretados, añadió:

—Y ellos pondrían fin a los sueños.

—... fin a los sueños.

Las palabras tenían un sonido triste.

—Pero ellos serán detenidos. Los dos. Los de los cabellos negros que son unos extraños entre nosotros.

—Serán detenidos.

—He tratado, hermanos míos, de mostrarles el error de sus caminos. He intentado enseñarles los caminos de la Verdad. Pero ellos proclaman que los tres mundos son realidad.

—Orlan lo ha intentado.

—Yo no soy un hombre vindicativo. Soy tan sólo un hombre justo. Conozco la Ley y la Verdad. Ellos han salido a la nada, al

vacío que nos rodea, para contemplar los mundos en que soñamos. La muerte será una caridad.

—Una caridad.

—Arrojémoslos, hermanos míos. Ponedlos en el tubo de la muerte. Dejemos que se deslicen hacia la oscuridad y caigan por siempre a través de la oscuridad. Yo lo he intentado todo y he fracasado. No podemos hacer nada más.

—Nada más.

Se movieron lentamente hacia la puerta, apresurando luego el paso. Más de prisa. Jord Orlan quedó quieto y oía el ruido de sus pasos y el rumor de sus voces. Se habían ido. Se sentó pesadamente. Se sentía muy fatigado. Y no sabía si había hecho lo más prudente. Era demasiado tarde para tener dudas. Y sin embargo... Arrugó la frente. Había un defecto básico en todo el proceso mental. Si afuera era la nada, ¿cómo habían podido salir y regresar? El haber podido hacerlo así significaba que la nada era "algo". Y si esto era cierto, las fantásticas creencias de Raul Kinson merecían cierto crédito.

Pero si Raul Kinson era creído, toda la estructura de sus propias creencias se desvanecía, oscurecía. Era una tristeza tener que vivir tanto tiempo en medio de tanto confort con los pensamientos de uno, y luego tener esa diminuta flecha amarga de la duda ahondando tu alma. Trató de librarse de ella. Posiblemente el espía se había equivocado.

Se encontró bajando a los pisos inferiores, con gran apresuramiento. Encontró la puerta. No le costó mucho encontrar el secreto de los resortes de las ruedas de la puerta. Dejó la puerta abierta. El viento azotó sus mejillas. Miró al exterior. Las seis naves se levantaban erguidas hacia el enorme sol rojo. La arena se amontonaba a sus pies. Cogió un puñado. Cerró la puerta contra el viento y apoyó la frente contra el metal. Estuvo un rato sin moverse. Se giró y deshizo el camino que había hecho.

Seis hombres tenían cogido a Raul. El rostro de Raul mostraba la furia que sentía, y por encima de los rumores de los captores, Jord Orlan podía oír el crujir de los músculos de Raul al intentar librarse de los que le apresaban. Cuatro de ellos estaban luchando también para contener a la muchacha. La tenían sujeta horizontalmente, dos a los pies y dos a la cabeza. Su túnica había caído a un lado. Cuando Jord Orlan se les acercó, aquéllos se iban con ella hacia el tubo, hacia la negra boca oval, tropezaron y cayeron con ella.

—¡Deteneos! —exclamó Orlan.

—¡No! —gritaron los captores.

—¿Queréis que su muerte sea demasiado fácil? El tubo es la muerte fácil. Su pecado es enorme. Deben ser arrojados al vacío, al exterior y morir allí.

Vio la duda pintada en sus rostros.

—¡Es una orden! —dijo con firmeza.

Y con Orlan a la cabeza, se dirigieron hacia los pisos inferiores, hacia la puerta. Los cautivos no se movían ya.

Orlan detuvo a los captores en un ángulo del pasillo.

—Dejadles ir hacia la puerta solos. Yo iré con ellos. Si vosotros miráis a la nada vuestros ojos y vuestra mente quedarían destrozados. Me reuniré con vosotros cuando les haya dejado.

Aquéllos sentían odio y cólera, pero el miedo era más fuerte. Esperaron sin poder ver nada. Jord Orlan anduvo con Raul y Leesa.

En voz baja les dijo:

—He visto los extraños vestidos. Los necesitaréis para aventuraros a salir.

—¿Qué está tratando de decirnos? —preguntó Raul.

—Que... que hay cosas en nuestro mundo que no comprendo. Y antes de morir deseo comprenderlas... comprenderlo todo. No creía que las naves estuvieran ahí hasta que las vi con mis propios ojos. Ahora yo comparto vuestro pecado. Mis creencias han ido

debilitándose. Si podéis alcanzar otro mundo, entonces... —Se giró—. Daos prisa.

—Venga con nosotros —dijo Leesa.

—No. Aquí me necesitan. Si vuestras herejías resultan ser ciertas, mi pueblo necesitará alguien que se lo explique. Mi sitio está aquí.

Salieron y Orlan cerró la puerta cuando ellos estuvieron ya al otro lado de la puerta, reteniendo por un minuto la imagen de las dos figuras avanzando contra la furia del viento, con las seis naves al fondo. Regresó junto a aquellos que le estaban esperando y les dijo tranquilamente que ya estaba todo hecho.

Capítulo XIV

Las placas iluminadas de la sala de control producían una luz suave. El aire entraba a través de los diminutos orificios produciendo un sonido parecido a un suspiro interminable.

Toda la sala de control estaba montada en el centro de la nave. En una de las paredes, había una hilera de camas. En la otra parte estaban las despensas, tanques de agua, equipo sanitario.

Leesa se tumbó en un banco y él sujetó con las tiras de tela todo su cuerpo, vendando con fuerza. La última venda le sujetaba la frente.

Ella le miró a los ojos.

—¿Estamos realmente a punto?

—Hemos de estarlo. Y te haré una confesión. Si no hubiera sucedido todo esto, lo habría intentado solo, sin ti.

—Tal vez —dijo ella suavemente— esto no sea más que otro sueño, Raul. Un sueño más inteligente. ¿Podrás encontrar la Tierra?

—Sé el número de la Tierra. Seguiré los consejos de Bard Lane. Y entonces, pronto lo sabremos.

—Prométeme una cosa.

La miró.

—¿Qué?

—Si estamos equivocados. Si no existen más mundos, o si nos perdiéramos, quiero morir. Rápidamente. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

Se acercó al tablero de control. Su colchoneta de piloto estaba puesta sobre raíles, de modo que, una vez en su sitio, podía deslizarse hacia delante bajo el tablero vertical y encajarse en el lugar debido. Ató sus tobillos y su cintura y se tumbó para mirar los controles. Puso en funcionamiento la pantalla tridimensional. Allí estaban las seis naves, el alto mundo blanco, la arenosa llanura y las colinas. Abrió el libro y echó una última mirada al número de referencia de la Tierra, aunque hacía mucho tiempo que lo sabía de memoria. Puso la tecla del número diez, seis valores superiores y cuatro inferiores, en los diez diales, comprobándolo otra vez. La copia de la nave estaba en posición neutral. Sólo entonces ató firmemente los diafragmas a su garganta. Colocó las bandas alrededor de su cabeza, y luego deslizó los brazos dentro de sus bandas.

Tan suavemente como pudo emitió el sonido de una vocal. La nave se estremeció, tembló. En la pantalla la diminuta imagen se movía lentamente hacia arriba, hacia arriba. Ahora la popa estaba tan alta como las puntas de las otras naves. Reforzó el tono de la vocal y la nave réplica siguió en el centro de la pantalla, el planeta se alejaba cada vez más empezando a ver la curvatura, disminuyendo de tamaño la blanca torre que había sido su mundo.

Aumentó una vez más el tono de la vocal. Un peso enorme presionaba su boca abierta, penetrándole hasta el vientre, cegándole por la presión ejercida sobre sus ojos. Oyó, a gran distancia, el gemido de dolor de Leesa. Dejó de producir ningún sonido. La presión fue cesando lentamente. Estaba atontado. Su planeta se había convertido en algo del tamaño de un puño, estaba en la esquina derecha de la pantalla y la imagen de la nave se había convertido en una brillante mota contra la oscura pantalla.

Sacó un brazo, ligero, de las ataduras, pulsando uno de los botones laterales de las pantallas. Su planeta desapareció de la pantalla y, para probarlo, hizo que la imagen de la nave se hiciera mayor. Ajustó los controles hasta que estuvo mirando hacia adelante

desde la misma popa de la nave. El vasto disco del Sol estaba delante. Movi6 la mano hacia la nave r6plica haci6ndola girar un arco de noventa grados hacia la derecha. Y el Sol desapareci6 de la pantalla, movi6ndose la r6plica de la nave hacia la posici6n neutral, lentamente. La pantalla mostraba distantes puntos de luz contra la total oscuridad. Empez6 a hacer el sonido de la vocal otra vez, aumentando cada vez los l6mites de duraci6n, descansando luego en silencio mientras la nave corri6, sin ruido, a trav6s del vaci6. Comprendi6 que cada vez que produc6 el sonido de la vocal, incrementaba m6s la velocidad de la nave. Al final, fuera cual fuera la intensidad de su sonido, comprob6 que no hab6a alteraci6n de velocidad ya que seguramente hab6a alcanzado el l6mite m6ximo.

As6 era.

En alguna parte, hacia adelante, la conjunci6n del tiempo tendr6a efecto. No sab6a d6nde. Ni sab6a cu6nto tardar6a.

Capítulo XV

Habían pasado cuatro medianoches, Bard y Sharan habían esperado cada vez tres horas. La cita no se había realizado. Nada había entrado en sus mentes, cantando alegremente al reunirse. Durante las primeras tres noches, Bard y Sharan estuvieron alegres, riendo demasiado fácilmente.

Después de aguardar tres tensas horas habían llegado a la cuarta noche, Bard miró a Sharan.

—Él me dijo que su actitud era considerada en su mundo como una herejía, Sharan.

—¿Por qué no han venido? ¿Por qué?

—Lógicamente podemos hacer dos suposiciones. Una, que han sido castigados, quizás han muerto en manos de su propia gente. Y dos, que han emprendido ya el viaje.

Sharan tenía la boca crispada.

—¿Y si hubiera una tercera posibilidad?

—¿Que se tratara de un juego del que se hubieran cansado? ¿Que no tenían habilidad para continuar? ¿Lo crees así, en realidad?

Su sonrisa era débil.

—No lo creo. ¿No es extraño que les conozcas tan bien, no habiéndoles visto?

—No tanto. Puesto que hemos compartido los pensamientos. No, teniendo en cuenta que son dos... almas, si podemos emplear esta palabra, compartiendo el mismo cerebro, Sharan. Les debemos

algo. Les debemos la suposición que estaban forzados, en cierto modo, a iniciar el viaje. No sé cuánto pueden tardar. Tal vez un mes. Ahora imagina lo que podría suceder si una nave de esa descripción aterrizara aquí o en Panasia. Cohetes interceptores les rodearían inmediatamente. Dispararían primero y luego harían preguntas. Nuestros amigos se verían, en pocos segundos, rodeados de un halo blanquiazul y una lluvia de partículas radiactivas. ¿Lo has pensado?

Sharan se llevó la mano al cuello.

—¡No! ¡Oh, no!

—Mira, Sharan. Según Raul y Leesa, el resto de los Observadores creían aún que podían visitar los otros tres planetas a través de las máquinas del sueño, que estaban solos en el universo. ¿Cuál es el egoísmo predominante del hombre? Que su planeta es el único habitado, su raza el *summun* de vida del universo. Por esto cualquier nave desconocida puede sólo ser la nave de una nación enemiga de ese mismo planeta.

—¡O sea que no tiene salida!

—Nosotros hemos de tomar una determinación para ayudarles, Sharan. Hemos de hacer que la Tierra sepa, sea como sea, que están viniendo. Se reirán de nosotros, pero aún así, y si Raul y Leesa se encuentran de viaje, ello puede significar que en el momento crucial, alguien puede decidirse a no apretar el botón. Desearía que hubieran venido una vez más a nuestras mentes. Habría intentado avisarles, decirles cómo entrar en órbita quedando fuera del alcance de los cohetes, y cómo darse a conocer. Ahora entrarán directamente.

—¿Y si no vienen nunca, Bard?

—Seremos el hazmerreír del siglo. ¿Te importa?

—En realidad, no.

—Debemos empezar por relatar el verdadero final del "Proyecto Tempo". Primero tendremos que hablar con Bill Kornal. El doctor Lurdorff nos ayudará a convencer a Bill.

—Es un juego endiablado, amigos. Aun cuando logremos narrar la historia de forma que tenga el máximo interés para la prensa, radio, televisión y todo lo demás. Esto significa que nosotros cuatro habremos de poner las cartas boca arriba frente a alguien que no sólo tenga cierta influencia, sino que además posea una mente fácilmente receptiva de cosas de éstas. Y míster X tendrá que arreglárselas para seguir con el juego. ¿Se te ocurre alguna idea?

—Eso suena como si tuviera que ser alguien del gobierno.

—O un columnista de gran renombre y con muchos lectores. Veamos. Pelton, no. No creo que pudiéramos entendernos con el *Trimball*.

—¡Oye! ¿Qué te parece Walter Howard Path? Tiene su columna y un espacio en la televisión. Es uno de los que reanimó el asunto de los platillos volantes hace varios años y que protestó por que las Fuerzas Aéreas no había facilitado los verdaderos datos. Me entrevistó después de salir de aquella conferencia. Me pareció amable, y la entrevista publicada fue por lo menos algo amistosa.

—Me parece que hemos dado con nuestro tipo, Sharan. Aquí está el teléfono.

—¿Tan deprisa?

—¿Cuánto tiempo tenemos para desperdiciar? ¿Lo sabes?

Sharan empezó a llamar. Eran casi las cuatro de la madrugada. Diez minutos más tarde Walter Howard Path estaba al aparato, hablando desde su oficina, donde vivía en Nueva York.

—¿Doctora Inly? Oh, sí, la recuerdo muy bien, doctora.

—Míster Path, ¿le interesaría tener la historia exclusiva de lo que sucedió con el "Proyecto Tempo"?

Hubo un largo silencio.

—Doctora Inly, no me sentiría demasiado interesado. La historia no sería demasiado buena, y además de ese proyecto hace mucho tiempo que nadie habla.

—Suponga que puedo mostrarle pruebas de que el "Tempo" fue objeto de sabotaje mediante intervenciones de otro planeta, míster

Path.

—¡Oh, vamos, doctora Inly!

—Por favor, no cuelgue. A mi lado hay alguien que desea hablar con usted.

Bard cogió rápidamente el teléfono.

—Mister Path, aquí Bard Lane. Si le interesa esta historia le sugiero que coja el avión y venga a vernos. No tenemos mucho tiempo que perder. Sé que los superlativos son a veces desagradables. Pero ésta, míster Path, es la mayor historia de éste o cualquier otro siglo.

—¿Cuál es su dirección?

Walter Howard Path era un hombre delgado, extraordinariamente alto y algo cargado de espaldas, mejillas hundidas y ojos inquietos. Con las manos hundidas en los bolsillos, estaba contemplando la calle a través de la ventana, dando la espalda a los cuatro que le contemplaban en silencio. La conferencia había durado cinco horas.

Walter Howard Path se había mostrado enfadado durante una hora por lo que creía simple artimaña, incrédulo durante dos horas más, resentidamente intrigado durante la cuarta hora, y oscuramente asustado a partir de entonces.

Sin girarse dijo:

—Aún cuando la adaptación sea muy buena. Aun cuando esto sirva de respuesta a tantas y tantas preguntas de este planeta nuestro tan loco y violento. Pero la gente no *querrá* creer esa clase de cosas. Y los que lo acepten serán las personas caprichosas, los culteranos, los tipos del crónico fin-del-mundo.

La cinta magnetofónica había sido cerrada. Walter Howard Path volvió a la mesa pequeña. Les sonrió débilmente.

—Bueno, me parece que tengo que lanzarme. Hoy es miércoles. Lo lanzaré el domingo en mi columna y en el programa de televisión del domingo por la noche. Será mejor que nos escondamos en un buen agujero y nos tapemos los oídos.

"Aquí Melvin C. Lynn, con el boletín de noticias patrocinado por Wilkin's Mead y por los laboratorios Wilkins, donde se desarrolla el secreto de la felicidad.

"Esta noche, queridos oyentes, voy a facilitarles un diferente programa de noticias. Hoy un colega, Walter Howard Path, ha lanzado una historia más bien asombrosa. Está considerado como algo ético, dentro de nuestro campo profesional, no mezclarse nunca directamente con un competidor. Sin embargo, su informador de Wilkin's Mead cree llegado el momento de que alguien le de un puntapié a míster Path.

"Intento informarles honrada y sinceramente de las noticias. A veces puedo haberme dejado engañar por una mentira. A todos nos sucede. Pero nunca he sido culpable de perpetrar una. Míster Path tiene un enorme auditorio, mucho mayor que el mío. Su responsabilidad para ese auditorio es también enorme. Sin embargo, las noticias normales no parecen satisfacer a nuestro míster Path. Ustedes recordarán, sin duda, su exhumación de la mentira del platillo volante hace varios años. Posiblemente aquel sensacionalismo añadió algunos lectores y oyentes más a los que ya tenía. Y me temo que fueron demasiados. Y que aún perduran.

"Esta vez, sin embargo, Walter Howard Path se ha pasado de la raya. Todos ustedes recordarán el escándalo del "Proyecto Tempo". Un tal doctor Bard Lane, físico, fue destituido de su cargo por incompetencia. Había protegido a un técnico, un tal William Kornal, que había cometido sabotaje en el proyecto. Se rumoreó la existencia de una intriga entre el doctor Lane y la doctora Inly, apetitosa joven siquiátra del proyecto. En la catástrofe final, resultaron muertas veintiocho personas, debido al prematuro despegue de la nave. Para los informadores honrados, no hubo ya más noticias que facilitar.

"Ahora vayamos a examinar lo que ha hecho Walter Howard Path. Se ha rodeado de un grupo de personas un tanto malsanas. El doctor Bard Lane, desacreditado físico. La doctora Sharan Inly,

siquiatra "atractiva". Míster William Kornal, técnico que no fue considerado culpable de criminal sabotaje. El doctor Heintz Lurdorff, hipnotizador y supuesto siquiatra. Tengan presente que, con la posible excepción de Lurdorff, los otros tres tienen toda clase de razones para sus premeditadas actividades.

"Estas cinco personas han urdido la más fantástica historia que pueden oír estos fatigados y viejos oídos. ¡Hipnosis a larga distancia desde otros planetas! ¡Personas como nosotros que llegan hasta aquí en ondas mentales, o algo así, y nos obligan a hacer todo lo que ellos quieren! Recuérdeme emplear a esos "marcianos" la próxima vez que tenga que darle una excusa a mi esposa por llegar tarde a casa. Ahora veamos cómo ajusta todo perfectamente. Éste es un país maravilloso, oyentes. No importa cuan disparatada sea una historia, si puedes encontrar quien la crea.

"Vayamos a comprobar y ver los posibles resultados, si se le permite a Walter Howard Path emplear el poder de la prensa, radio y televisión para propagar ese cuento increíble. El doctor Bard Lane será exonerado, en las mentes de los necios, de mala administración, negligencia y preocupación de la linda Sharan, en lugar de su trabajo. Sharan Inly se convertirá en la suprema sacerdotisa de un nuevo culto, y probablemente lo hará muy bien, naturalmente, financieramente hablando. El doctor Heintz Lurdorff conseguirá alguna publicidad que le favorecerá. William Kornal podrá decir: ¿Lo ven? Yo no lo hice. ¡Fueron los marcianos!

"¿Y qué de Walter Howard Path? Publicidad sin precedentes en una historia que ninguno de nosotros tocará. Aquí está el toque de gracia, sin embargo. Él dice que dos personas extrañas, de esas que se apoderan de nuestras mentes haciéndonos hacer lo que quieren, vienen hacia aquí, en persona, en una nave espacial, ¡por los clavos de Cristo! Una pareja. Hermano y hermana. Raul y Leesa Kinson. Su informador de Wilkin's Mead se pregunta cuánto tiempo le habrá costado a míster Path inventarse esos nombres. ¿Han jugado alguna vez a anagramas? Tomen ese nombre, Leesa Kinson.

Empleen sus las letras. Pueden hacerse dos palabras. *Non sense*. Dejando cuatro letras, a-l-k-i, prácticamente una palabra vulgar prehistórica referente al alcohol. ¿Hasta cuándo seguirá Walter Howard Path facilitándonos quimeras desde el fondo de la botella? ¿Hasta dónde llegará esa mentira suya?

"Su informador de Wilkin's Mead les deja con esta preocupación. ¿Cómo es posible que una emisora de televisión responsable o un publicista igualmente responsable aloje en su casa a un hombre irresponsable como Walter Howard Path y siga proclamando que trabaja en interés del público?"

"Noticias recibidas a través de Associated Press: Ayer por la mañana una persona resultó muerta y otras tres heridas de gravedad en un desorden producido en Benson, Georgia. La riña tuvo lugar entre los fieles de un nuevo culto que pasan horas enteras en las cumbres de las colinas vigilando la llegada de la mítica nave espacial de Walter Howard Path, y un destacamento de la policía local de Georgia. Los del nuevo culto se llaman "Kinsonianos".

Instrucciones de Policía n.º 7112

Sección de Relaciones Públicas

Fuerzas Armadas

1. No teniendo ningún deseo en prestar especial atención a los cargos infundados respecto al "Proyecto Tempo" por medio de ninguna declaración formal de rechazo, todo el personal deberá abstenerse de hacer cualquier clase de comentario ante los representantes de la prensa.

2. Todo el personal militar directamente relacionado con el "Proyecto Tempo" ha sido destinado a nuevas misiones siendo trasladados inmediatamente fuera de los límites continentales de los Estados Unidos, hacia nuevos destacamentos donde la posibilidad de tales entrevistas es prácticamente improbable.

3. La posición oficial en este asunto, para ser anunciada más tarde por un locutor seleccionado, es que a la luz de la corriente tensión mundial es de dudoso valor para el esfuerzo nacional que la masa histórica sea incitada hasta tal punto que el absentismo industrial es de un valor sin precedentes.

4. Todos los oficiales y EM que profesen públicamente cualquier grado de confianza en el Kinsonianismo y, que al ser avisados, persistan en tales creencias, serán considerados descalificados para el trabajo.

"¡Y ahora, señoras y caballeros, espectadoras de la televisión, les brindamos a ustedes esa maravilla de la estratosfera, ese hombrecillo que *no ha llegado* en una nave espacial, ese Yum-Bubble (mastíquelo, es bueno), ese cómico Willy Wise! ¡Eh, Willy! ¿Qué sucede, Willy? La cámara está allá arriba, no en el techo.

—No me molestes, Harry. Estoy vigilando por si veo esa nave espacial. ¿Quieres ganar un millón de pavos, Harry?

—Ahí está la diferencia entre tú y yo, Willy. Yo necesito un millón de pavos.

—Ríete otra vez y lo que necesitarás será un empleo. ¿Sabes lo que debemos hacer? Frotarte el cuello con linimento, apuesto que hay más tortícolis en este país que corbatas.

—Willy, por favor, mira a las cámaras. Tienes un invitado esta noche. Es una dama.

—Otro cualquiera puede seguir vigilando por si llega la nave esa. Hola, bombón. ¿Cómo te llamas?

—Sharan Riley, mister Wise.

—Bonito nombre, Sharan. ¿Tienes alguna tía, o medio hermana, o algo así llamada Sharan Inly?

—Oh, no. Ella es famosa.

—Vaya, pongamos una teoría, señores. ¿Qué les parece ésta? ¿Han visto ustedes alguna vez una imagen de Sharan Inly? Aquí va cómo sucedió todo. Ella se encuentra con ese tipo, Bard Lane. Ese

tipo le gusta. Le echa sus amorosos brazos alrededor de su cuello y... ¡Repámpanos! Desde aquel mismo instante, señores, el doctor Lane ha estado viendo naves espaciales, marcianos y hombrecillos verdes. ¿Quién puede echarle la culpa al chico? Hasta aquel instante, seguramente no había apartado nunca su nariz de un mechero bunsen, o lo que sea que emplearan en los laboratorios.

"Hoy, en Albany se ha proclamado un decreto por el que se anuncia como ilegal cualquier discurso público en favor del Kinsonismo. Los críticos han protestado diciendo que tal orden va en contra de la libertad de palabra.

"El Gobierno defiende su acto basándose en que el Estado de Nueva York está sufriendo una reducción en el abastecimiento de comida, energía y otros productos necesarios, a causa del absentismo de los Kinsonianos. El gobernador declara que los Kinsonianos parecen presentir que la llegada de la extraña nave espacial será, en cierto modo, sinónimo del fin del mundo. Otros Estados esperarán con interés la decisión de los tribunales sobre la legalidad de la nueva medida."

Capítulo XVI

El atardecer del domingo oscureció lentamente la calle. Bard Lane se apartó de la ventana. La "suite" de Sharan se había aumentado con dos "suites" que se comunicaban. Bess Reilly había sido hallada, y no fue muy difícil convencerla para que volviera a trabajar con el doctor Lane.

El teléfono de encima de su mesa sonaba sin cesar. Sharan y Lurdorff estaban jugando a los naipes, mientras Kornal, tendido en un diván, dormía plácidamente con las manos entrelazadas sobre la cintura.

—¿Qué les pasa? —preguntó Bard—. Están ahí parados en medio de la calle mirando hacia estas ventanas.

Heintz Lurdorff sonrió.

—Debes ir acostumbrándote a ser el sumo pontífice de lo que prácticamente es una nueva religión.

—Me ponen nervioso —dijo Bard—. ¿De qué estaba hablando?

—Eres el hombre más honrado y al propio tiempo el más detestado de toda América, Bard —dijo Sharan—. Te ofrezco el once de espadas, Heintz.

—Siempre tienes las mejores cartas —dijo Heintz, doloridamente.

—Sea como sea —dijo Bard—, hemos de seguir. Estamos haciendo lo que nos propusimos. Casi odio pensar en lo que sucederá cuando y si esa nave aterriza. No sé por qué todo esto... ha excitado de este modo la fantasía pública. ¿Lo sabes tú, Heintz?

—Naturalmente. La Humanidad ha deseado siempre un flagelador. Tú les has proporcionado uno. Lo aman. Ese gobernador de Nevada ha ayudado.

—Investigando los casos de asesinatos insensatos y perdonando a la gente. Me extraña.

Kornal bostezó al despertarse. Miró su reloj.

—Es casi la hora de la emisión de nuestro favorito, ¿eh?

Bard puso en marcha el televisor. La pantalla se iluminó en seguida. Cuando el sonido empezó a funcionar pudieron oír al anunciador de Walter Howard Path en la pantalla:

"... lamento anunciarles que Walter Howard Path no podrá aparecer como tenía por costumbre. Míster Path ha sufrido una crisis debida al exceso de trabajo que ha venido realizando últimamente, por lo que se le ha concedido un permiso indefinido para restablecerse. Este programa será realizado por Kinsey Hallmaster, distinguido informador y periodista. Míster Hallmaster.

Míster Hallmaster sentado tras su amplia mesa sonreía con suficiencia a los televidentes. Con sus parpadeantes ojos y los dientes delanteros ligeramente proyectados hacia fuera parecía un castor feliz.

—Me siento muy honrado por haber sido elegido para realizar este programa semanal. Sin embargo lamento que míster Path no pueda venir ante ustedes como acostumbraba. Le deseo cordialmente una rápida y total recuperación.

"Mi primera obligación es leerles la declaración preparada por míster Path.

"Con ustedes, Walter Howard Path, informándoles que acabo de recibir información adicional respecto a la nave espacial que se ha venido suponiendo que..."

—¡Suponiendo! —exclamó colérico Bard.

Los otros le hicieron callar.

"... y estos investigadores, pagados de mi propio bolsillo, me han traído la información adicional que me lleva a creer que yo, como

tantas personas del público, hemos sido engañados por Lane, Inly, Lurdorff y Kornal. Tengo ante mí, entre otras muchas cosas, la declaración firmada del propietario de una taberna que declara que durante un período de tres semanas el doctor Lane, en una condición de embriaguez constante, daba discursos en su taberna relativos a las llamadas visitas mentales desde el espacio. Sinceramente lamento haberme dejado engañar. No hay nave espacial. Ni hay Observadores. El hermano y la hermana extraplanetarios no son más que productos de la imaginación de Lane, Inly, Lurdorff y Kornal. A todos aquellos de ustedes que a través de la honrada equivocación se han convertido en Kinsonianos, les rogamos que tengan presente que todo ha sido debido a la desacostumbrada credulidad de su informador, Walter Howard Path."

Hallmaster dejó el documento a un lado, entrelazó las manos y las apoyó encima de la mesa.

—Ya han visto ustedes —dijo—. La salud de míster Path se ha resentido al descubrir que había sido miserablemente engañado. Tengo pocas palabras que añadir respecto a este asunto. De fuentes oficiales bien informadas en Washington, estoy autorizado para decir que se trata de un asunto un poco más siniestro de lo que se supone.

"Sabemos, como hecho absoluto, que Inly, Lane Lurdorff y Kornal estaban... podríamos decir, financieramente puestos en un aprieto dos semanas antes del desafortunado apoyo de míster Path en su relato fantástico. Ahora se encuentran en situación de poder gastar libremente el dinero, viviendo en costosas "suites" de hotel, empleando mecanógrafas, etc. Este dinero no proviene de míster Path. ¿De dónde pues?

"Presten atención. Supongan que esta nación tuviera que ser atacada. Los cohetes interceptores estallarían inmediatamente. Pero supongan que por adelantado, nosotros, la nación, ha sido avisada de la llegada de una mítica nave espacial. Tal vez los Kinson

llegarán acompañados de veinte naves que aterrizarán en veinte ciudades industriales. Tal vez su punto de origen no sea cualquier planeta lejano, sino más bien del corazón de Panasia. ¿Y entonces qué?

"¿Es necesario proseguir?"

Por un momento dejó que sus declaraciones fueran tomando sitio en las mentes de su vasto auditorio.

"Y ahora noticias más serias. Hemos averiguado que..."

Bard apagó el aparato. La habitación estaba silenciosa. Sonó el teléfono. Bess lo descolgó y lo dejó a un lado, sin responder.

—Maldito... puerco...

—En cinco minutos —dijo Sharan suavemente— ha destruido todo, todo lo que habíamos hecho. Hasta lo último.

—Tal vez algunos sigan todavía a favor nuestro —dijo Kornal.

—¿Después de esto? —dijo Heintz Lurdorff con digna pena—. Creo que voy a irme. Lo siento. Me parece que no podemos hacer nada más.

—El beso de la muerte, limpiamente administrado —dijo Sharan—. Besado por la cultura de Wilkin's Mead. Necesitaremos un nuevo símbolo. Un mono con seis brazos, como Visnú, para que pueda cubrirse simultáneamente los ojos, las orejas y la boca.

—Proporciónale una mano más, querida, para que se tape la nariz —dijo Kornal.

Después de estar llamando durante una hora, Bard Lane averiguó que Walter Howard Path había sido internado en un sanatorio particular, confiado por su esposa, para una estancia indefinida.

Capítulo XVII

Por lo que Raul pudo apreciar habían transcurrido diez días antes de que el aparato de alarma les hubiera dejado en la inmovilidad, estaban comiendo en el momento que sonó.

Leesa, asustada, perdió su apoyo en la pared resbalando y flotando sin tener ocasión de volver a cogerse. Se movía en el aire sin cambiar apreciablemente de posición.

Consiguieron tras grandes esfuerzos colocarse nuevamente en posición conveniente. Raul se ajustó las correas, mirando de nuevo al tablero.

Pasaron cinco minutos antes de que se produjera cambio alguno.

Entonces ocurrió una sacudida indescriptible. Fue como si en un microsegundo, unas manos enormes le hubieran agarrado, haciéndole dar vueltas, soltándole de pronto. Apenas oyó el llanto de Leesa. Recobró en seguida la vista y vio que el valor del primer dial había vuelto a cero. Sonó una nota más suave, y adivinó que aquello significaba el fin del período de alarma. Ajustó la pantalla a los extraños diseños de estrellas.

Días después, cuando volvió a oírse el sonido de advertencia, se ataron bien en sus sitios. La segunda sacudida fue como la primera, aunque más fácil puesto que la esperaban.

A la tercera, al día siguiente, no se pusieron en posición, sino que esperaron en la barandilla, y cuando llegó la sacudida, Leesa clavó las uñas en el brazo de su hermano. Éste vio cómo iba

desapareciendo el aspecto convulso del rostro de su hermana y ambos se sonrieron.

Una hora más tarde el sonido de alerta se hizo más agudo. De nuevo se colocaron en sus posiciones. Cuando tras la sacudida de rigor pudo volver a mirar los diales vio que todos ellos habían vuelto a la posición cero. Con mano débil ajustó la pantalla.

—¿Ya... ya está? —exclamó Leesa.

—Creo que sí.

—¿Qué ves? ¡Rápido!

—Espera. Debo girar la nave. Ahora veo un sol. De un blanco resplandeciente, Leesa.

—Su Sol.

—Yo he visto el Sol de la Tierra. Es amarillo, Leesa.

—Observa el planeta —exclamó.

Un planeta diminuto lejano era tenuemente reflejado por el sol.

—Veo un planeta —dijo él.

—Vayamos hacia allí, Raul. Rápidamente. Oh, muy rápidamente.

Con cuidado emitió el sonido que había de llevarles adelante.

Sintió el diestro movimiento del gran cilindro que igualaba en parte la fuerza de aceleración de sus cuerpos. Emitió otro sonido y el planeta empezó a aumentar de tamaño. Él lo veía crecer, y no le pareció poder respirar suficientemente tranquilo.

Y entonces lo comprendió. Estuvo largo rato sin decir nada. Cuando llamó a su hermana su voz era vieja.

Leesa preguntó:

—¿Qué pasa, Raul?

—El planeta tiene nueve lunas, Leesa. El de ellos sólo tiene una.

En medio del profundo silencio podía oír los sollozos de su hermana. El planeta seguía creciendo.

—Raul, ¿seguiremos dirigiéndonos hacia él?

—Sí.

—¿Recuerdas lo que me prometiste?

—Sí. Lo recuerdo.

—Cierra los ojos, Raul. No toques los controles. Será rápido, Raul.

Su voz tenía una tonalidad extraña, como si ya estuviera muerta.

Cerró los ojos. Resignación. Un final de esfuerzo y rebelión. Habría sido mejor aceptar, forzarse en creer en el cálido y lento mundo de los Observadores. Pensó en la Tierra. Posiblemente habría interpretado erróneamente lo que había leído en las hojas metálicas, seleccionando un índice equivocado. Entre tantos millones de números, era fácil que hubiera escogido precisamente uno que no correspondía.

Bard Lane y Sharan Inly no podrían convencer nunca a la Tierra de la existencia de los Observadores. Igual que él no había podido convencer a los Observadores de que la Tierra era otra realidad, tan cierta como la suya propia.

Abrió los ojos. El planeta estaba alarmantemente cerca. Bajaban en picado hacia él. Cerró los ojos.

Algún día quizás la Tierra construiría naves como ésta. Primero irían a otros planetas de su...

Al pensar en ello abrió bruscamente los ojos. Dio a la nave réplica un brutal giro y en el mismo instante emitió el sonido bucal. Mientras la aceleración le sumía en la inconsciencia tuvo la impresión de que la superficie del planeta se alejaba lentamente de la pantalla.

Bard Lane estaba soñando que se encontraba de nuevo en el "Tempo" observando al *Beatty One* que se alzaba en marco de destrucción. Pero esta vez el ímpetu de su marcha no era estable. Estallaba a trompicones haciendo levantar a la nave errante en su carrera suicida. El sueño se desvaneció y el ruido de las explosiones se convirtió en el ruido de alguien que llamaba con los nudillos en la puerta. Se frotó los soñolientos ojos, levantóse doloridamente por la posición en que había estado en la silla en que había caído dormido cuando Sharan se había ido a acostar.

—Entre, entre —exclamó enojado. Se estiró y consultó el reloj. Eran las diez de la mañana.

Las ventanas mostraban un día gris, lluvioso, azotado por el viento. Por un momento no pudo recordar por qué se sentía tan deprimido. Y luego recordó la charla de Hallmaster la noche anterior.

Estaba de un humor de mil diablos cuando abrió bruscamente la puerta.

—¿Por qué no la echa abajo? —dijo.

Un hombre de fuerte mandíbula, mascando un grueso cigarro puro permanecía de pie en el umbral de la puerta, con dos policías uniformados detrás de él.

—Un minuto más y eso es precisamente lo que hubiera hecho, amigo —dijo el hombre.

Entró en la estancia obligando a Bard a hacerse a un lado. Los dos policías entraron también detrás del primero.

—Tal vez pudiera ayudarles si me dijeran lo que desean —dijo Bard.

El hombre de la mandíbula fuerte se echó el sombrero hacia atrás.

—Usted es Lane —fue más bien una aseveración que una pregunta.

—¡Hombre! Muy agradecido por haber tenido la gentileza de venir a decírmelo a primera hora del lunes —dijo Bard.

—Puede que empiece a aborrecerle, amigo —el hombre corpulento se giró e hizo un gesto con la cabeza a uno de los policías. El hombre uniformado empezó a andar casualmente por la habitación dándole un fuerte pisotón a Bard.

—Oh, perdone —dijo.

Se apartó, pero tropezó pesadamente con el otro pie de Bard pisándole también. El puño de Bard respondió automáticamente, con toda la fuerza acumulada por el dolor y desengaños sufridos últimamente.

El policía bloqueó parcialmente el golpe, pero el puñetazo dio en la mejilla produciendo un chasquido satisfactorio.

Ambos policías se movieron con rapidez y eficiencia, agarrando a Bard por ambos brazos. El hombre del cigarro puro le observó, haciendo rodar el cigarro entre sus dedos.

—Se me ha informado, por la dirección de este hotel, que usted, doctor Lane, ha estado comportándose de una forma extraña. Soy Hemstrait, oficial de Sanidad. He venido para investigar tal informe, y veo que es verdad. Usted ha atacado al patrullero Winn sin provocación.

—¿Qué es lo que quiere?

—No quiero nada. Voy a trasladarle a un hospital del Estado por un período de sesenta días durante los cuales será sometido a observación y tratamiento. Los tipos como usted no pueden andar sueltos.

—¿De quién está siguiendo órdenes, Hemstrait?

El hombre tuvo la gracia de sonrojarse.

—Vamos, Lane. Allí le tratarán bien. ¿Dónde está la Inly?

—No la necesita para nada.

—Los del hotel aseguran que también está loca. Tengo un trabajo que realizar. Tengo que investigar los informes.

En aquel momento Sharan, sonrosada por el sueño, con una bata blanca anudada a la cintura, abrió la puerta del dormitorio y salió.

—Bard, ¿qué...? —se detuvo y abrió los ojos al ver que Bard estaba cogido por dos hombres.

—¡Suéltene! —exclamó.

—Señora, usted no es razonable —dijo Hemstrait.

—No digas ni hagas nada —avisó rápidamente Bard.

Hemstrait le dirigió una mirada furiosa. Se acercó a Sharan y le colocó su mofletuda mano en el hombro. Ella se movió, para soltarse. Él volvió a ponerla. Ella se apartó. La siguió, sonriendo.

Ella le propinó un sonoro bofetón en la mejilla. Sonrió y la cogió de la muñeca.

—Señora, como oficial de Sanidad, voy a trasladarla al hospital del Estado, donde será sometida, durante sesenta días, a observación y tratamiento. Usted debe saber algo mejor que atacar al oficial de Sanidad.

—No sufras, Sharan —dijo Bard en tono débil—. Alguien le ha dado órdenes. Los mismos que se cuidaron de Path, seguramente, dándole aquel papel a Hallmaster para que lo leyera. Somos influencia nefasta.

—Cállate, amigo —dijo jovialmente Hemstrait—. Vamos, señora. Les tratarán bien allí. Hemos cogido a Lurdoff y Kornal esta mañana, en el vestíbulo. Kornal ha armado tanto jaleo que le hemos tenido que meter en una camisa de fuerza. Ustedes serán más juiciosos.

Por la mañana del miércoles siguiente, Sharan Inly, metida dentro de una de las batas grises del hospital, fue acompañada por una matrona hasta la oficina del joven siquiatra del centro. La matrona esperó de pie detrás de la silla de Sharan. El psiquiatra era un joven delgado con una mirada inteligente, delicada. Empezó diciendo:

—Doctora Inly, me alegro de verla. Había esperado que cuando nos encontráramos pudiera ser bajo unas... circunstancias más favorables. Recuerdo en particular algunos artículos suyos aparecidos en la Revista.

—Gracias.

—Sé que debe estar interesada en su propio caso. Una quimera desusadamente persistente y, lo que es más asombroso, una quimera compartida. Y, como debe haberse usted dado cuenta, una prognosis desfavorable —se agitó incómodo en su sillón. Su sonrisa se desvanecía—. Por lo general he de explicar a los pacientes las implicaciones del shock profundo. Naturalmente, usted trabajó con Belter cuando él estaba perfeccionando la técnica...

Se interrumpió.

Sharan luchó por apartar de sí el temor. Trató de hablar con voz tranquila.

—¿No es ese tratamiento un poco extremado en este caso, doctor? Los modelos de memoria no vuelven nunca. Ello significa una completa reeducación desde la nada mental, y un daño como ése en la Escala Belter significa que la inteligencia no vuelve a pasar jamás del nivel inferior.

—Francamente —dijo—, me hace sentirme incómodo prescribirlo en el caso de esta quimera compartida entre cuatro. El doctor Lurdorff se puso muy violento. Será tratado esta tarde. Una vergüenza, en realidad. Una mente tan brillante... pero mal dirigida, claro. Todos ustedes pueden convertirse nuevamente en miembros productivos de la sociedad. Usted será capaz de llevar una vida satisfactoria, haciendo un trabajo rutinario. Y ya sabe usted cómo hemos avanzado en el camino reeducativo. La palabra se consigue en un plazo de un mes.

—¿Puedo saber si puede pedirse la consulta de un siquiatra, doctor?

—Oh, este tratamiento es el resultado de una consulta, doctora Inly. Hombres muy capaces. Ahora, aparte del ciclo quimérico, usted puede tomar decisiones. Con los casos no violentos permitimos que puedan escribir cartas, hacer testamentos, disponer de sus cosas, etc. Nosotros le proporcionaremos unos falsos recuerdos de una vida diferente; un nuevo nombre, un rostro ligeramente alterado. Usted será enviada, por supuesto, a una de las zonas de trabajo, donde una persona competente le entrenará en su tarea.

—En realidad, es como la muerte, ¿no?

—Vamos, no hay que tomárselo así, doctora Inly. Había supuesto que una siquiatra y neurocirujana como usted lo habría...

Sharan forzó una sonrisa.

—Creo que ha llegado la hora de hacer una confesión, doctor. Se nos ocurrió la idea de los Observadores como cosa publicitaria. Necesitábamos dinero.

Él movió tristemente la cabeza.

—Seguramente sabe lo que dice. Sin embargo, doctora Inly, sometidos a hipnosis, todos han demostrado esa quimera compartida.

—Pues una pregunta, en tal caso. Si una quimera puede ser compartida, posiblemente no se trate de una quimera.

Se echó a reír, libremente ya.

—¡Vaya! ¿No comprende que básicamente es un deseo de evasión? El mundo que ustedes conocen se les ha hecho insoportable para los cuatro. Desgraciadamente no han entrado en estado catatónico. Esto habría podido ser tratado. En cambio se les ocurre inventar una raza quimérica de un planeta lejano, en el cual pueden ustedes acusar sus propias imperfecciones. Doctora Inly, nosotros somos la única raza en el universo. Todo lo demás es sueño. La única realidad está aquí. Y debemos acostumbrarnos a vivir aquí, por desagradable que pueda ser, o bien ser tratados por alguien que pueda hacer el mundo más soportable para ustedes, mediante algunos procedimientos artificiales.

—Y usted, doctor, es un estúpido ciego, obtuso y egocéntrico.

El hombre se ruborizó.

—Siento demasiada simpatía hacia usted, doctora, para ofenderme por sus palabras. Hagamos un repaso. Usted es una mujer joven y sana. El doctor Lane es un hombre fuerte. Su valor a partir de ahora será en unidades de trabajo para la sociedad y en la gestación de niños. Estoy preparado para reeducarles a ustedes dos para formar una unidad familiar. Sería interesante comprobar qué grado de devoción podría inducirse. Esto, claro está, son ustedes dos quienes han de decidirlo. Cuando acabe esta entrevista con usted atenderé al doctor Lane.

—No importa —dijo Sharan con voz vacía—. Para mí. Estaré muerta. Usted olvida, doctor, que yo he trabajado con esas técnicas de shock profundo. He visto esa... nada mental.

—Pues le diré al doctor Lane que usted está conforme. Estaremos preparados para ustedes dos mañana por la mañana. El ayudante le facilitará el material de escritorio que pueda usted necesitar, así como las indicaciones que precise.

Sharan al llegar a la puerta se giró hacia él tratando de hablarle de nuevo. El joven doctor estaba haciendo anotaciones en su ficha. No levantó la cabeza. La matrona con suave presión, la hizo salir al vestíbulo.

Bard Lane estaba en el vestíbulo con dos guardias, esperando. Tenía el rostro gris. La miró y pareció no reconocerla. Sharan no le habló. Sharan Inly ya nunca más volvería a hablar a Bard Lane. Se hablarían dos extraños, y esto ya no tenía importancia.

Capítulo XVIII

Es una mañana agradable de un jueves del mes de octubre, en la mayor parte del país.

El secretario de Señales Meteorológicas está conferenciando con el de Agricultura.

Un ama de casa de Atlanta decide proseguir la fiesta que empezó el miércoles por la tarde. Anima a sus huéspedes a salir de su estupor, tendiéndoles sonriente cócteles de benzedrina que les devolverán la alegría de vivir.

Una heredera de unos doce años en Grosse Pointe permanece desnuda frente a un espejo de cuerpo entero, degollándose con un firme movimiento de su mano derecha.

En una aislada estación de radar, el mayor Tommy Leeber observa su manchada hoja de servicios como comandante y maldice el día en que fue elegido ayudante del general Sachson. Sachson, lejos en otro continente, frente a un espejo va depilándose los pelos de la nariz mientras piensa en los años que faltan antes de que pueda retirarse.

Sharan Inly está tendida boca abajo en su catre, esperando que vayan a buscarla. En el otro lado del edificio, Bard Lane sentado en su catre, está repasando lentamente los recuerdos que le serán arrebatados.

Es una mañana agradable. En Connecticut un ayudante sanitario está siendo insultado por su superior por no haber encontrado a Walter Howard Path a tiempo de salvar su vida.

Son las diez y treinta segundos.

A doce millas de Omaha, un técnico de radar frunce la frente mientras observa con atención su pantalla. Le ajusta a un nuevo enfoque y, al colocar el automático, repasa con la vista la lista que tiene de vuelos EXP. En la pista automática aparecen los indicadores de altura, velocidad y dirección, bajo la pantalla.

La velocidad es constante. La dirección casi hacia el sur. Altitud decreciente a un promedio de media milla por segundo.

Sus movimientos siguientes son hábiles y rápidos. Pulsa el botón de alarma en la estación, abriendo luego el conmutador que hace sonar instantáneamente la alarma en doce estaciones poniéndolas en comunicación directa con su tablero.

Una enfermera prepara la pomada que habría de emplearse para untar las sienes y electrodos. El técnico comprueba los diales del equipo de shock. El joven siquiatra cierra la puerta tras él y sale hacia el vestíbulo sin prisas.

La alerta es enviada con celeridad a los puntos de intercepción. Cinco pantallas más recogen la imagen y se ponen en contacto con las estaciones de intercepción. Los cohetes, seiscientos, están preparados con dispositivos automáticos, que al llegar la nave en la pantalla, a un punto determinado, entrarían en inmediato funcionamiento. Ninguna mano humana podría actuar con la rapidez deseada.

En la estación principal de control SW, fuera de El Paso, un coronel desconecta todos los controles manuales, y toma una decisión. Bajo sus dedos hay seis pulsadores. Cada uno descarga una buena lluvia desde el punto interceptor.

El micrófono junto a su boca. Observa la pantalla.

—Cambio de dirección —dice en voz apagada. Sus palabras resuenan fuertes en una pequeña sala de Washington. La pequeña sala está empezando a llenarse rápidamente.

—Velocidad reducida un medio. Sigue perdiendo velocidad. O bien dirige mediante controles defectuosos o dirigido con manifiesta

incompetencia.

El altavoz encima de la cabeza del coronel dice, metálicamente:

—Intercepte cuando llegue el momento adecuado.

Un mayor de pie junto al coronel dice:

—Esto les dará un tanto a los Kinsonianos.

El coronel no responde. Está pensando en su hijo, en la erupción de loca violencia, sangrienta, irracional que ha arruinado la vida de su hijo. Su rostro imperturbable no se altera. Recuerda las palabras de Walter Howard Path.

—Nueva dirección hacia el noreste. Altitud trescientas treinta millas. Velocidad inferior a quinientas millas por hora. Altitud trescientas, velocidad cuatro setenta.

—Intercepte —ordena el altavoz.

Veinticinco años de disciplina se tambalearon al recordar el aturdido e incomprensible aspecto del muchacho.

—Recomiendo que al extranjero se le permita aterrizar.

Oyó el resoplido del mayor, vio la mano del mayor que se tendía hacia los pulsadores. Se giró y propinó un formidable puñetazo a la mandíbula del mayor.

Con voz impasible, fría, informa:

—Creo que el extranjero está preparándose para aterrizar en Muroc.

Televisión en el vestíbulo de Fonda Electric. Radio en la sala donde la bezendrina está realizando efectos mágicos en Atlanta. Radio en la mesita de noche en Grosse Pointe, cantando algo suavemente. Radio en la mesa del despacho de la enfermera de la planta baja, cuando el joven siquiatra pasa por su lado en dirección de la habitación de shock, cuando...

INTERRUMPIMOS NUESTRO PROGRAMA PARA INFORMAR A AMÉRICA QUE, EN ESTE MOMENTO, UNA NAVE ESPACIAL DE ORIGEN DESCONOCIDO ESTA INTENTANDO ATERRIZAR EN MUROC. LA NAVE RESPONDE A LA DESCRIPCIÓN DADA POR

LANE A WALTER HOWARD PATH EN LO QUE SE CREYÓ UN EMBUSTE. SE ACABA DE RECIBIR LA INFORMACIÓN DE QUE EL PRIMER INTENTO DE ATERRIZAJE NO HA TENIDO ÉXITO. SE LES FACILITARÁ NUEVAS INFORMACIONES TAN PRONTO SEAN RECIBIDAS EN ESTA EMISORA. REANUDAMOS NUESTRO HABITUAL PROGRAMA.

Jord Orlan dejó la vitrina de los sueños y regresó a sus habitaciones. Había estado mordiendo con tal fuerza la placa entre sus dientes que hasta se había hecho daño en el labio.

Se sentó, solo, tratando de reconstruir algo de lo que ya no podía seguir creyendo. Una construcción acababa de derrumbarse en su mente, y no era posible reconstruirla.

Vio, mentalmente, la gran nave, posándose sobre la superficie de un mundo extraño. Afuera, donde había habido seis naves, había sólo cinco ahora.

Se había deslizado en la mente de un espectador y había visto a Raul y Leesa llevados en un vehículo desde la nave hasta un lejano edificio. Les había visto, en uno de los sueños, más delgados que cuando se marcharon. En un momento determinado se había acercado lo suficiente para poder oír la fina voz, fatigada, de Raul, hablando en el lenguaje de la Tierra, lentamente, ya que sólo podía hablarlo por lo que recordaba de los sueños.

—La doctora Inly y el doctor Lane. Es a ellos a quienes debemos ver rápidamente.

Ya no quedaba nada por creer. Y recordó la Ley. Ese viaje significa el final de los sueños. Vio, ante sí, los largos años vacíos, llenos nada más de los juegos que ahora serían insubstanciales.

Sabía lo que tenía que hacer. Descendió hasta el piso inferior y buscó una herramienta pesada. Cuando terminó lo que tenía que hacer tenía las manos con ampollas.

Y fue en busca de su pueblo para comunicarles que los sueños habían terminado.

Capítulo XIX

Sharan estaba de pie al lado de Bard Lane. Estaban de pie juntos, y miraban a través de la pared de cristal del estudio. Raul y Leesa estaban sentados tras una mesa, con las cámaras enfocándoles, y con el entrevistador frente a ellos. Con la ayuda de Bard y Sharan, Raul y Leesa habían obtenido el derecho de vestirse como la gente que les rodeaba, en lugar de seguir utilizando las ropas propias de la colonia de Observadores.

—¿Cuánto va a durar eso? —preguntó débilmente Sharan.

—Hasta que llegue algún otro forastero de cualquier otro planeta. Esta clase de novedad no se debilita nunca.

—Pues ya puedes apresurarte a llevar a cabo un "tempo Dos", amigo mío, para ir a buscar a alguien de Marith y de Ormazd. ¿Cómo va?

—Bien, parece que Panasia se ha decidido a participar. Son todavía un poco reacios en creer en nuestra generosidad de darles acceso a todo este asunto.

Sharan observó a Leesa a través del cristal.

—Es muy paciente, ¿eh?

—Me ha explicado el motivo de eso. Dice que es una especie de... penitencia, podríamos decir. Por lo que hizo en el pasado, por lo que ha hecho su pueblo. ¿Qué te parece su inglés?

—Por lo menos no he oído nunca nada tan original —sonrió Sharan—. ¿Sabes lo qué recuerdo, Bard? La vez que me

describiste su aspecto. Dijiste que seguramente sería calva y con el cuerpo parecido a una niña de doce años.

Bard lo recordó también. Observó a la esbelta muchacha, delicada, de oscuros cabellos. Ella le miró e hizo un gesto de impaciencia. Él dijo:

—Me ha explicado que en su mundo ella estaba considerada como una especie de mujer primitiva. Aquí es sólo una muchacha linda, que parece un poco más frágil que el término medio. Y tú, Raul, podrías pasar desapercibido entre la muchedumbre.

—¡Oh, no!

Bard sonrió; escucharon los últimos minutos del programa.

—Ahora, míster Kinson, veamos. Nos ha dicho usted que los Observadores no se han puesto en contacto con usted ni con su hermana en ninguna forma durante las semanas que llevan ustedes aquí entre nosotros.

Raul frunció la frente.

—No lo comprendo. No comprendo por qué no lo han hecho. Hubiera sido tan fácil.

—Aquí tengo algo para ustedes dos. Una especie de sorpresa. Acabamos de recibir una estadística, procedente de varias agencias donde se hace cumplir la ley, correspondiente al período de tiempo comprendido desde el día de su llegada aquí hasta la fecha. Se ha producido un descenso asombroso en crímenes de violencia. La violencia sigue todavía entre nosotros, por supuesto. Hasta que aprendamos los secretos de ese otro mundo del que ustedes nos han hablado, seguramente seguirá entre nosotros. Pero violencia sin motivo, acciones inexplicables... parecen haber desaparecido.

Bard vio que Leesa y Raul se miraban, y dijo unas palabras rápidamente en su propia idioma.

Leesa respondió:

—Por lo que parece, pues, que, o bien ahora ya saben y comprenden o no usan las máquinas de sueños. No lo sabemos. Sólo podremos saberlo cuando alguien regrese... allí.

—¿Le gustaría regresar?

Giró lentamente la cabeza hasta quedar mirando directamente a Bard. Levantó un poco la barbilla y le miró con ternura.

—En mi vida, señor, iré a ninguna parte sin el doctor Lane.

Sharan exclamó:

—¡Caramba, caramba! ¡Ya puedes irte ruborizando!

—Calla.

—¿Y usted, míster Kinson? ¿Regresará si se le presenta la ocasión?

Raul frunció la frente.

—No sé si sabré contestar adecuadamente. Esto es un plan, y yo ya les he hablado de una parte del gran Plan. Ahora los Soñadores han dejado de destruir. Los tres planetas que mis antepasados colonizaron pueden reunirse. La Tierra puede ser una gran ayuda para Marith. Pero la Tierra y Marith pueden obtenerlo casi todo de Ormazd. Somos como tres chiquillos, avanzando por distintos caminos, y que ahora han crecido para ayudarse entre ellos.

"En cuanto a mi plan, y hablo en sentido personal, como ya saben he tomado por esposa a la doctora Inly, de acuerdo con sus costumbres, de la misma manera que mi hermana se ha casado con el doctor Lane durante esta ceremonia que ustedes nos han hecho delante de las cámaras para que todos pudieran vernos. Tal vez sea un poco brusco, lo cual tal vez vaya en contra de sus costumbres. Pero ninguno de los que nos están viendo se conocen unos a otros de verdad. Ni siquiera yo ahora, conozco a la doctora Inly, a pesar de habernos casado. No como cuando, a través de la máquina de los sueños yo entré en su mente, llegando a conocerla como a mí mismo. Lo mismo le sucede a mi hermana. Hemos hablado. No somos todo lo felices que podríamos ser, debido a esa especie de barrera que se alza entre nosotros.

"En los sueños de Ormazd aprendí que ellos pueden usar las mentes a corta distancia de la misma manera que las máquinas de

sueños lo hacían a distancias vastísimas. Es allí donde mi hermana y yo deseábamos ir con nuestros respectivos cónyuges. Y allí en Ormazd podrían enseñarnos esa cosa tan necesaria para que una persona no tenga que sentirse jamás... algo apartada y un poco solitaria.

"Cuando nosotros cuatro lo hayamos aprendido, desearemos regresar para enseñárselo a los demás. De esta manera la violencia dejará de existir en este planeta. Esto es un... sueño y un sueño agradable por añadidura. Durante mucho tiempo los tres planetas de los hijos de los Dirigentes han estado esperando, esperando la hora de la reunión, la hora de la llegada del progreso.

"Todo esto será lento. Los cambios más grandes no se realizarán en vida de ninguno de nosotros. Pero por lo que a mí respecta, quiero que se produzca lo antes posible ese pequeño cambio que da a la mente la libertad de penetrar en otra mente. No sé si me he expresado bien. Todavía no hablo perfectamente su idioma.

"Para conseguir todo esto, deseo estar con mi esposa. Trabajar con el doctor Lane. Hay muchas cosas que tengo que aprender y hacer. No deseo seguir siendo una especie de animal raro al que se contempla a través de esas cámaras. Mi hermana no se siente satisfecha tampoco con esas cámaras. Ahora deseamos ir a trabajar en esa nave tan grande que, esperamos, llevará parte del nombre de un hombre que fue bueno, inteligente y muy valiente.

Sonrió mirando a Sharan.

—Esta nave, habrá de llamarse *Pathfinder* —añadió suavemente.

FIN



JOHN D. MACDONALD (Sharon, 1916 - Milwaukee, 1986). Escribió casi ochenta novelas policiacas, muchas de las cuales ambientó en Florida, protagonizadas por su personaje preferido, Travis McGee.

Varias de sus novelas fueron llevadas al cine, destacando la película *El cabo del miedo* (1962).

Ganador del American Book Award de 1980, MacDonald fue nombrado Gran Maestro de la Asociación de Escritores de Misterio de América.